TRIXIE BELDEN

3

EL MISTERIO DEL GALEON FANTASMA

Los planes de los Bob-Whites de pasar unos días en Finger Lakes con los Wheeler se arruinan cuando el señor Wheeler tiene que irse de viaje de negocios, por lo que la señorita Trask les invita a unirse a ella en una visita a su casa en las montañas Catskill. Los Bob-Whites se ven tentados por la oportunidad de resolver el misterio de la desaparición de capitán pirata, pero Trixie encuentra otros sucesos sospechosos ocurridos en la posada. Galeones fantasmales, incendios, lucha libre maniquí y la desaparición del hermano de la señorita Trask presentan un gran misterio a resolver para Trixie antes de que expire la hipoteca de la posada y la familia Trask la pierdan para siempre.

Kathryn Kenny

El Misterio del Galeón Fantasma

Trixie Belden 3

ePub r1.1
Titivillus 03.06.15

Título original: *The Mystery of the Ghostly Galleon*
Kathryn Kenny, 1979

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

El pirata desaparecido • 1

TRIXIE BELDEN todavía jadeaba cuando se dejó caer sobre una silla.

—¡Caramba, Honey! —exclamó, casi sin respiración—. Cuéntame las novedades. Tu voz sonaba tan misteriosa por teléfono que me ha faltado tiempo para venir. Ni siquiera he secado los platos —se pasó una mano por sus pelirrojos cabellos rizados.

Honey Wheeler, su mejor amiga, intentó bromear.

—Quise meterte prisa —dijo— pero no pretendía que batieses ningún récord, Trix —sus ojos azules no brillaban como de costumbre.

—¿Verdad que he llegado enseguida? Tendrías que haberme visto, Honey. He corrido como nunca nadie lo ha hecho en Sleepyside.

Aunque estaba preocupada, Honey esbozó una sonrisa y se sentó en el borde de su cama. Honey era más alta y delgada que Trixie —ambas tenían catorce años— y lucía una hermosa melena que parecía de oro y unos bellos ojos color avellana.

Tiempo atrás, fue una chica taciturna, pero un día su padre —que era millonario— compró la suntuosa mansión Manor House, en el valle del Hudson. Tenía un lago, formidables praderas y varios caballos. Poco después, Honey conoció a Trixie, que vivía con sus padres y sus tres hermanos en Crabapple Farm, una sencilla granja, sólida y de agradable aspecto, situada en la boca del valle.

Desde entonces, gracias a Trixie, Honey hizo buenas amistades. Además de los hermanos de Trixie —Brian, de diecisiete años, y Mart, de quince—, conoció a Diana —hija del potentado señor Lynch, que estudiaba en la misma clase de Trixie y Honey—, y Dan Mangan.

Dan era sobrino de Bill Regan. Se ocupaba de las caballerizas y ayudaba en la explotación de la enorme finca de los Wheeler.

También estaba Jim Frayne. Jim fue adoptado por los padres de Honey. Tenía diecisiete años. Trixie y Honey le habían brindado su amistad cuando escapó de la casa de su cruel padrastro.

Los siete muchachos formaban un club llamado los «Bob-Whites de Glen», o sea, «B.W.G.». Se dedicaban a ayudar a todo aquel que lo necesitase; especialmente, claro, entre los componentes del club. De vez en cuando se veían envueltos en extrañas aventuras y, gracias a eso, Trixie y Honey habían resuelto varios misterios, hasta el punto de pensarse muy en serio la posibilidad de montar, en el futuro, una agencia de detectives, la Belden-Wheeler.

Tras un corto silencio, Trixie estalló por fin.

—Si no me dices de una vez por qué querías que viniese tan rápido, me moriré de curiosidad.

—Verás —empezó Honey—, es que… Malas noticias. Nuestra

salida a los Lagos Finger prevista para el fin de semana… no va a ser posible.

Trixie la miró extrañada.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que después de prepararla tanto y convencer a nuestros padres no vamos a ir?

Honey puso cara de circunstancias.

—Como lo oyes. A papá le ha surgido un viaje de negocios, y mamá se ha ido con él. Aparte de Jim, eres la primera en saberlo. ¡Oh, Trixie! ¡No sabes cuánto lo siento! Me imagino tu decepción. Y ya verás cuando se enteren los otros… No hablaban de otra cosa en el colegio durante toda la semana.

Trixie tragó saliva y desvió la mirada hacia las cortinas del elegante dormitorio de su amiga.

—No te preocupes —acertó a decir—. Lo entenderán. Además, podemos ir cualquier otro fin de semana… —se atrancó al recordar la ilusión con que habían preparado el plan.

Todas las tardes, a la salida del colegio, los días precedentes, se habían reunido en la sede del club y habían estudiado larga y detenidamente el mapa de la zona; habían dejado volar la imaginación y soñado con excursiones, tertulias, historias contadas a luz de la luna y al calor de una hoguera… Transcurría el mes de octubre, el momento ideal para ir a los Lagos Finger, al norte del Estado de New York. Los Wheeler poseían allí una casa junto al incomparable Lago Owasco, no lejos de la ciudad de Aurburn.

Pero los Bob-Whites ya no irían.

Honey se acercó a la ventana y miró afuera. Contempló la reverberación de las hojas doradas y granates a la hora del crepúsculo.

—Podemos hacer otro plan —dijo—. Papá nos sugirió que fuéramos a los Lagos Catskill. Pero están más lejos, así que tendríamos que salir mañana viernes, nada más terminar las clases.

—¡Genial! —exclamó Trixie dando un bote—. Es una gran idea.

—Sí, eso fue lo primero que pensé, pero ya no estoy tan segura. No creo que debamos ir.

Trixie la miró confundida.

—Pero ¿por qué? —preguntó.

—Porque nadie nos ha invitado. Le he estado dando muchas vueltas desde que papá se marchó. Él se dio cuenta de nuestra

decepción y, para animarnos, dijo lo primero que le vino a la cabeza. Incluso se ofreció a pagar los gastos de todos. Pero…

—No acabo de entenderte, Honey. No podemos ir a Los Finger, pero podemos ir a los Catskill. ¿Cuál es el problema? ¿Acaso no debemos ir?

Honey suspiró.

—Sabía que lo comprenderías, Trixie. Ésa es exactamente la situación. Jim también se muestra indeciso, por eso me dijo que te preguntara, y…

Llamaron a la puerta. Enseguida asomó la pelirroja cabellera de Jim.

—¿La has puesto al día? —preguntó a su hermana—. ¿Qué opina? ¿Es partidaria de acompañar a la señorita Trask o de dejarla en paz?

Entonces Trixie comprendió lo que Honey había intentado explicarle. La señorita Trask, la amable ama de llaves de los Wheeler, le caía muy bien. De edad madura, en otro tiempo fue institutriz. Cuando Honey creció y no fueron necesarios sus cuidados, los Wheeler le encargaron la administración de su finca. Y, durante los frecuentes viajes de los padres de Honey, la señorita Trask quedaba al frente del hogar.

Trixie supuso que Marga Trask estaba al tanto de la desilusión de los chicos y les había sugerido la posibilidad de irse con ella.

—No, Trix —la corrigió Jim cuando ella comentó tal creencia—. Ella no ha dicho nada, todo fue idea de papá. Después, claro, la señorita Trask comentó que le parecía estupendo, pero ¿qué otra cosa podía decir?

—Es más —añadió Honey—, creemos que planeó esta salida para ir sola, pensando que estaríamos fuera.

—¿A qué parte de Catskill va? —preguntó Trixie.

—De eso se trata: va a su casa —respondió Honey.

Trixie se quedó boquiabierta. Hasta entonces jamás había pensado que la señorita Trask tuviese un hogar propio distinto a Manor House. Llevaba allí tanto tiempo… Pero, evidentemente, de algún lugar tenía que haber venido.

Antes de prestar sus servicios en casa de los Wheeler, había sido profesora en un internado de niñas adineradas. Allí conoció a Honey. Trixie también sabía que Marga Trask mantenía a una

hermana inválida, internada en un hospital de New York.

La excelente ama de llaves simpatizaba con los Bob-Whites y les ayudaba de buena gana con frecuencia. Por ejemplo, se encargó de los preparativos de una boda mientras ellos buscaban a una mujer desaparecida; también organizó una especie de rastrillo con fines benéficos del que eran responsables los Bob-Whites, mientras éstos aclaraban el misterio de un jinete sin cabeza.

Trixie se sintió avergonzada de repente.

—Ni siquiera había pensado que la señorita Trask tuviese un hogar —se lamentó.

—La verdad es que nosotros tampoco —dijo Honey—, hasta que papá habló de ello antes de irse. ¿Sabes, Trixie?

Es lo más atractivo. Ella pasó su infancia en un lugar llamado «El Promontorio del Pirata», en un viejo hostal.

—Se llama «Fonda del Pirata» —informó Jim—. Su nombre viene del primer propietario, un pirata auténtico. ¿No lo sabíais? Se trata de un antepasado de la señorita Trask. Al parecer, utilizaba la hostería para esconder las ganancias de su nada honrada profesión.

—¡No lo sabía! —exclamó Honey.

—Pues es cierto. Vengo de las caballerizas y me lo acaba de decir Regan.

—Suena tan maravilloso —comentó Trixie suspirando.

—¿Más que nuestra casa junto al lago Owasco? —la tentó Jim, burlón.

—Pues sí —reconoció Trixie—. Pero tenéis razón. Por lo que me habéis contado, creo que no debemos ir. No sería delicado por nuestra parte.

Guardaron silencio unos instantes y se miraron resignados.

—De acuerdo. Entonces tenemos que hablar con ella —dijo Jim — y convencerla de que preferimos quedarnos aquí, de que nos hemos montado un plan impresionante.

—De otro modo, no la engañaremos. La conozco bien. Además, ya es hora de que haga lo que le dé la gana, por lo menos un par de días. Se lo merece —dijo Honey.

—Os podíais venir a mi casa el fin de semana —propuso Trixie —. Mis padres no pondrán pegas. Lo pasaremos bien limpiando el local del club y montando a caballo.

Se callaron de nuevo. Intentaban disimular su disgusto y

animarse.

—No está mal, Trix —dijo Jim—. Vamos a hablar con la señorita Trask.

—Como es tan buena, insistirá en que la acompañemos —advirtió Honey al bajar por la escalera.

—Tienes razón —dijo Jim, que iba detrás—, pero no hay que ceder, ¿de acuerdo, Trix?

—Sí —contestó ella—. Por mucho que insista no cambiaremos de opinión.

La señorita Trask, como de costumbre, estaba muy elegante; llevaba un vestido de mezclilla, bonito y sencillo. La encontraron en la sala de estar. Escuchó pacientemente sus razones sin interrumpirlos; tan sólo por un momento brillaron sus ojos azules, y Trixie pensó entonces que protestaría, pero fue sólo eso, un instante fugaz.

—Y por eso —concluyó Honey— nos gustaría quedarnos. Tenemos muchas cosas interesantes que hacer… ¿verdad? —preguntó buscando el apoyo de Jim y Trixie. Ellos asintieron sin pestañear.

—Está bien —dijo entonces la señorita Trask—. No quiero forzaros a venir, por supuesto. Comprendo que deseéis quedaros en Crabapple Farm.

Los tres se dieron la vuelta para marcharse.

—Aunque, a decir verdad —añadió—, esperaba que me ayudarais a resolver un misterio este fin de semana… Bueno, quizá no sea muy interesante…

—¿Un misterio? —exclamó Honey volviéndose bruscamente—. ¿Qué misterio?

El ama de llaves sonrió y se acarició un mechón de canas componiendo un gesto teatral.

—Oh, nada importante. Sucedió hace tantos años que sería una pérdida de tiempo investigarlo.

Trixie miró con ansiedad a sus dos amigos.

—No perdemos nada por escuchar unos minutos, ¿no?

Antes de que pudieran contestar, la señorita Trask empezó el relato.

—El misterio —dijo— tiene relación con un antepasado mío, que era pirata. Me parece que Regan ya os ha contado algo de él.

—Sí —reconoció Jim.

—¿Pero sabíais —continuó ella— que ese pirata, el capitán Trask, desapareció de una habitación llena de gente, como por arte de magia?

Trixie y Honey se acercaron más a la buena mujer.

—¿Qué? —preguntó Trixie incrédula—. ¿Desapareció de verdad?

—Sí. El capitán Trask sabía que iban a detenerle unos soldados. Pero, al menos aparentemente, no pareció preocuparse. Se sentó en el comedor de la fonda y se puso a comer, como si nada. Incluso iba en mangas de camisa. De pronto la partida de soldados irrumpió en el comedor, se abalanzaron sobre la mesa del capitán, y…

—¿Y qué? —interrumpió Jim lleno de curiosidad.

—Y nada —siguió ella—. Los soldados retrocedieron absolutamente perplejos. ¡El viejo capitán pirata se había esfumado! No estaba allí. Nadie, por ahora, ha descubierto cómo lo hizo.

—¡Atiza! —exclamó Trixie—. ¡Eso sí que es un misterio!

—¿Y la familia no volvió a saber de él? —se interesó Honey.

—Oh, sí. Aquella tarde, el barco del capitán fue visto navegando río abajo. Y no mucho después se supo que Trask, el pirata, arribó en Jamaica, y vivió allí muchos años.

—Seguro que existe un pasadizo secreto en el comedor —aventuró Trixie.

—O una trampilla debajo de la mesa —opinó Jim—. Conduciría al sótano.

—Quizá —dijo la señorita Trask—. Es posible, por supuesto. Cuando era pequeña, busqué ambas cosas y muchas más. Pero no encontré absolutamente nada. Claro que no era tan perspicaz como vosotros…

—¿Y cree que nosotros podríamos resolver ese misterio? —preguntó Honey.

La mujer sonrió.

—Sí, eso pensaba. De hecho, estaba tan segura de que vendríais que telefoneé para reservaros las habitaciones. Están preparándolo todo…

Trixie resopló.

—Es tentador —admitió— pero no debemos…

Marga Trask bajó los ojos y habló suavemente.

—Sé por qué no queréis venir a casa de mi hermano. No seáis bobos. Os agradezco vuestra delicadeza, pero es que, realmente, me encantaría que me acompañarais.

Los tres amigos se miraron desconcertados e indecisos. No sabían que la señorita Trask tuviese un hermano. Además, percibieron en la voz de la querida ama de llaves un tono suplicante que jamás hasta entonces habían escuchado de sus labios.

Trixie tuvo la impresión de que algo le preocupaba y no quería ir sola a su antiguo hogar. *Algo raro pasa* —pensó—. *Tenemos que ir*.

Luego le asaltó el presentimiento de que no irían.

Discusión familiar • 2

UNA HORA DESPUÉS, Trixie corría a casa para hablar con sus padres y hermanos. Llegó enseguida, congestionada por la carrera y el cortante aire de la noche. Los encontró en la cálida y siempre grata cocina de la vieja granja donde vivían. Lo primero que vio fue un sinfín de mapas esparcidos sobre la reluciente mesa de arce. Deseó que sus hermanos estuviesen hablando del tan traído y llevado plan del fin de semana.

Bobby, el pequeño, que tenía sólo seis años, llevaba mucho tiempo en la cama cuando Trixie llegó a su casa. Incluso Reddy, el simpático setter irlandés de los Belden, roncaba feliz en su rincón favorito, sobre una alfombrilla, enroscado a los pies de Brian.

Llamaba la atención la limpieza y el orden de la habitación: las paredes sin manchas, los relucientes cacharros en su sitio, la vajilla de porcelana bien apilada…

Al ver todo aquello, Trixie sintió remordimientos y miró al pilón. También estaba impecable. Habían desaparecido los platos mojados que ella dejó sobre el fregadero sin orden ni concierto. ¿Quién habría cargado con su tarea? A juzgar por el rostro exasperado de Mart, no era muy difícil adivinarlo.

Brian carraspeó.

—Ya estoy aquí —saludó Trixie, deseando eludir el espinoso asunto de los platos—. Brian, Mart, ¿a que no sabéis una cosa?

Mart, que tenía un año más que su hermana y se parecía a ella hasta el punto de que muchos les creían gemelos, cerró los ojos y se dio una palmada en la frente.

—Déjame que lo adivine… ¡Ya está! El increíble y único Mart Belden, que todo lo sabe, ha descifrado las novedades analizando tus ondas cerebrales —calló un momento, saboreando su facilidad para construir frases altisonantes y, a veces, incomprensibles—. Pronostico —continuó— que después de todo, no emprenderemos la travesía rumbo al lago Owasco. Acaso sea menester encauzar nuestros preparativos y peregrinar hacia los Catskill, con objeto de visitar al hermano de la señorita Trask, cuya principal dedicación consiste, según entiendo, en facilitar posada a los viajeros.

Trixie rió con ganas.

—Has acertado. Y pensar que no sabíamos que la señorita Trask tuviese un hermano…

—¡Silencio, piel roja! —tronó Mart—. Aún no he terminado. ¿Qué iba yo a decir? ¡Ah, sí! ¿No pretenderá mi querida hermana cabeza de chorlito solucionar algún arcano misterio? Mmm… ¿Y no versará el susodicho acerca de la desaparición de un viejo corsario? Pues si tal pretende, yo puedo, aquí y ahora, desentrañar ese desconcertante hecho.

Trixie estaba asombrada.

—¿Que puedes?

—Por supuesto —dijo él sin darse importancia—. La respuesta es muy sencilla. El viejo capitán se embadurnó con una pomada que vuelve invisible —declaró solemnemente.

—¡Mart! —dijo Trixie intentando contener la risa—. Qué bobo eres. ¿Así que te llamó Honey?

—De eso nada. Fue Jim —abrió la nevera y se quedó ensimismado contemplando los suculentos manjares.

Brian se pasó la mano por el pelo y comentó:

—Jim nos contó todo. Pero ¿por qué cambiasteis de opinión? ¿No estabais decididas a dejar tranquila a la señorita Trask al menos un fin de semana?

—Sí, pero…

—Ya sé lo que pasa —interrumpió Mart—. Es que Trixie ha empezado a leer otra de sus estúpidas e inaguantables novelas policiacas. ¿Cómo se llamaba la ridícula autora de esas sandeces? ¿Tal vez Lucy Snodgrass?

Trixie enrojeció de ira.

—Se llama Lucy Radcliffe. Y no escribe estupideces. Sólo tiene dieciocho años, pero lleva una vida tan aventurera… Ha recorrido el mundo sirviendo a su país y…

Mart se deshacía en carcajadas.

—Dieciocho años, ¿eh? Escúchame, pequeña. Esa mujer, por las cosas que cuenta, no baja de los setenta. Incluso no me extrañaría que tuviera bigote.

Trixie tragó saliva.

—No seas idiota. Lucy es pelirroja, esbelta, con un tipo impresionante. Siempre se describe en sus obras. La conozco bien.

—Bueno, resumiendo —concluyó Mart—, lo que sucede es que estás muy nerviosa y te encantaría imitar alguna hazaña de Lucy Snodgrass.

—Radcliffe —corrigió ella remarcando cada sílaba.

—Y por eso decidiste que debíamos partir a los Catskill en lugar de quedarnos en casa —concluyó Mart con gran naturalidad, mientras atacaba los restos de una tarta de manzana.

A Trixie se le humedecieron los ojos. Durante los últimos días se le hacía imposible soportar las pullas de su hermano. Pensó si el de

la señorita Trask se parecería, en este sentido, a Mart. Era muy extraño que nunca lo hubiese mencionado ella en sus conversaciones.

—¡Mart! —se quejó con un hilo de voz—. Te prometo que no fue así. Aceptamos la invitación de la señorita Trask porque de repente intuí que nos necesitaba.

—Sí, cómo no, pequeña.

—¡No te pases, Mart! —atajó Brian con decisión.

Pero era demasiado tarde. Mart estaba en vena y lo sabía. Le fue imposible callarse.

—Está clarísimo —dijo—: Trixie, la pequeña Trixie, suspira embobada y sueña aventuras como las de su heroína, la sin par, la de impresionante tipo, la bella…

Trixie ya no podía más; dio rienda suelta a su enfado.

—Mis libros de Lucy no son ni la mitad de estúpidos que los absurdos relatos de ciencia ficción del Cosmo Mc-Naught ese que devoras con tanto placer.

—No sabes lo que dices —se defendió Mart, a la vez que partía otra enorme porción de tarta—. Cosmo es un escritor de verdad y, entre otras cosas, no se dedica a estampar en el papel cursiladas para adolescentes con la cabeza a pájaros.

Trixie notó de nuevo los ojos llenos de lágrimas, a punto de desbordarse. *No voy a permitir que Mart me haga llorar* —se dijo—. *¡Nada de eso!* Se dio cuenta de que, para evitarlo, debía retirarse cuanto antes del campo de batalla y refugiarse a sus anchas en la intimidad de su habitación.

—Me voy a dormir —dijo de pronto—. Por cierto, no os preocupéis de los preparativos del viaje. Ya están en ello papá, mamá y los otros.

—Gracias, Lucy Belden —pinchó de nuevo Mart.

Reddy se asustó un poco cuando Brian se incorporó de golpe y arrastró la silla hacia atrás, sin contemplaciones.

—A veces no te controlas —dijo a su hermano con voz severa—. Y además, Trixie tiene razón en muchas cosas. Desde luego, «Aventura en París», de Lucy Radcliffe, no tiene nada que envidiar, en cuanto a estupidez, al «Viaje a la nebulosa del Cangrejo», de tu querido Cosmo Mc-Naught.

Mart se ruborizó ante el despiadado e inesperado ataque de su

hermano mayor.

—Oh, no tienen nada que ver —acertó a contestar.

Trixie estaba ya a mitad de escalera, pero había escuchado todo y sintió un gran consuelo cuando Brian añadió:

—Y otra cosa, Mart. Yo que tú esperaría antes de burlarme de los presentimientos de Trixie. Si recapacitaras un poco, reconocerías que no suele andar descaminada.

Al día siguiente, durante la clase, Trixie hizo esfuerzos por olvidar la discusión con su hermano. Intentó convencerse de que él no pretendía herir sus sentimientos. En cualquier caso, no conseguía concentrarse en las explicaciones del profesor ni en el estudio. De vez en cuando se sorprendía con la mirada en la ventana, triste.

Mientras iba hacia el bar, a la hora del almuerzo, nadie parecía fijarse en su cara de pocos amigos. En medio del alboroto y barullo descubrió a Brian y Jim, con gorros y delantales —pues estaban de servicio ese día— sentados con los demás Bob-Whites. Aprovechaban los pocos momentos libres para concretar los últimos detalles de la excursión. Trixie permaneció de pie, escuchando.

—¿Está claro? —decía Jim elevando la voz por encima del rumor circundante—. La ranchera ya está cargada y a punto para la partida. La señorita Trask vendrá a recogernos; saldremos en cuanto acaben las clases. ¿Entendido?

Trixie pensó en la ranchera de los Bob-Whites. A cada uno le pertenecía una séptima parte del vehículo. También le vino a la cabeza su bolsa de viaje, ya preparada. Además de ropa, había metido la última novela de Lucy Radcliffe, aprovechando un descuido de Mart. Ahora, dado su bajo estado de ánimo, se dijo que para qué la llevaba, si ya nunca jamás leería nada de esa escritora.

—¿Cuánto se tarda en llegar al «Promontorio del Pirata»? —preguntó Dan Mangan.

—La señorita Trask ha dicho que menos de dos horas —respondió Honey—. No es mucho.

—Qué gran plan —comentó Di Lynch jugueteando con su larga melena negra. Según Trixie, Di era, sin duda, la chica más guapa de la clase.

—Sólo pensar —continuó— que viviremos en un lugar tan extraño y que hay un misterio preparado para Trixie…

—¿Qué más se puede desear? —dijo Honey alegremente.

Trixie sí podía desear algo e iba a decirlo, pero se contuvo. Lanzó una fulminante mirada a Mart, pero éste la esquivó.

—Desde luego —añadió Dan—, parece un sueño. ¡Todo el fin de semana libre! Me da no sé qué marcharme y dejar empantanados a los que se quedan, con los trabajos de la casa…

Trixie rememoró la época en que Dan no era el alegre muchacho que ellos conocían ahora. Tiempo atrás vivía en la ciudad y pertenecía a una de esas bandas callejeras. Su tío, Bill Regan, consiguió llevárselo a Sleepyside on the Hudson y desde entonces Dan trabajaba con el guarda de los Wheeler, el señor Maypenny, y había cambiado muchísimo.

—Bueno, todo está claro —dijo Brian— ¿Alguna pregunta?

Mart se puso de pie.

—Sí. Es algo muy importante.

—Adelante. ¿De qué se trata? —preguntó Brian sorprendido.

Mart carraspeó cuando su mirada se cruzó con la de su hermana. Ella contuvo la respiración al ver la vergüenza reflejada en su rostro.

Seguro que va a pedirme disculpas por su comportamiento de anoche —se dijo, entre asombrada y orgullosa. Pero en ese momento, Jerry Vanderhoef, que comía en la mesa de al lado, se acercó a ellos.

—Empieza de una vez, Belden —dijo—. No podemos soportar tanta emoción. Nos come la impaciencia. Cuéntanos de qué se trata… —hizo gestos burlones a sus compañeros, que ya se habían apiñado alrededor.

Pareció que Mart se ponía tenso. Pero enseguida se relajó y esbozó una sonrisa especialmente dedicada al grupo de curiosos.

—Que no se diga que Mart el magnífico defrauda a su público —dijo, haciendo una profunda reverencia—. Ésta es mi pregunta: si en una casa con ventanas en las cuatro fachadas (todas las ventanas dan al Sur) de pronto aparece un oso, ¿de qué color es el plantígrado?

Jerry le miró boquiabierto.

—¿Qué dices? —se quejó—. ¿Ésa es la pregunta tan importante?

—Pues sí. ¿No es sublime? —y les dejó sin más, dirigiéndose a la fila del autoservicio.

Di sonrió.

—¡Oh, este Mart! Siempre haciendo el payaso. De todos modos,

¿de qué color es el oso ese?

—A mí qué me cuentas —suspiró Dan—. Nunca fueron mi fuerte los acertijos. No tengo ni idea.

—Ni yo —reconoció Honey.

—Estupendo —comentó Jim—. Ya tenemos otro entretenimiento para la sagaz Trixie. Reconoced, cuadrilla, que si no fuese por nuestra detective no nos divertiríamos ni la mitad.

Trixie devolvió la sonrisa a sus queridos amigos, y empezó a sentirse mejor. Según iba animándose decidió para sus adentros no tomar en serio las bromas de Mart.

De momento, la vida les sonreía. Era viernes. Hermoso día. Pronto emprenderían un viaje apasionante. Y en el equipaje tenía una maravillosa historia de Lucy Radcliffe. Honey la tomó del brazo.

—Trix —dijo—, ¿sabes de qué color era el oso?

—No lo sé, pero te aseguro que lo descubriré.

Suspiró feliz. Di tenía razón: se avecinaba un fin de semana genial. De eso no cabía duda.

Mart y los fantasmas • 3

DESPUÉS DE COMER, todo fue mejor para Trixie. Los minutos parecían volar. Cuando el timbre avisó el final de la última clase, la chica no acababa de creerse que ningún profesor les hubiera puesto deberes para el lunes.

—Esto es demasiado —le dijo a Honey mientras salían del colegio—. Ni problemas de matemáticas, ni redacción, ni nada.

Honey sonrió.

—Así —dijo—, podrás concentrarte en piratas desaparecidos y osos aparecidos.

—¿Sabes? He estado pensando en el asunto del pirata. ¿Tú crees que la señorita Trask nos lo contó sólo para picarnos la curiosidad?

—No —respondió Honey—. Anoche, Jim y yo volvimos a hablar con ella del tema, cuando te fuiste. Parece que es una conocida leyenda en la región. Es más, la señorita Trask nos dijo que constituye un importante reclamo turístico desde hace muchos años. Va mucha gente allá decidida a resolver el enigma.

—¿Nadie lo ha logrado?

—Ella cree que no. Pero, ya sabes, Trix. La gente se divierte con esas cosas. Por cierto, creo que ella no ha visitado esos parajes desde hace cantidad de tiempo. Es más, se muestra reacia a hablar del tema. Vete a saber por qué.

Trixie tampoco lo sabía. Cuando, poco después, llegó la ranchera conducida por Marga Trask, Trixie la observó detenidamente, esperando descubrir algo especial, pero ella se comportó con la eficacia y amabilidad de costumbre.

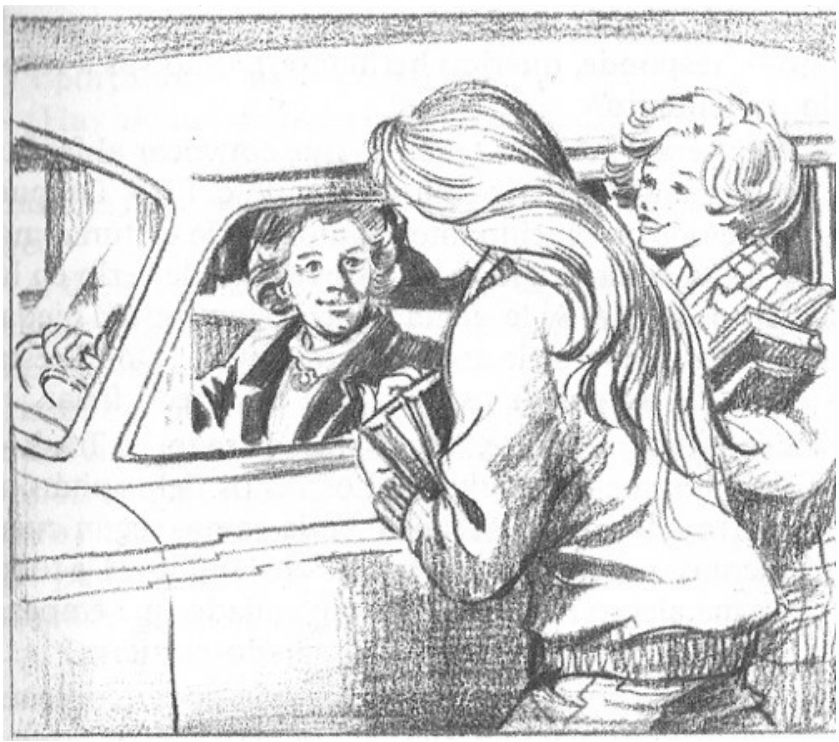
—¿Preparados? —les preguntó sonriendo desde el asiento del conductor—. Tengo la sensación de que lleváis preparados mucho tiempo, quizá desde antes de las clases. Tranquilos, nos iremos en cuanto lleguen los demás. A propósito, se han puesto de acuerdo en dejarme conducir, por aquello de que conozco el camino. Es todo un detalle, ¿no?

Cuando llegó el resto de la panda se produjo el natural revuelo y hubo sus más y sus menos en cuanto al sitio que debía ocupar cada uno. Finalmente, Mart y Dan zanjaron la cuestión acomodándose al

fondo del coche, con los bultos; estiraron las piernas cuan largas eran y sonrieron con aire triunfal mientras los demás se colocaban en los asientos.

En medio de aquel caos, la conductora sonreía serena y satisfecha, como si fuera la persona más feliz del mundo. De todos modos, Trixie pensó que quizá le sucediera algo, aunque no lo exteriorizase.

Se ahorraron emociones con la conducción de Marga Trask, pues llevaba la ranchera con suavidad y seguridad; tenía mucha experiencia. Tomaron la autopista y Sleepyside se perdió a lo lejos en un abrir y cerrar de ojos.



—¡Bravo, bravo! —gritó Mart, rompiendo el silencio—. ¡Rumbo a la «Fonda del Pirata»! ¿No os consumen los nervios, no estáis intrigados?

—¿Por qué? —preguntó Di.

—Elemental —dijo Mart con sorna, atusándose un bigote imaginario—. Porque vamos a investigar —fingió meditar

profundamente— el extraño caso del fantasma del capitán Trask.

Dan frunció el ceño.

—No sabía que ese sitio tuviera fantasma y todo.

—Cualquiera sabe —prosiguió Mart alegremente—. Pero tranquilo, seguro que tarde o temprano lo tendrá. ¿Sabes?, he reflexionado sobre este asunto y se me ha ocurrido la manera de resolver, para siempre, el misterio del desaparecido capitán.

Brian resopló molesto.

—Aunque seguramente saldrás con cualquier payasada —dijo—, responde, querido hermano: ¿cómo vas a resolverlo, sabelotodo?

—Pues verás. Primero tenemos que convocar al fantasma del capitán y hacerle salir del fondo del río. Después le aplicaremos un sencillo interrogatorio y le torturaremos —sólo hasta el tercer grado —. Estoy harto de verlo en las películas de la tele. Se le sienta, se le deslumbra sin piedad con un buen foco y se le asedia a preguntas: ¿Dónde estabas el día de autos? Te aseguro que no puede fallar…

—Siento decepcionarte, Mart —dijo la señorita Trask—, pero no creo que dé resultado. Los restos del capitán no fueron arrojados al agua: murió en la cama, según cuentan. Además, pasó sus últimos años en Jamaica. De todas formas, me alegro de oírte. Ibas tan callado que empezaba a preguntarme si te habíamos dejado en tierra.

—Oh, pierda cuidado —dijo Trixie sin poder contenerse—. Tan sólo atravesaba una de esas fases en las que le atormentan los remordimientos.

Se dio cuenta enseguida de que había metido la pata. Intentó decir algo para arreglarlo, pero era demasiado tarde.

Intervino Di, riendo:

—¡Vaya, vaya, Mart! ¿Conque te atormentan los remordimientos? ¿Por qué?

—Sí —dijo Dan—. Cuéntanos qué has hecho.

—¡Alto! —gritó Mart— ¡Qué remordimientos ni qué ocho cuartos! Lo que pasa es que Trixie está enfadada porque no consigue descifrar el acertijo del oso. Pero no es para tanto: tampoco su admirada Lucy Snodgrass sería capaz de resolverlo. Ya sabéis, Trixie se siente un poco frustrada y por eso reacciona con su patológica susceptibilidad; es un mecanismo de defensa.

En un instante Trixie olvidó todos sus buenos propósitos. Se

revolvió hacia atrás fuera de sí y miró a su hermano con gesto furioso, intentando encontrar una respuesta suficientemente demoledora para aplastarlo. Pero Brian, muy oportuno, cambió de tercio.

—¿Hay algún fantasma en la «Fonda del Pirata», señorita Trask?

Tras una larga pausa, la mujer respondió con acento enigmático:

—A decir verdad, Brian, no sé qué responderte. Hace mucho que no visito el lugar y en este tiempo mi hermano ha hecho varias reformas.

Trixie se olvidó por completo de Mart y puso los cinco sentidos en aquellas palabras. *Qué extraño* —pensó—. *¿Será posible que la señorita Trask, tan práctica y realista, haya dudado en su respuesta? Jamás había imaginado que esta mujer pudiera creer, ni remotamente, en la existencia de fantasmas. Qué extraño…* —suspiró.

—A veces —susurró a Honey— tengo la sensación de que todos los misterios del mundo juntos no bastarían para satisfacer mi curiosidad.

—Paciencia, Trix —le recomendó su amiga.

—Jamás he conseguido nada siendo paciente —se quejó Trixie —. No aguanto el quedarme de brazos cruzados a la espera de acontecimientos.

—Ya lo sé —contestó Honey, recordando las múltiples iniciativas de Trixie en la resolución de anteriores misterios.

—En ocasiones pienso que habría sido mejor no tener un temperamento tan inquieto; siempre ando preguntándome el porqué de todo, por intrascendente que sea. ¿No te parece?

Honey, sinceramente, no sabía si le parecía o no. Guardó silencio.

Se acercaban al término del viaje. Contemplaron los majestuosos montes Catskill a ambos lados de la sinuosa carretera. Trixie contuvo la respiración cuando tomaron la última curva y la ranchera enfiló a la «Fonda del Pirata». Por fin habían llegado.

Sobre un risco con vistas al río Hudson, el aspecto de aquel viejo caserón no defraudó en absoluto a Trixie. Conservaba el atractivo de lo añejo: oscuras maderas, un fondo de árboles altos rodeando el edificio, tejado a tres aguas, cristales emplomados reflejando los últimos rayos del sol, borrosos contornos y siluetas atisbadas a través de las ventanas del comedor… Todo muy de novela.

—Inmejorable —comentó, abriendo la puerta y saliendo del coche.

—Sencillamente perfecta —convino Di a sus espaldas.

—¡Oh, señorita Trask! ¿Cómo pudo abandonar un sitio como éste? —se admiró Honey.

—No siempre se puede hacer lo que se quiere —dijo ella con voz emocionada—. A veces hay que contar con otros factores, y otras personas, y eso es más importante. También influyen las necesidades económicas: sacar adelante a los seres queridos, afrontar ciertas… responsabilidades. La vida es así. En ocasiones es necesario romper muchos lazos, cambiar el rumbo de la existencia.

Trixie intuyó que, entre otras cosas, se refería a su hermana inválida, que no podría vivir sin una atención especialísima.

—Si hubiera dependido de usted, ¿no habría ido a trabajar a Manor House? —se atrevió a preguntar Honey.

—No es eso, cariño —respondió con viveza—. Además, es inútil pasarse la vida rumiando lo que habría sucedido si uno no hubiera tomado tales o cuales importantes decisiones. Pero, ya que me lo preguntas, te respondo: ¿qué habría sido de mí sin teneros a Jim y a ti?

Honey sonrió, orgullosa por la respuesta, y se marchó a descargar los equipajes.

Justo entonces se abrió la puerta principal del hostal y se asomó a la entrada una figura. Permaneció inmóvil, observándoles desde las escaleras. Aquel hombre iba vestido de pirata, no cabía duda. Lucía un viejo sombrero, tenía el rostro sonrosado y una espesa barba negra. Llevaba una casaca con botones brillantes, pantalones anchos a la antigua usanza y botas de caña.

A Trixie le pareció un personaje surgido como por encanto de las páginas de un libro de historia. Pero no fue la única en pensarlo. Mart, situado detrás de ella, suspiró y dijo:

—¡Diablos! O sea, que volvió desde Jamaica, después de todo. ¿Habrá venido sólo para darnos la bienvenida? Porque ése es, sin duda, el fantasma del capitán pirata Trask…

En la «Fonda del Pirata» • 4

TRANSCURRIERON UNOS SEGUNDOS que parecieron interminables, durante los cuales nadie abrió la boca ni se movió. Se miraban unos a otros detenidamente, pero ninguno se lanzaba. Por fin, la extraña aparición se acercó a los recién llegados con los brazos abiertos.

—¡Bienvenidos! —saludó—. Me alegro de que hayáis conseguido llegar. No conocía el coche, por eso quise comprobar que erais vosotros —se dirigió a la señorita Trask y le tomó de la mano—. Marga, cuánto me alegro de verte. Ha pasado mucho tiempo…

Obviamente, el fantasma no era otro que el hermano de la señorita Trask, llamado Frank. Visto de cerca, a pesar de la poblada barba, se apreciaba un indudable parecido entre ambos, más acusado cuando se quitó el sombrero para saludarles. Entonces, la forma de la cabeza y el pelo crespo gris, junto a los rasgos y color de los ojos azules acentuaron esa primera impresión.

Marga Trask miraba desconcertada a su hermano.

—Casi no te reconozco con esa pinta —le dijo ceñuda—. Y éste, que se llama Mart, pensó que eras un fantasma. Honey, Trixie, Di, Jim, Brian, Mart, Dan…, os presento a mi hermano Frank.

Al señor Trask no pareció afectarle gran cosa la decepción de su hermana al verle con aquel estrafalario disfraz. Sonrió divertido.

—Así que me confundiste con un fantasma, ¿no, Mart? Eso me halaga. Es magnífico. No pretendía otra cosa. Estos pequeños detalles ambientales dan sabor al lugar, y atraen a los turistas, ¿comprendéis?

Mart se puso colorado. Trixie aprovechó para decir:

—En realidad, Mart se siente decepcionado porque no es usted un fantasma.

—Querría preguntarme cómo desaparecí… —bromeó Frank—. Eso está bien, se ve que es un muchacho despierto. Bueno, vamos a entrar. ¿Qué hacéis ahí parados? ¡Venga! Vuestras habitaciones ya están listas. Seguro que os apetece daros una ducha y cambiaros antes de bajar al comedor a tomar algo; pedid lo que queráis, invita la casa.

El rostro de Mart se iluminó.

—¿Ha dicho tomar algo? —preguntó.

—¿En el comedor? —se interesó Trixie.

Frank fue al maletero de la ranchera y comenzó a descargar los bultos.

—Sí, he dicho tomar algo en el comedor, antes de cenar. Un aperitivillo. Se cena a las ocho. Estáis invitados. Marga y yo tenemos que celebrar algo.

Jim hizo un gesto de preocupación.

—Oh, si se trata de una reunión familiar, nosotros no pintamos nada…

—¡Tonterías! —le atajó el señor Trask, cargado con la mayor parte del equipaje, avanzando hacia las escaleras de entrada—. Me da la gana de invitaros. Además, tengo preparada una grata sorpresa. Os gustará.

Marga seguía inmóvil observando atentamente a su hermano. Suspiró y dijo:

—Por una vez, estoy de acuerdo con Frank. Si no quisiéramos que vinieseis, no os habríamos invitado. ¿Está claro, queridos? —sonrió por primera vez desde que llegaron.

—Sí, mamaíta —contestó Jim al momento.

—Está bien —aceptó Honey—, pero no sabíamos que fueran a celebrar nada esta noche.

—¡Yo tampoco! —dijo la señorita Trask frunciendo el ceño.

Poco después, Honey y Trixie contemplaban su dormitorio, en la segunda planta. Recordaba un camarote, desde la decoración de motivos marineros hasta la litera y las cortinas de lona. Les pareció encantador.

Trixie se asomó a la ventana. La habitación daba a la fachada principal. Caían de los esbeltos árboles las hojas secas alfombrando el suelo. En la lejanía, el sol se ocultaba y el río Hudson parecía de oro.

—Es maravilloso —dijo Trixie.

—Estoy completamente de acuerdo —contestó Honey alegremente, tumbándose sobre la cama.

Un pequeño cuarto de baño comunicaba su habitación con la de Di. Curiosearon un poco más, inspeccionando hasta el último detalle.

—¿Habéis visto las habitaciones de los chicos? —preguntó Di—. No sé cómo lo han conseguido, pero Brian y Mart se han instalado en el camarote del capitán. Tienen una lámpara preciosa. Jim y Dan están en un dormitorio parecido al vuestro.

—¿Y la señorita Trask? —preguntó Trixie—. Subió con todos, pero la perdí de vista enseguida.

—Su habitación queda al fondo de este pasillo —dijo Honey—. Le eché un vistazo antes de venir a la nuestra. No sé si ella lo deseaba, pero su cuarto es muy distinto.

—¿Cómo es? —se interesó Di.

—Normal. Una habitación absolutamente normal. Ningún adorno marinero ni nada que se le parezca. Muy sobria. Sólo tiene un armario y una cama de lo más sencilla.

—Seguro que es el mismo cuarto donde dormía cuando era pequeña —aventuró Trixie—. Por cierto, ¿os fijasteis en aquel comentario?: «Por una vez estoy de acuerdo con mi hermano». Parece que no se llevan bien.

—Caramba, Trix, no sé de qué te extrañas. Pregúntate cómo te llevas tú con Mart, por ejemplo —dijo Di.

Trixie se puso colorada. Su amiga tenía razón. Además, no le gustaba que sus peloteras familiares trascendiesen; se sentía culpable de ello. Deseó no haber hablado, una vez más.

Honey se dio cuenta y cambió de tema.

—Vamos a ducharnos y a ponernos otra ropa más cómoda que este dichoso uniforme de colegiala —dijo—. Luego, podemos bajar a tomar algo.

—Tienes toda la razón del mundo —comentó Trixie dirigiéndole una mirada llena de agradecimiento—. ¡Me muero de hambre!

Di se fue a su dormitorio, pero dejó abierta la puerta de comunicación con el baño.

—El comedor también es precioso —comentó en voz alta—. Ya lo veréis. Me asomé un momento. Las paredes son de madera oscura y hay lámparas de latón en todas las mesas, y anclas por todas partes. El suelo es de moqueta roja.

—¿También bajo la mesa del capitán? —preguntó Trixie decepcionada—. Quería buscar la trampilla…

—No —dijo Di riendo—. Es el único sitio libre de moqueta. ¡Ah!, y ya veréis qué cuadros.

—¿Cómo son? —preguntó Honey.

—Dan miedo.

Cuando Trixie, con sus vaqueros y blusa limpios, bajó al comedor, comprobó que Di tema razón. En la pared del fondo, iluminada por un aplique, destacaba una pintura al óleo de un fornido y fiero pirata con un cofre. Trixie tuvo la impresión de que

no dejaba de observarla, aunque se moviera de un lado a otro del comedor.

—¿Qué te parece? —oyó a sus espaldas.

Dio un respingo antes de girar la cabeza. Allí estaba Frank Trask.

—Oh, es muy bonito —acertó a decir la muchacha.

—¿Bonito dices? Tiene fama de espantar a la gente curiosa…, excepto a ti, jovencita. Se cree que es el capitán Trask. Como ves, guarda el tesoro de la familia —sonrió—. De hecho, pequeña, vigila más de lo que aparenta.

—¿Realmente el pirata era como en el cuadro? —preguntó Trixie.

—La verdad es que no. Pero no se lo digas a nadie. Teníamos otro cuadro del verdadero capitán, del mismo tamaño que éste. El famoso pirata no era tan fiero. Es más, casi parecía un angelito. Por eso mandé pintar el segundo retrato, dando algunas indicaciones… —meneó la cabeza como lamentándose—. Sin embargo, a mi hermana no le gusta. Se nota. No parece muy partidaria de las innovaciones que he realizado, pero a mi modo de ver le dan al lugar cierto…

—Ambiente —completó Trixie sonriendo.

—¡Exacto! Bueno, muchacha —prosiguió el señor Trask—, ya está bien de rollo, vete con tus amigos. Ahora la mesa del capitán está ocupada, pero te prometo que esta noche podrás sentarte allí. Y atenta al aperitivo: he encargado que lo sirva uno de los más pintorescos camareros. Hasta luego y que disfrutéis.

Se fue. Trixie avanzó despacio hacia una mesa alargada que estaba cerca de un ventanal; allí la esperaban los demás Bob-Whites, que sonrieron al ver las miradas que echaba Trixie a la mesa del capitán. Ésta era ancha y redonda, y parecía muy vieja. Se hallaba justo en el centro de la habitación, y brillaba al reflejo de una luz indirecta. Alrededor de la mesa había tres personas mayores y cuatro chicos. Éstos pasaban más tiempo bajo la mesa que sentados. Trixie les veía golpear afanosamente distintas zonas del gastado suelo de madera. Sin duda, buscaban una trampilla. Deseó con toda su alma que no hallaran nada.

—Buenas tardes, ¿qué van a tomar? —preguntó alguien con voz cavernosa.

Trixie le miró y carraspeó. De pie, junto a ella, estaba el hombre

de peor pinta que jamás había visto. Disfrazado de pirata, era, sin discusión, mucho más aborrecible que el del cuadro. Alto, escuálido, con un parche negro cubriendo su ojo derecho y un pañuelo rojo sobre su cabeza. Una incipiente barba gris le infundía un aspecto siniestro.

Debería lavarse —pensó Trixie. Como si pudiera leer su pensamiento, el estrafalario camarero comentó:

—Voy hecho un desastre, ¿verdad? —señaló con el lápiz su camiseta de manga corta, típica de los hombres de mar—. Pero para eso me pagan. Norma de la casa. En fin, me presento. Soy Comadreja Willis, camarero, a su disposición. Por supuesto, lo de Comadreja es un estúpido mote; ya saben, otra regla absurda: cada uno debe tener un apodo… ¿Qué van a tomar?

Honey frunció el ceño.

—¿Qué me recomienda? —preguntó.

—Nada —dijo Comadreja—. No creo que os guste la comida de aquí. Aunque hoy ha pedido mucha gente la tarta de bala de cañón, no creo que haya salido buena.

—Si todos la piden será por algo; deberíamos probarla —dijo Di muy convencida—. ¿De qué está hecha?

—Bah, sólo es un nombre rebuscado y atractivo. En realidad es tarta de cerezas —respondió Comadreja—. En teoría es la especialidad de la casa. Al menos, eso dice Bizcochito.

—¿Bizcochito?

—El chef —explicó el camarero manteniendo el lápiz sobre el cuaderno de notas, a la espera. Parecía convencido de que le iban a pedir siete raciones de tarta de bala de cañón.

Acertó.

Cuando se alejó, Trixie comentó en voz baja:

—Si ése es uno de los mejores camareros, me pregunto cómo irán los peores.

—Quizá deberíamos decirle algo al hermano de la señorita Trask —sugirió Dan.

—Y quizá —añadió Honey— habría sido mejor seguir el consejo de Comadreja y pedir otra cosa.

Poco después, los siete platos eran rebañados hasta quedar relucientes. El veredicto fue unánime. La tarta, a pesar de su extraño nombre, era la más deliciosa que habían probado en su

vida. Se derretía en la boca y era superior a cualquier calificativo que Mart pudiera inventar.

Precisamente Mart llamó al camarero y le dijo:

—No entiendo por qué no recomienda este plato a la gente. Es sencillamente delicioso, ¿sabe?

—Bah, quizá el chef haya tenido hoy su día. No suele ocurrir. Por ejemplo, cuando se pone nostálgico, es un desastre.

—¿De dónde es? —se interesó Trixie.

—De un lugar llamado Cordon Bleu.

—¡Oh, ésa es una famosísima escuela de gastronomía francesa! —exclamó Di—. Así, no me extraña que haya logrado esta maravilla.

—Bah, exagera usted —dijo Comadreja agriamente.

Brian observó al camarero reunirse con el resto del servicio al otro lado del comedor.

—Psicología inversa —dijo de pronto—. Lo ha hecho muy bien, ¿verdad? Muy eficaz…

—No te entiendo, Brian —dijo Di.

—¿No te das cuenta? Se trata de provocar en el cliente una reacción contraria a lo que uno aconseja. Comadreja nos recomendó que no pidiéramos tarta, pero a la vez se las apañó para informarnos subrepticiamente de que era la especialidad de la casa y de que todo el mundo la encargaba. Y ¿cuál fue el resultado?

—Que pedimos la tarta todos… ¡Tienes razón! Lo hizo de maravilla. Tan sólo siento no haber repetido —dijo Mart.

—Eres tan tímido —se burló Trixie, sin pensar lo que decía.

Mart conservó la calma.

—Ya lo sé —dijo—. ¿Qué tal si nos damos una vuelta? El aire fresco nos sentará bien. La señorita Trask comentó que hay un pueblo a pocos kilómetros. Además, así Sherlock Belden podrá despejarse la azotea y descubrir el color de cierto oso.

—¡No, sabelotodo! —replicó ella—. Prefiero quedarme para resolver el misterio de la desaparición del pirata.

Mart sonrió y se puso de pie.

—¿Veis? —dijo burlón y triunfante—. Sólo quería demostraros cómo desembarazarse de una hermana sin que se note. Realmente, el invento ese de la psicología inversa funciona bien.

—Trixie —susurró Honey a su amiga—, ¿te gustaría que me

quedase contigo?

—Cómo no —dijo ella agradecida—. Y te aseguro que esto no es, ni mucho menos, psicología inversa. Es la pura y simple verdad, esa verdad que a algunos cuesta tanto aceptar —completó mirando a Mart, que ya se alejaba con los otros.

—No te enfades, tonta. Mart bromeaba.

Pero Trixie ya no escuchaba. Miraba atentamente la mesa del capitán. Sus ocupantes, sin ocultar la decepción por no haber descubierto nada, estaban a punto de levantarse.

—Parece —dijo Honey— que no han buscado bien.

—Nosotras lo haremos mejor. ¡Vamos, Honey!

Un estrecho pasadizo • 5

CUANDO SE ACERCABAN a la mesa del pirata, un hombre pelirrojo se les adelantó.

—¡Demasiado tarde! ¡Qué rabia! —dijo entre dientes Trixie—. Nos ha ganado por la mano.

De nuevo dio un respingo cuando la voz de Frank Trask sonó a sus espaldas.

—Ya veo que te la quitó. No me extraña. Es el señor Marvin Appleton, uno de nuestros clientes. Durante toda la tarde no le ha quitado el ojo de encima, me he fijado. Aparentaba no interesarse en absoluto por la historia del pirata, pero escucha esto: seguro que dentro de poco se pone a inspeccionar el suelo bajo la mesa. De todas formas, tranquilas; no creo que descubra el misterio con tanta facilidad… Ya lo ha intentado mucha gente, sin éxito —movió la cabeza—. No es sencillo.

Lo mismo pensaba Trixie. Aunque era extraño que, en tantos años, nadie hubiera dado con la solución. Cerró los ojos y se trasladó con la imaginación a la época del pirata. Seguro que entonces no había alfombras ni moquetas en el comedor. ¿Habría resonado la madera del suelo con las pisadas de los soldados que iban a detener al capitán Trask? En tal caso, el viejo pirata les habría visto de lejos. Pero… ¿qué hizo a continuación? Trixie reflexionó mirando el entarimado, bajo la mesa. Descubrió a Appleton tanteándolo disimuladamente con la punta del zapato.

Miró a Trixie y se ruborizó. Luego echó la silla hacia atrás y examinó con detenimiento una vieja lámpara, como si estuviera interesadísimo en ella.

La mente de la chiquilla funcionaba con rapidez. Al parecer, todo el mundo pensaba que había una trampilla bajo la mesa. De hecho, cuando Jim le contó la historia, eso fue lo primero que se le ocurrió. Pero ¿y si estaba equivocada? Si la trampilla existía, ¿cómo no la habían descubierto los soldados? ¿Por qué no persiguieron al pirata…?

Siguió pensando. Le vino a la cabeza cuando resolvió el misterio de las esmeraldas. En aquella casa llamada «Árboles Verdes»

encontró un pasadizo secreto tras un cuadro. Acaso en la «Fonda del Pirata» también existiese.

—¿Podemos curiosear por el resto del comedor? —preguntó al señor Trask.

—Haz lo que quieras, pequeña —dijo él sonriendo—. Ahora hay bastante tranquilidad, es buen momento. Yo voy a inspeccionar los preparativos de nuestra cena. Sólo os pido que no entréis en la cocina. Allí sí que hay movimiento, y Bizcochito se pone nervioso cuando le interrumpen.

Cuando se fue, Honey preguntó a Trixie:

—¿Se te ocurre algo? ¿Has pensado alguna solución al enigma?

—¿Recuerdas que te hablé de un posible pasadizo secreto tras estas paredes? Pues sigo pensando que es posible. Vamos a buscarlo.

Ambas muchachas cruzaron la amplia y vieja habitación. Cuando pasaron cerca de la cocina escucharon murmullos de voces y el típico alboroto de ollas y sartenes.

Pero descubrieron algo más prometedor. Un panel de madera recubría una zona en penumbra de un rincón perdido. Trixie se había fijado en él al echar el primer vistazo al comedor. Se acercó, con el corazón latiéndole rápido. Se dio cuenta de que el panel de la pared era de una tonalidad ligeramente distinta.

—¡Mira, Honey! —susurró emocionada pasando los dedos sobre la madera. Ya sabía yo… Con un poco de tiempo…

Pero no hizo falta. A pocos centímetros del suelo, sus dedos tentaron una especie de mando disimulado. Lo accionó y el panel de madera se deslizó sin ruido hacia arriba. Apareció ante sus ojos una especie de estantería, también de madera.

—¡Lo encontré! —dijo llena de gozo—. Por aquí escapó el pirata. Se metió aquí, y después… —calló de pronto—. Y después…

Honey miró entreabriendo los ojos por encima del hombro de su amiga.

—Oye —dijo al fin—, esto no es más que un hueco para subir y bajar platos en esa caja de madera. Se usaba mucho antiguamente, para ganar tiempo; los criados metían aquí la comida para llevarla sin que se enfriara, y para ahorrar viajes. Funciona con una soga, como un ascensor, para subir el material…

—Quizá esté comunicado con el sótano —aventuró Trixie.

—Es posible —concedió Honey—. En ese caso, quizá abajo haya

otro pasadizo que conduzca cerca del río…

Se miraron.

—Bien, vamos a comprobarlo.

—¿Estás loca? —se asustó Honey—. Casi no cabes en el cajón de madera.

—Bah, el señor Trask nos ha dicho que explorásemos lo que nos diera la gana —replicó Trixie. Examinó el estado de la maroma—. Parece segura. Además, Honey, piénsalo bien. ¡Puede ser la solución del misterio!

—Tienes razón, Trix —sus ojos brillaban.

—Y habré demostrado a Mart que no soy tan cabeza de chorlito como cree —añadió Trixie con orgullo.

Cinco minutos más tarde lo único que consolaba a Trixie era que su hermano estaba lejos de allí y no podía verla. La muchacha, dentro del cajón, había llegado al sótano, al final del pasadizo secreto. No podía moverse por la estrechez de las dimensiones. Parecía un polluelo intentando romper el cascarón. ¡No podía!

Al principio todo funcionó bien. Honey fue dejando caer la cuerda con cuidado, y Trixie descendió sin dificultades en esa especie de ascensor de juguete. Pero allí abajo no había ni la más remota posibilidad de que existiese otro pasadizo; tan sólo cuatro sólidas paredes de ladrillo.

¡Y Honey no podía subirla!

—Nada —gimió Honey desde arriba—. Ni se mueve la cuerda. Pesas demasiado. ¿No hay salida por ahí?

Trixie tanteó el muro de ladrillo. La invadió el pánico.

—No —dijo llena de angustia—. Está tapiado. Me parece que debes buscar refuerzos… ¡Por favor, date prisa!

Tras un largo silencio, Trixie aguzó el oído. Por fin Honey habló:

—Trix, ¡no hay nadie! He buscado hasta en la cocina. Han desaparecido todos, también el hombre que estaba en la mesa del capitán.

—¡No puede ser! —gritó Trixie desesperada—. ¡Oh! ¿Qué hacemos?

Ambas enmudecieron. Honey fue otra vez en busca de ayuda. Trixie se dijo que no debía pensar qué pasaría si su amiga fracasaba. *Pero ¿dónde se han ido todos?* —se preguntaba.

El aire del estrecho pasadizo parecía fresco, pero la chica ya no

estaba segura de nada. Se sentía muy incómoda. Tenía una pierna inmovilizada y doblada. Le dolía. *Mart no se equivocaba* —se dijo—. *Después de todo, soy una cabeza de chorlito*.

De repente, oyó voces. Escuchó con atención.

—No tengo nada más que decir, Frank. Sólo sé que tus ideas nunca dieron resultado. Además, se me parte el alma… Volver aquí…

—Los tiempos cambian, Marga —dijo suavemente el hombre—. Te digo que este proyecto sí ha resultado. Ya verás como en adelante todo marcha mejor. Te lo digo de verdad…

Trixie casi se desmaya de felicidad al reconocer las voces de la señorita Trask y su hermano. Supuso que provenían del rellano del segundo piso, de algún lugar próximo a la galería donde se había quedado aprisionada. Justo cuando iba a abrir la boca para llamarles, dijo bruscamente Marga:

—Todavía recuerdo tus anteriores fantasmadas, Frank.

La última vez que nos vimos discutimos porque te habías empeñado en convertir la fonda en un autoservicio. Ibas a conseguir un tocadiscos, y luces de neón y Dios sabe qué otros disparates. Menos mal que el Instituto de Conservación de Bellas Artes salió al paso y lo impidió —rió sin ganas.

—Aquello fue una locura, es verdad. Pero te aseguro, Marga, que esta vez he acertado y el Instituto de Conservación no puede decir nada. El público responde y el negocio va a más. Sólo tuve que pedir prestado algún dinero para empezar, y adecentar un poco el edificio…

—¿Que pediste dinero? —preguntó ella con acento afectado.

—Sí. Lo devolveré este fin de semana —dijo con aire triunfante —. El préstamo vence mañana a las siete de la tarde. Por eso te rogué que vinieras. Quería que te convencieras de que no soy ningún inútil. No quería perderme tu cara de asombro cuando me veas pagar la deuda a nuestro viejo amigo Nicolás Morgan.

Marga tragó saliva.

—¿Le pediste dinero a Nick?

—¿Y por qué no? Está forrado. En dólares y propiedades. Te aseguro que se ha portado muy bien…

—Seguro —la voz de la señorita Trask sonaba triste y preocupada—. Oye, si no le devuelves el dinero a tiempo, ¿qué

pasa?

Muy sencillo. En ese caso, el hostal pasa a su propiedad. Con algo tenía que avalar el crédito, ¿comprendes? Pero tú tranquila: tengo el dinero en un lugar seguro.

¿Lo tienes en efectivo? —se asombró ella.

—Pues claro. Ya sabes lo que pienso de los bancos, hermanita. A mí esas cosas no me van, jamás los aceptaré.

Trixie se tapó los oídos con las manos para no oír más. Se encontraba indecisa. ¿Debía gritar? Recibiría ayuda, seguro; pero también se sabría que había escuchado una conversación privada.

En ese momento, un repentino tirón de la cuerda que sujetaba la especie de cajón donde ella se hallaba, la sacó de dudas. No gritó. Lentamente, fue subiendo. Ya no veía el tragaluz por el que se escuchaban las voces de los Trask. Se sucedieron vigas y travesaños. Por fin, apareció ante sus ojos el hueco del comedor. Trixie estaba a punto de llorar de alegría. Realmente, había pasado mucho miedo.

Levantó la vista para observar a su galante salvador… No era otro que el extravagante Comadreja Willis.

¡Fuego! • 6

PARA ALIVIO DE TRIXIE, detrás del hombro de Comadreja surgió el rostro de Honey.

—¿Estás bien? —preguntó ayudando a Trixie a salir del cajón—. Oh, no puedes imaginarte lo preocupada que estaba. Llegue a pensar que sería demasiado tarde.

—Suerte que me vio —intervino Comadreja muy serio—. Si tardamos un poco más… —Trixie se frotaba los miembros más afectados para restablecer la normal circulación de la sangre—. Aunque a decir verdad —prosiguió el camarero— no me sorprende mucho. Últimamente suceden cosas muy extrañas aquí: termitas, accidentes en la cocina, personal contratado que se va… Y, ahora, tú te quedas atrapada en ese respiradero. Sólo falta que se nos aparezca el «Zorro del Mar» remontando el Hudson.

Trixie había estado escuchando sólo a medias, pendiente de su propio estado, intentando serenarse. Pero lo que oyó no la tranquilizó, ni mucho menos.

—¿Qué es el «Zorro del Mar»? —se atrevió a preguntar, no obstante.

—Un viejo galeón —le explicó Comadreja—; el dulce hogar de los antiguos piratas. En tiempos remotos, en la época del capitán Trask, recorría estos parajes con frecuencia, según cuenta la leyenda.

—¿Qué leyenda? —se interesó Honey.

—Hay gente que dice que el viejo pirata juró proteger eternamente a su familia. Y, por eso, allá donde amenaza la desgracia a algún Trask, surge como por encanto su galeón fantasma.

Honey miró tímidamente hacia la ventana; ya era de noche.

—¿Un galeón fantasma? Usted nos quiere tomar el pelo…

Comadreja se alejó de ellas sin decir nada.

—Estaba bromeando, seguro que no hablaba en serio —repetía Trixie a Honey mientras recorrían el comedor, un poco impresionadas—. Es la historia más absurda que he oído en mi vida. Qué imaginación —suspiró—. No me fío de ese hombre, Honey. No

entiendo por qué Frank Trask lo ha contratado… Qué mala pinta. No tiene la culpa de ser tuerto, pero al menos podría afeitarse.

Honey sonrió.

—Pues parecía asustado cuando le conté lo que ocurría —dijo.

—Por cierto, ¿por qué tardaste tanto en encontrar a alguien?

—No lo sé —respondió Honey frunciendo el ceño—. Es muy raro. Cuando corrí en busca de ayuda, la mayoría de los empleados venían de fuera del edificio, como si hubiera sucedido algo —hizo una pausa—. Me temo que hay otras malas noticias. Uno de ellos me dijo que estamos tras una pista falsa. La galería ésa no existía en tiempos del viejo pirata, así que, lógicamente, no pudo utilizarla. Ese pasadizo es de reciente construcción y, además, se tapió muy pronto la salida a la bodega porque no servía para nada —miró atentamente a Trixie—. Oye, ¿te sientes bien? Estas palidísima.

Trixie se sentía fatal. Aparte del susto, aquellas noticias acabaron de desquiciarla. Temblaba. En esos instantes le importaban un pimiento todos los piratas, galeones y fantasmas del mundo. Le dolía todo el cuerpo, como si hubiese corrido veinte kilómetros seguidos cuesta arriba.

Cuando llegaron a la planta de su dormitorio, no les consoló en absoluto ver al resto de la panda. Traían muy buen color y, evidentemente, se lo habían pasado de miedo. Charlaban y reían, e iban de un cuarto a otro.

—Mañana podemos explorar los riscos —comentó Di—. Y por la noche daremos otro paseo, esta vez hacia el río. ¿Crees que habrá alguna playita, Mart?

Mart iba a responder desde la puerta de su camarote cuando se fijó en Trixie y Honey.

—¡Qué caras más largas traéis, pieles rojas! —se burló—. ¿Acaso fueron infructuosas vuestras primeras pesquisas?

Trixie hubiera deseado pasar inadvertida, pero, antes de que supiese reaccionar, Honey había contado a los demás, con pelos y señales, su ridícula aventura.

Brian, muy responsable, llevó a Trixie a su dormitorio y le dijo que se tumbara. Pronto se vio rodeada por los demás, que la miraban preocupados.

—¿Cómo estás, Trix? —preguntó Jim, acariciándole el pelo.

—No tiene buen aspecto —comentó Di—. Está pálida como un

fantasma.

—¿Cuándo dejarás de hacer el indio? —dijo Brian severamente —. Te podías haber asfixiado en ese pasadizo. ¿No recuerdas cuando buscamos el collar de esmeraldas?

—¿Y si no llega a ayudarte Honey? —añadió Dan muy serio.

Trixie asintió con la cabeza y permaneció inmóvil y callada, reposando. Sabía que tenían razón y se preocupaban por su salud. Con todo, sin poder evitarlo, adivinaba que al siguiente comentario rompería a llorar.

Inesperadamente, Mart la sacó del aprieto.

—Dejadla en paz. Seguro que no hará más locuras en su vida, ¿verdad, Trix?… A propósito, me estoy acordando de un chiste buenísimo…

Y con un tacto que ella no conocía en su hermano, Mart cambió de tema, alejando la conversación de broncas, censuras y palabras molestas.

Brian tomó una manta del armario y la extendió sobre su hermana. Ésta sonrió agradecida y comenzó a relajarse.

Afuera reinaba la oscuridad y densas nubes ocultaban las estrellas. En la habitación, un par de lamparillas inundaban la estancia con una luz tenue y cálida. Se oía el susurro casi imperceptible de las hojas de los árboles, mecidas por una brisa suave. Trixie sentía el grato calor de la manta; empezó a adormecerse. Se dijo que después de la cena leería algún capítulo de Lucy y se dormiría pronto. Con el cerebro medio embotado, se preguntó qué habría para cenar. Olfateó alrededor para ver si le llegaba el aroma de los guisos. Tenía sueño…

De repente, se espabiló. Abrió los ojos, extrañada. Olía a humo. Algo se estaba quemando, seguro. Y no era precisamente la cena.

Todos los Bob-Whites se quedaron perplejos cuando se incorporó de un salto y corrió a la puerta.

—¿Trixie? —llamó Di—. ¿Te encuentras bien?

—¡Brian, Jim, Di, todos! ¡Rápido! ¡Hay un incendio!

No les fue difícil dirigirse al lugar de donde procedía el humo: salía por debajo de una puerta, cerca del vestíbulo. Dan iba el primero, muy decidido. Dijo:

—Como esté cerrada, habrá que echarla abajo.

Pero no hizo falta. Al girar el picaporte, la puerta se abrió. Sin

pensarlo dos veces, se adentró, cubriéndose con la mano la nariz y la boca, en aquella densa nube oscura.

—¡Está ardiendo un colchón! —gritó—. ¡Daos prisa! ¡Brian, Mart, Jim, ayudadme a sacar la cama de ahí! ¡Di, Honey, abrid las ventanas! ¡Trixie, busca unas toallas para protegernos del humo!

Momentos después, cuando Trixie volvía con las toallas, los chicos pisaban los últimos rescoldos del pobre colchón, extendido sobre el suelo.

—Se acabó —comentó Dan, satisfecho—. Conseguimos apagarlo.

—Me pregunto cómo se produjo —quiso saber Mart, cuya nariz se veía manchada de negro—. Parece provocado.

Trixie contemplaba el triste espectáculo. En medio de la humareda, Di y Honey ventilaban la habitación agitando fundas de almohada. Le pareció ver algo. De pronto, creyó que se le paraba el corazón. Se quedó petrificada. Sí había algo. Las voces de los demás le llegaban lejanas, como en un sueño confuso, igual que los ruidosos pasos que se acercaban, raudos, a la habitación.

Trixie se frotó los ojos y volvió a mirar aquello. Sí, había una figura inmóvil al fondo de la habitación. Tenía el pelo corto y la tez oscura. Vestía una chaqueta de sport, color canela, con coderas.

—¡Mart, Brian! —dijo al fin con voz temblorosa—. ¿Os ayudó alguien a apagar el fuego? Si no, ¿quién es ese hombre que está sentado allí?

—¿Hombre? ¿Dónde? —se extrañó Mart acercándose.

Trixie cruzó la habitación ante la expectación horrorizada de los otros, y tocó suavemente el hombro del inmóvil personaje. Al momento, su cuerpo se desplomó sin exhalar un gemido.

—¡Oh! —gritó Honey—. ¡Se ha asfixiado! Brian, tendrás que hacerle la respiración boca a boca.

Pero cuando Brian se acercó a la figura tendida sobre el suelo, descubrió, lo mismo que Trixie, que no adelantarían nada con eso.

—No le ayudará —comentó.

Mart carraspeó.

—Quieres decir que…

—Quiero decir que… es un maniquí.

Fantasma del pasado • 7

JIM ESTABA MUY ASOMBRADO.

—No lo creo —dijo inclinándose para tocarlo—. Parece de verdad.

—Sí —insistió Mart—, lo parece —lo movió un poco con la punta del zapato, también manchado de hollín—. Es como los maniquíes de los grandes almacenes; pero ¿qué hará aquí?, ¿quién vive aquí?

Nadie pudo responderle, pues en ese momento los Trask irrumpieron en la habitación con cuatro hombres más, ataviados con el ya familiar disfraz de pirata. Segundos después, llegaron los bomberos y comprobaron los daños, Brian explicó lo ocurrido.

—Estoy en deuda con vosotros —dijo Frank Trask—. Si no llega a ser por vuestra rapidez, es fácil imaginar lo que hubiera sucedido.

—Sí —corroboró un bombero—. Aunque el colchón parezca apagado, en realidad arde sin llama y se reaviva más tarde. Menos mal que estos jóvenes han intervenido a tiempo y con acierto…

Desprevenidos por los halagos, los Bob-Whites callaron.

—No tiene importancia —dijo, por fin, Trixie—. Eso sí, nos llevamos un susto con el muñeco… Creíamos que era una persona de verdad.

—¿Un muñeco? —se oyó una voz desde la puerta—. Eses mío. Lo necesito para mi trabajo. Se llama Clarence.

El recién llegado no era otro que Appleton, el hombre pelirrojo a quien Trixie había visto en la mesa del capitán aquella tarde. Hizo un gesto al ver en el suelo los restos del colchón. Inmediatamente después miró con ansiedad hacia un cajón del escritorio, que estaba medio abierto. Se acercó a cerrarlo, pese a lo cual Trixie se fijó en que asomaba un pico de papel, manuscrito, color amarillo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Appleton—. ¿Y cómo han entrado aquí? Dejé la puerta cerrada con llave cuando salí esta tarde.

—Pues cuando llegamos, no lo estaba —dijo Dan—. La verdad es que hasta eso es extraño.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Frank Trask con acritud.

—Que, a pesar de iniciarse el fuego en el colchón, nos parece que ha sido provocado.

Marga Trask suspiró.

—¿Estás seguro, Brian?

—Claro que no —intervino con decisión Frank—. ¿Qué pruebas tiene? Ninguna. Además, ¿quién puede estar interesado en algo tan demencial? —miró a Appleton. Éste, de pie, apoyado sobre el escritorio, parecía como si quisiera ocultar su contenido.

—Espero que nadie sospeche de mí —dijo sin pestañear—. No he subido a este piso en las últimas tres horas.

—Por favor, faltaría más —le tranquilizó el dueño de la fonda.

De cualquier manera, a Trixie le pareció que Frank estaba preocupado cuando daba instrucciones para instalar a Appleton en otro dormitorio. Su hermana también se dio cuenta y apoyó una mano sobre el hombro de Frank.

—¿De verdad crees que ha sido un incendio fortuito? —le preguntó—. Precisamente estaba hablando con ese detestable camarero al que llamáis Comadreja; me contó la serie de accidentes fortuitos que se han sucedido desde el verano…

—Créeme, Marga —le atajó Frank—. Eso le puede ocurrir a cualquiera. Pasa cada cosa…

La señorita Trask iba a responder, pero se contuvo. Giró sobre sus talones y se alejó.

—¿Qué piensas de todo esto, Trixie? —le preguntó Honey en voz baja.

—No sé —dijo ella despacio—. Pero me alegro de haber venido. Está claro que la señorita Trask nos necesita, Honey. Algo raro sucede, eso es indudable.

El señor Appleton se negó cortésmente a que Mart y Jim le ayudaran a trasladar sus pertenencias a la nueva habitación.

—Puedo apañármelas solo, muchas gracias.

Abrió el armario y metió la ropa en una maleta. Después recogió el maniquí, se lo puso bajo el brazo y salió. Cuando estuvo lo suficientemente alejado, Trixie soltó una carcajada.

—Es divertido —explicó a sus amigos—. Lo lleva como si fuera él el culpable. Ahora le ajustará las cuentas —se volvió a reír, contagiando a los demás, y así se pasaron varios minutos, sin poder contenerse.

—Es estupendo verte contenta otra vez, Trix —dijo Di enjugándose los ojos.

—De tanto reírme me ha dado un hambre canina —comentó Trixie.

Jim examinó sus vaqueros ennegrecidos. Después olió la camisa.

—Apesto a humo. Voy a ducharme.

—Estamos todos igual —dijo Mart—. Debemos ducharnos todos. Ya nos veremos después en el comedor. A ver si no hay más sorpresas hasta entonces, que ya está bien.

Trixie comprendió que se dirigía a ella y ahogó la última sonrisa mordiéndose el labio. *La verdad es que no causo más que problemas, pero, caramba, el fuego no lo provoqué yo* —pensó.

—Por cierto, ¿qué se os había perdido a vosotras en el agujero ese? —preguntó Brian.

—No me extrañaría que estuvieran buscando por dónde escapó el viejo pirata —respondió Jim—. Y, por una vez, creo que fue una buena idea.

Todos sabían que Jim tenía especial simpatía por Trixie desde que la conoció a raíz de su escapada de casa de su padrastro.

—No es por nada, pero discrepo de tu opinión —terció Mart—. Fue una idea absurda. Reflexiona un poco. Entre una partida de soldados para detener al capitán pirata, ¿te parece lógico que se quedaran quietecitos mientras el fugitivo pasaba por delante de sus propios ojos y se introducía en el pasadizo, al fondo del comedor? Bah…

Trixie se sintió frustrada repentinamente. Sin duda, Mart tenía razón. Ella misma había pensado en eso aplicando dicho razonamiento a la posible huida a través de una trampilla. Se dio cuenta de que había sido muy impulsiva. Como siempre. Por impaciente. ¿Cuándo aprendería?

—Quizá los policías no pudieron seguirle porque no le vieron… —se defendió sin convicción.

—Frío, muy frío, querida Sherlock —dijo Mart—. La mesa queda en el centro de la habitación. Es imposible que no le vieran. Tienes que aprender mucho todavía, cariño —añadió con retintín—. Vamos, Brian, te echo una carrera hasta la ducha.

Cuando se quedó sola, Trixie no se resistió a echar un último vistazo a la antigua habitación de Appleton. Contempló, confusa, lo

que quedaba del colchón. ¿Fue un incendio provocado? ¿Fue Appleton? Desde luego, él tenía la llave. ¿Qué ganaba con ello? ¿Qué motivos podía haber para que alguien hiciese una cosa así? La muchacha suspiró. No entendía nada. Dio la vuelta para irse, y en ese momento vio un papelito doblado a sus pies. Se agachó para recogerlo. Decía:

¡ATENCIÓN!
¡TODOS SUS MOVIMIENTOS SON
OBSERVADOS!

—¿Qué significa esto? —preguntó Honey cuando, momentos después, Trixie le mostró el aviso—. ¿Va dirigido a ti o a Appleton?

Sentada sobre la cama, Trixie examinó la nota de nuevo.

—Y yo qué sé. Estoy desconcertada, Honey.

—Quizá —reflexionó ésta— lo único que podamos hacer sea mantenernos en guardia. Así descubriremos si alguien nos vigila.

Trixie se estremeció y observó detenidamente la habitación. Se le acababa de ocurrir que tal vez existieran otros pasadizos secretos en el edificio y —¿por qué no?— tras las paredes de su alcoba.

Seguía dando vueltas a esa posibilidad, ya duchada y con ropa limpia, frente al espejo del tocador. Le llamó la atención el vestido que llevaba puesto, por lo inusual. Honey y Di le habían recomendado que se pusiera algo elegante para la cena y ella accedió a ponerse una blusa blanca y una falda azul.

—¡Demonios! —exclamó mientras intentaba poner un poco de orden en sus rizados cabellos—. Honey, no sabes cómo odio la elegancia. Si no me hubiese obligado mamá, ni siquiera habría metido este conjunto en la maleta —se alisó la falda.

—Estás muy guapa lleves lo que lleves —la consoló Honey, realmente hermosa y atractiva, con su vestido verde claro.

—¿Has terminado, Di? —gritó Trixie—. Tengo ganas de ver la cara que pondrán los chicos cuando nos vean de esta guisa. Además, siempre andan quejándose de que somos unas lentas y de que tienen que esperarnos.

Pero Di no estaba preparada, ni mucho menos.

—Id bajando —dijo—. Yo iré enseguida… Una cosa: como sois

las únicas que no habéis dado un paseo todavía, podéis aprovechar ahora. Os da tiempo a dar una vuelta por los alrededores. Eso sí, llevaos las chaquetas. Empieza a bajar la niebla y con tanta humedad…

—Buena idea —dijo Trixie satisfecha—. Vamos, Honey. A lo mejor nos sigue alguien.

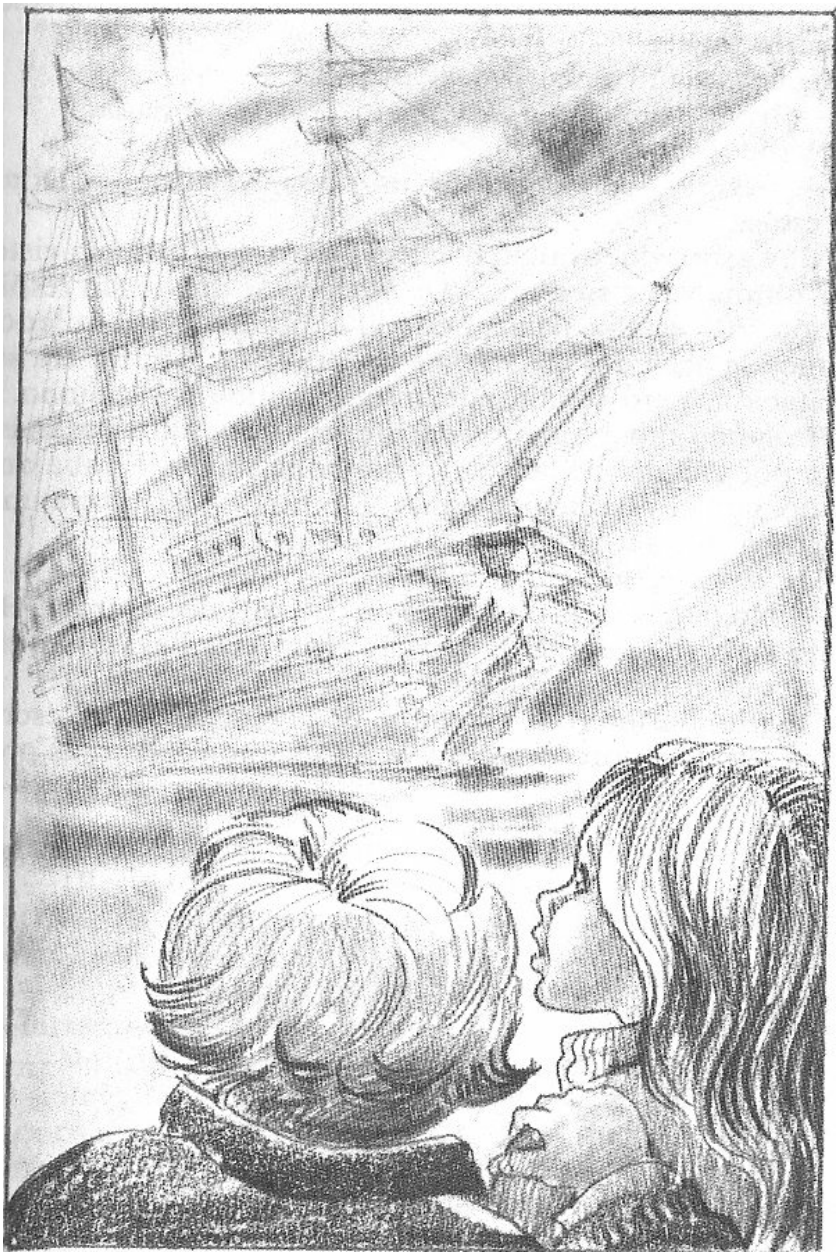
Cuando bajaban las escaleras, Trixie tenía la sensación de que unos ojos estaban clavados en su espalda. Se dio la vuelta dos veces, pero no vio a nadie.

—Deja que descanse tu imaginación unas horas al menos —le aconsejó Honey.

En ese momento apareció al fondo del pasillo la borrosa silueta de un pirata. Honey agarró del brazo a Trixie. Cautelosamente, el hombre cerró una puerta sin hacer ningún ruido y se dirigió al comedor andando de puntillas.

Trixie pensó que sería el inevitable y sombrío Comadreja Willis, pero no estaba segura. De todas formas, olvidaron enseguida el incidente y salieron afuera por la puerta principal.

Di tenía razón. La niebla se extendía con rapidez. Ya había cubierto la hierba desde la fonda hasta el borde del risco. Ambas muchachas sintieron un escalofrío y se abrocharon las chaquetas de Bob-Whites, chaquetas hechas por Honey para cada uno de los componentes del club. En sus espaldas, con bellas letras, podían leerse las iniciales «B.W.G.» (Bob-Whites de Glen).



—Quédate aquí y vigila, Honey —susurró Trixie—. Me voy a acercar hasta el acantilado; vuelvo enseguida. Así, sabremos de una vez si nos siguen o no —y desapareció entre la niebla.

Honey se impacientó muy pronto.

—¿Trix? —llamó—. ¿Estás ahí? No se ve nada.

Nadie respondió.

—¿Trixie? —volvió a decir, un poco nerviosa—. ¿Dónde estás?

Muy asustada, avanzó hacia el punto donde había visto por última vez a su amiga. De repente, se quedó sin respiración. Allí estaba Trixie, inmóvil al borde del acantilado. Honey se acercó a ella. Trixie no podía hablar, tal era su excitación, pero señaló adelante; le temblaba la mano.

Brillando fantasmagóricamente, con sus estilizados mástiles por encima de la niebla, había un navío. Estaba anclado, con el velamen recogido. Flameaba en la popa una bandera que Honey intentó distinguir.

De repente, se agarró a Trixie.

—¡No puede ser! —exclamó—. ¡Es un galeón pirata! He visto su bandera… ¡Oh, Trixie!, ¿cómo ha llegado aquí? ¿Por qué brilla su silueta?

De pronto, leyeron el nombre de la embarcación, escrito en letras fosforescentes, y ya no hicieron falta más preguntas.

¡Era el «Zorro del Mar»!

Otra desaparición • 8

TRIXIE Y HONEY no daban crédito a sus ojos.

—¿Recuerdas la vieja leyenda, Honey? —acertó a decir Trixie—. El galeón fantasma aparece cuando algún Trask corre peligro…

—Pe-pero, no me digas que-que creíste esa his-historia —tartamudeó Honey, vencida por el pánico.

—No; debe tener alguna explicación lógica.

—Pues desembucha —pidió impaciente—. Oh, Trix, vámonos de aquí ahora mismo. Tenemos que poner en guardia a la señorita Trask, por si acaso.

Trixie no escuchaba. Clavó sus ojos en el galeón, como queriendo grabar su imagen para siempre. Se preguntó si gobernarían el barco espectros surgidos de otro tiempo, si irían de un lado a otro de la embarcación, si subirían a los mástiles… Esperó. Su corazón latía desbocado. Sin embargo, el galeón parecía vacío.

Poco a poco sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, y distinguieron más detalles, a pesar del brillo que envolvía al barco pirata. Allí estaban las portillas, cerradas, tras las cuales sin duda se escondían los cañones. En el mascarón de proa se dibujaba claramente una figura de mujer, esculpida, a la altura de cubierta, pero por fuera. Trixie observó su rostro y sintió cierto descanso cuando vio que la bella dama sonreía. Se volvió a Honey para mostrarle el hallazgo, pero, al ver el histérico gesto de su amiga, instintivamente la sujetó para tranquilizarla. Luego, miró de nuevo hacia el galeón, pero… ¡había desaparecido!

—¿Será posible? ¿Qué ha pasado, Honey?

—¡A mí qué me dices! Hace un momento estaba ahí y ahora ya no está. No lo entiendo.

—Voy a bajar a resolver este misterio —decidió Trixie, llena de curiosidad—. Un barco no puede desaparecer así como así.

—Por favor, no vayas —le suplicó Honey—. Estoy muerta de miedo… Además, prometimos a los chicos no meternos en más líos.

Trixie ya no se acordaba de eso, pero, efectivamente, Honey temblaba como un flan.

—Como quieras —se resignó de mala gana, apartándose del borde—. Es igual; por hoy ya son suficientes emociones…

—No nos creerán —se lamentó Honey—. Nadie, seguro. Y ¿qué le decimos a la señorita Trask?

—De momento —dijo Trixie, ya cerca de la puerta de la fonda —, yo no le diría nada. Sólo conseguiríamos preocuparla más. Además, no creo que ocurra nada esta noche.

Pero no habría estado tan segura si hubiese visto la sombra de un pirata moviéndose furtivamente entre la negrura, a sus espaldas. Las observó con atención y luego rió entre dientes.

Cuando bajaron a cenar los chicos, ellas ya estaban sentadas a la mesa del capitán; sus ojos brillaban, especialmente los de Honey. La oscura superficie de la mesa de roble quedaba oculta bajo un mantel blanco. Los cubiertos eran de plata y un jarrón de hermosas flores destacaba en el centro.

—Estábamos a punto de subir a buscaros —dijo Trixie bostezando cuando se acomodaron—. Llevamos varios siglos esperándoos. ¿Cómo habéis tardado tanto?

Consideró que estaban muy elegantes con sus trajes de noche. Cuando se sentó la señorita Trask, pareció que albergaba el mismo pensamiento.

—¿Me he retrasado mucho? —preguntó—. Debo decir que me siento muy orgullosa, acompañada por tan selecto grupo de jóvenes.

—Usted sí que está elegante —comentó Honey al contemplar el traje gris, sencillo y original, que llevaba Marga Trask—. Ah, pruebe esta bebida. Es deliciosa.

—No me digas qué es, lo adivinaré —dijo Mart—. Seguro que se llama algo así como Grog derritegargantas.

—¡No! —se rió Di—. Se llama Delicia de Doncella.

La señorita Trask probó el refresco con cautela.

—¡Ah! —exclamó—. Parece ponche. Sabrosísimo. Y qué bonito nombre… En mis tiempos a nadie se le ocurría poner a las cosas nombres tan rebuscados.

—¿Y tenía éxito la fonda? —preguntó Jim.

—No mucho —la señorita Trask suspiró—. Bueno, venían bastantes turistas en verano, pero el resto del año el negocio no iba bien.

—Pues ahora la cosa marcha mejor —dijo Trixie mirando en

torno—. Parece que tiene bastantes clientes más o menos fijos.

Se acercó un camarero muy alto. Aunque también vestía de pirata, su aspecto no era comparable al del andrajoso Comadreja; éste iba limpio y aseado. Repartió la carta para que eligieran y sonrió.

—Me llamo Smiley Jackson. Estoy a su disposición —volvió a sonreír, y se dirigió a la señorita Trask—: el jefe me encargó que le dijera que pronto se reunirá con ustedes.

—Ya sé por qué se llama Smiley[*] —comentó Mart cuando el camarero se alejó—. Qué dientes más brillantes. Y cuántos —bromeó.

Trixie estudiaba la carta.

—Casi hubiera preferido que Smiley se quedara para practicar la psicología inversa con nosotros. Parece todo tan sabroso que me cuesta decidirme —dijo Trixie.

—¿Qué tal unos Willies de corazón quebrantado? —sugirió Dan —. Suena muy bien. Escuchad su descripción: «Pastel de pollo, cuya crema suaviza el paladar; la capa externa se diluirá en la boca del afortunado cliente».

—Tampoco es manco el Flaming Trask Bobs —intervino Brian—. «Tropezones de carne escabechada en su propia salsa, especialidad de la casa, condimentados a fuego lento y al aire libre».

Después de dudar un buen rato entre los diversos manjares descritos, Smiley Jackson anotó ocho pescadillas con guarnición «al capitán». También pidieron un consomé especial y un filete espadachín. Marga Trask eligió té helado para la sobremesa; las chicas decidieron repetir la Delicia de doncella y los chicos prefirieron otro tipo de ponche llamado Jolly Rogers. De postre, Mart quería un yohoho al ron, pero Smiley dijo, como sin darle importancia, que el postre ya lo había encargado el anfitrión.

—Oh, seguro que tomaremos yogur —aventuró Trixie sabiendo que Mart lo odiaba.

—O quizás pasteles del pasadizo secreto —terció Jim.

La señorita Trask cambió de tema.

—Estoy impaciente —dijo—. A ver si viene mi hermano y suelta ya la sorpresa, sea lo que sea… Además, el espantoso retrato del fondo me está quitando el apetito —se refería al retrato del pirata.

—Si quiere, le cambio el sitio —se ofreció Trixie—. Así le dará

la espalda.

—Te lo agradezco, pero no es necesario. En fin, no acabo de comprender por qué cambiaron el cuadro. El anterior era mucho más agradable.

Trixie asintió. Realmente no estaba segura de si el espantoso retrato favorecía el ambiente del comedor. Lo único que podía decir era que se sentía incómoda, pues tenía la sensación de que los saltones ojos del pirata la observaban, la espiaban, la vigilaban… Lo comentó con Di y a ella le sucedía lo mismo.

—Bah, será mejor olvidarnos del cuadro y cenar a nuestras anchas —dijo, aunque hubiera preferido que se lo llevaran de allí—. Frank Trask debe estar al llegar…

Cuando llegó, casi no lo reconocieron. En lugar del disfraz de pirata, iba con un traje azul oscuro, elegantísimo, y llevaba una corbata a rayas, a juego con la camisa, de un tono claro.

De pronto se había convertido en el anfitrión más cortés y atento. Durante la cena les relató la historia del lugar, y resultó ser un gran conversador. Mart también intervino narrando diversos episodios con su increíble elocuencia, de modo que la mesa del capitán se convirtió en la más alegre y animada del comedor. En una ocasión, tras una carcajada general, Trixie se topó con la fría mirada del ojo de Comadreja. En otra, observó al señor Appleton, que estaba en una mesa cercana; parecía no perder detalle y se le veía contento. Sonrió a Trixie y cambió de posición, como para escuchar mejor lo que estaban diciendo.

—Me pregunto dónde habrá dejado al pobre Clarence —susurró Trixie al oído de Honey; ésta no pudo evitar una sonrisa.

Trixie se lo estaba pasando tan bien que olvidó sus temores de que la observaran, y se olvidó también de vigilar a Appleton. Nada le importaba en ese momento. Bien comida y acompañada por sus mejores amigos, llegó a pensar que nunca había sido tan feliz.

Por fin, el alegre grupo sacó bandera blanca, convencido de que ni podían ni debían comer nada más. Sólo Mart hizo un gesto de desconsuelo cuando Smiley retiró su plato.

—La mejor cena de mi vida —comentó—. He engordado varios kilos, seguro.

—No hace falta que lo jures —aprovechó para decir Trixie.

—Ojo, hermanita —se defendió—. Cualquier cosa que digas

puede volverse contra tu propia gordura, ¿comprendes?

—No sé de qué me hablas —dijo Trixie, arrepentida de sus palabras, ruborizándose—. En boca cerrada no entran moscas…

—Oh —comentó Marga Trask—, no tires piedras contra tu propio tejado, nunca llueve a gusto de todos, quien a buen árbol se arrima…

—Buena sombra le cobija —completó Frank—. Caramba, Marga, había olvidado ese viejo juego.

—¿Qué juego? —se interesó Jim.

—Cuando yo era un retaco, bastante más pequeño que vosotros, discutía mucho con mis hermanas, como es natural. A veces nos pasábamos y saltaban chispas. De modo que, para evitarlo, nos dedicábamos a recitar viejos refranes, uno tras otro, hasta que alguien se reía. Así olvidábamos la pelea y recobrábamos el buen humor, ¿comprendéis? Era nuestro modo de contar hasta diez —miró a su hermana con cariño—. Tendríamos que haber jugado la última vez que viniste, Marga.

—Sí, Frank. Tienes razón —se puso colorada.

Mart, muy ágil de reflejos, se dio cuenta y se puso a decir tonterías y a hacer payasadas, devolviendo a la conversación el agradable rumbo de unos minutos antes, hasta que todos estuvieron a punto de llorar de risa.

—Y, tras esta encantadora velada, nos acercamos a la sorpresa que prometí a mi hermana —dijo Frank—. Bueno, la verdad es que se trata de dos sorpresas. Para que lo entendáis bien, primero debo informaros de que, hace tiempo, estuvimos a punto de vender la fonda. No nos hacía gracia, por supuesto, pero no había más remedio. Desde tiempos inmemorables el lugar ha pertenecido a los Trask. Afortunadamente, se me ocurrió una idea.

—Una de tantas —apuntó su hermana.

—Pedí un préstamo a Nicolás Morgan, un viejo amigo, y con el dinero acondicioné el establecimiento —se interrumpió, como reflexionando; luego prosiguió—: Hoy se puede afirmar que la «Fonda leí Pirata» es un formidable negocio.

—¿De verdad, Frank? —preguntó Marga.

—De verdad. Mañana devolveré el préstamo y, desde ese momento, todo serán ganancias. Entonces… —se detuvo—. Bueno, creo que nos van a interrumpir… Para celebrar vuestra presencia, el

chef ha preparado una tarta de tres pisos, y ¡ahí viene! —gritó mirando a la cocina.

Se volvieron y pudieron ver a Comadreja Willis con el espectacular postre, avanzando lentamente.

¡Insuperable! A pesar de la distancia, los Bob-Whites observaron que estaba artísticamente decorado con anclas, conchas marinas, gaviotas sobre olas de escarcha helada… Trixie dio un codazo a Honey cuando distinguió, entre los adornos, un viejo galeón surcando el último piso de la enorme tarta.

—¿Será el «Zorro del Mar»? —le preguntó Trixie en voz baja.

Honey no pudo responder.

—Bizcochito, nuestro chef, se ha esmerado indudablemente. ¡Cuántas horas habrá dedicado a esa maravilla…! Pero todavía faltan las sorpresas —anunció Frank—. La primera —dijo despacio con aire triunfal—, la primera es que ¡sé cómo desapareció el viejo pirata!

Trixie lo miró atónita.

—¿Es posible? ¿Lo dice en serio?

—Claro que sí —sonrió—. Lo descubrí esta tarde, cuando abrí mi armario para guardar el traje… De pronto se me ocurrió la solución. Estoy seguro de que es la única respuesta posible.

Todos le escuchaban fascinados.

—¿Cómo desapareció? —preguntó, impaciente, Dan.

—En realidad, es muy sencillo. Como sabéis, los soldados llegaron a la mesa, a esta mesa. La rodearon. Entonces, el capitán…

En ese momento, a sus espaldas sonó un ruido metálico. Todos se volvieron. La bandeja que sostenía la tarta gigante había caído al suelo. Quedaron desolados. Cundió el desconcierto. Comadreja miraba el desastre, inmóvil, como si no acabara de creerlo. La maravillosa tarta, que tanto trabajo había requerido, estaba aplastada sobre la alfombra, irreconocible.

—¡Catastrófico! —dijo Mart—. Vamos a echar una mano.

—Ya te dije que deberías haber despedido a ese camarero, Frank —dijo la señorita Trask, muy apenada.

Trixie contempló desolada la escena. Los clientes de otras mesas también observaban la inconsolable figura de Comadreja, y los demás camareros se apresuraron a ayudarle. Ella miró hacia Frank Trask, pero su asiento estaba vacío. Ni rastro de su anfitrión…

¡Había desaparecido!

Otra preocupación • 9

SE FORMÓ UN ALBOROTO indescriptible con lo de la tarta. La situación era tan caótica y confusa que sólo Trixie se había dado cuenta de la desaparición de Frank Trask.

De pronto se abrió la puerta de la cocina y apareció un hombre de pequeña estatura, muy moreno. Iba completamente de blanco y cubría su cabeza el típico gorro de chef.

Miró, con los ojos como platos, su destrozada obra de arte.

—¡Inútil! —gritó, furioso, a Comadreja—. Tropezar, para un camarero, es un error imperdonable. ¡Torpe!

—Tranquilízate, Gastón —se defendió Comadreja.

Estaba limpiando la alfombra—. Ha sido un accidente. Eso puede pasarle a cualquiera.

—¡No, sólo a ti! —rugió el chef, absolutamente fuera de sí—. Si no fueras con ese absurdo parche en el ojo, verías dónde pones los pies.

Gastón dio una palmada llamando a sus ayudantes y volvió a la cocina. Los pinches también llevaban sombreros y delantales blancos, pero iban con camisetas chillonas de manga corta.

—Smiley se fue enseguida a la cocina —apuntó Honey—. Seguro que vuelve con otro postre —dijo, quitando importancia a la situación—. Qué le vamos a hacer, no es ninguna tragedia.

Trixie seguía estupefacta. Por fin, acertó a decir:

—Se ha esfumado, Honey. No sé cómo, pero ha desaparecido.

—¿Quién? —intervino Mart.

Trixie señaló el asiento que ocupaba el anfitrión minutos antes.

—Dijo que sabía cómo había desaparecido el viejo capitán, y nos lo ha demostrado.

Permanecieron todos en silencio, perplejos. Después, Jim exclamó:

—¡Cuernos! ¡Ha desaparecido de verdad! ¿Cómo lo habrá conseguido?

—No puedo creerlo —dijo la señorita Trask—. Además, es un momento tan poco oportuno…

—¡Pero lo hizo! —dijo Di.

Marga miró fijamente el lugar que ocupaba su hermano. Sonrió ante la sorpresa de Di.

—Volverá —comentó, llena de confianza—. Habrá ido a la cocina para tranquilizar al personal.

Trixie estaba segura de que la buena mujer se equivocaba. Se sentó, esperando que su anfitrión apareciese, como si fuese el genio de una lámpara maravillosa. No pudo evitarlo: se agachó para mirar debajo de la mesa, aunque no esperaba encontrarle ahí. Sólo vio el suelo de madera. Luego fijó su atención en las paredes, buscando alguna abertura secreta. Nada. Después, se puso a reflexionar sobre las palabras del desaparecido. ¿Fue su traje de pirata lo que le había inspirado la solución del misterio? Al menos, eso dijo. Pues ¿cómo…? La muchacha se dio por vencida. Llegaron a sus oídos los gritos del chef, todavía furioso por el triste fin de su admirable postre. Por fin, los cocineros limpiaron los últimos signos de la catástrofe. El chef miró un par de veces hacia la mesa; después,

retomó a grandes zancadas a la cocina y cerró de golpe.

Siguieron esperando un rato, pero Frank Trask no reaparecía. Incluso Smiley Jackson se había olvidado de ellos. Por fin, fue Comadreja quien se acercó al desconcertado grupo.

—Después de lo ocurrido, imagino que habrán perdido el apetito. No se preocupen; al fin y al cabo, aunque el chef dice que los relámpagos de chocolate le han salido muy bien esta noche, probablemente se equivoca, como casi siempre.

Permaneció a la expectativa con el lápiz en la mano, pero esta vez ni siquiera Mart pidió postre.

—Ha sido una cena insuperable —se disculpó—. No obstante, creo que deberíamos esperar a nuestro anfitrión para poner la guinda final. ¿Qué me dice de su desconcertante desaparición? Lo hizo como un mago de verdad, como… el viejo capitán.

Si esperaba impresionar al camarero, fracasó.

—Bah, no habrá ido muy lejos. Seguramente estará en su despacho y de un momento a otro me llamará para echarme una bronca por haber estropeado la tarta de Gastón. Iré a ver.

—No se moleste —dijo la señorita Trask—, prefiero ir yo.

—¿Puedo ir con usted? —rogó Trixie—. A lo mejor me cuenta cómo hizo el truco.

—Yo también quiero ir —dijo Mart.

—Y yo —añadió Honey.

Todos querían ir.

Marga sonrió.

—No creo que mi hermano esté jugando al escondite, pero podéis venir; me ayudaréis a buscarlo.

Trixie se dio cuenta de que Appleton parecía desencantado cuando abandonaron el comedor. Pero se olvidó de él mientras recorrían el pasillo, hacia el despacho.

Era éste una pequeña habitación, muy normal, con paredes forradas de madera y suelo de moqueta color burdeos. Entre dos estanterías había una vieja caja de caudales y, bajo la ventana de cristales emplomados, vieron un escritorio de roble, más bien grande. Sin embargo, el sillón estaba tan vacío como el asiento del comedor.

En un rincón se veía un armario. Trixie deseó que se abriese de golpe y el dueño de la fonda apareciese sonriente, gritando:

«¡Sorpresa!» Marga debió pensar lo mismo, pues se dirigió al rincón y abrió el armario. Trixie miró decepcionada su interior: allí estaba el traje de pirata, pero no le dio ninguna idea.

Se asomó Comadreja.

—¿Han encontrado al jefe? —preguntó—. ¿No? Tiene gracia… Tampoco está en la cocina. Sería divertido que realmente hubiese desaparecido.

—¡Eso es absurdo! —dijo Marga con energía, sentándose. Tiene que estar en alguna parte. Quizá en la bodega…

—Si prefiere que nos vayamos… —dijo Brian con cortesía cuando se fue Comadreja.

Pero ella no escuchaba. Observaba atentamente la habitación, como rememorando los lejanos tiempos de su infancia. ¿Tal vez fue ése el despacho de su padre? ¿La habría sentado sobre sus rodillas para jugar con ella?

Trixie interrumpió sus pensamientos porque apareció otra vez Comadreja.

—Lo he buscado por todas partes —dijo—, y no está ni en la bodega, ni en el fregadero ni en ningún lado. Además, hay problemas en la cocina.

—Muy bien, ahora voy para allá —dijo la señorita Trask, resignada.

—No hace falta —respondió una voz desde la puerta. Era Gastón.

Con ademán rebuscado, se quitó el gorro y lo tiró sobre el escritorio.

—Quiero ver a monsieur Trask —dijo con solemnidad—. Como no aparece, me dirijo a su hermana y presento mi dimisión. ¡Ya no aguanto más, este trabajo me está desquiciando!

Comadreja sonrió disimuladamente.

—Mi hermosa tarta —prosiguió el chef—, la mejor de Estados Unidos, bonne, magnifique… Nadie lo duda. Y van y la llaman pastel de bala de cañón. ¡Indignante! Y luego, lo de los trajes de corsario… ¡Humillante! Y además, este hombre torpe, que dice ser un camarero, destroza mi tarta de tres pisos… Por todo lo dicho, ¡basta! Me voy esta misma noche. Deme, por favor, la liquidación. Estoy decidido a abandonar de una vez por todas esta endemoniada «Fonda del Pirata».

—Ya dije que había problemas —comentó Comadreja, que parecía satisfecho y divertido.

Todos callaron. Por fin, habló Mart:

—Por favor, señor Gastón, no saque las cosas de quicio. Piense qué será de esta pobre fonda sin usted. Un fracaso. Su fama atrae multitudes…

—Eso es cierto —dijo el chef muy orgulloso—. Soy de los mejores cocineros del mundo, y monsieur Trask me paga bien; es un buen hombre, y muy inteligente. Pero, aun así, me largo. Díganle de mi parte que Gastón Gabriel está haciendo el equipaje. ¡Quiero mis honorarios ahora mismo!

Marga intentó convencerle de que se quedase, pero Gastón no quiso escucharla.

—Como quiera —se resignó ella—. No vamos a retenerlo contra su voluntad, pero, en cuanto a la liquidación, me temo que tendrá que esperar a mi hermano. Yo no conozco la combinación de la caja fuerte.

Gastón presionó a Marga Trask, pues no estaba de acuerdo, pero ella se mantuvo firme en su postura. Sonreía y movía la cabeza sin pronunciar palabra. Cuando el chef se marchó, dijo Comadreja:

—Excelente, señorita Trask. La felicito. El jefe no lo habría hecho mejor. Bizcochito tiene muy mal genio, pero se le pasa enseguida. De hecho, es la tercera vez que monta el número este mes. Pero eso de no darle el dinero ha estado muy bien. Su hermano nunca cierra la caja fuerte últimamente, pero Bizcochito no lo sabe.

Marga lo miró estupefacta.

—¿Que no cierra la caja fuerte? ¡Eso es imposible! ¡Si tiene ahorrados muchos miles de dólares!

Se incorporó y avanzó rauda hacia la caja fuerte. Dudó unos segundos antes de decidirse a intentar abrirla. Por fin giró el pomo y la sólida puerta cedió al momento.

La caja estaba vacía.

El dinero, igual que su propietario, había desaparecido.

Búsqueda infructuosa • 10

MARGA TRASK se quedó lívida.

—Qué extraño —murmuró—. No está el dinero…

—Bueno, estaría ahí si no hubiesen intentado robarlo el mes pasado —dijo Comadreja.

—¿Cómo? —se asombró Trixie.

—Ya dije que hemos tenido varios problemas —explicó el camarero—. El primero se produjo una noche, de madrugada, cuando todos dormían. El camarote del jefe queda justo encima de aquí, y hacia las dos creyó oír ruidos en esta habitación.

—¿Quién era? —preguntó Brian.

Comadreja se rascó su incipiente barba.

—Nunca se supo —dijo—. Cuando el jefe bajó, el ladrón había huido. Intentó forzar la caja fuerte con una palanqueta. Todavía se ven las marcas de los golpes. Si el muy imbécil hubiese girado el picaporte, se habría ahorrado muchos esfuerzos y… se habría llevado el dinero.

—¿Llamó mi hermano a la policía?

—No. Le aconsejé que lo hiciera, pero no me quiso escuchar. Hizo sus investigaciones entre los empleados, claro, pero igual pudo ser algún cliente. No era sencillo descubrirlo —se encogió de hombros.

—¿Y qué hizo después? —preguntó Trixie.

—Nada. Dijo que estaba todo el dinero y que no compensaba liar más las cosas. A partir de entonces fue más cuidadoso… Yo creo que guardó sus ahorros en otro lugar —caminó hacia la puerta—. Si quieren, sigo buscándolo. No creo que venga más gente a cenar esta noche.

La señorita Trask asintió con la cabeza. Se la veía preocupada.

—¿Habrá dicho la verdad? —desconfió Jim.

—No sé. Desde luego, lo del intento de robo parece muy coherente —dijo Brian—. Quizá sea su mala pinta lo que nos mueve a dudar de Comadreja.

—Es posible —admitió Di—. Bueno, creo que debemos buscar a su hermano, señorita Trask. Seguro que está bien, pero es un poco

raro que nadie haya podido encontrarlo.

Trixie se dio cuenta de que Di evitaba manifestar una preocupación común a todos: ¿y si el truco, al desaparecer el anfitrión, no había salido bien del todo y estaba herido?

Quizás —pensó Trixie—, *se ha quedado atascado en algún pasadizo, como me sucedió a mí*. Se estremeció al recordar la leyenda del galeón fantasma, que aparecía cuando la desgracia estaba a punto de cernirse sobre algún Trask, según les explicó Comadreja Willis. Se le hizo un nudo en el estómago.

—Di tiene razón —dijo—. Vamos a buscarlo. No pararemos hasta dar con él.

Como Trixie y Honey eran la únicas que llevaban chaqueta de abrigo, acordaron que ellas dos inspeccionarían los alrededores del edificio.

—Di y Dan buscarán por dentro, y Mart, Jim y yo nos reuniremos con vosotras cuando nos hayamos puesto un jersey —dijo Brian a su hermana.

—Antes, quisiera contaros algo —confesó ella—. Hasta ahora no he tenido ocasión.

Ayudada por Honey, les narró el episodio del galeón fantasma, y su leyenda.

Jim se rascó la cabeza.

—Quizá sólo imaginasteis que lo veíais —comentó, incrédulo.

—Sí; ten en cuenta que, a veces, los reflejos pueden formar extrañas figuras, y… —explicó Dan.

—No eran figuraciones —le interrumpió Trixie con firmeza—. Lo vimos tan claramente como a ti ahora mismo.

—Es cierto —dijo Honey—. La única diferencia era el extraño resplandor de su contorno.

—Y algún otro pequeño detalle, como, por ejemplo, que era de caramelo y se llamaba «El dulce galeón» —se burló Mart—. Permíteme que te lo diga: todo eso suena a novelita de Lucy Snodgrass.

—Q a relato de ciencia ficción de tu adorado Cosmo Mc-Naught —apuntó Brian en tono de advertencia.

Mart se puso como la grana.

—Bueno —dijo entre dientes—, cuando salgamos nos enseñáis vuestro precioso barco.

—Ya no está. Desapareció —repuso Trixie.

—Retiro lo dicho —siguió Mart, con las manos en los bolsillos y girando sobre sus talones—. No sacaron el barco de ninguna novelita; sencillamente, las chicas han consumido una dosis excesiva de «Delicia de Doncella».

—Sabía que no nos creerían —se lamentó Trixie, mientras ella y Honey salían al exterior—. Quizá no debimos contárselo. De todos modos, me parece que todavía no se ha dicho la última palabra sobre el galeón fantasma.

—Ojalá te equivoques —contestó Honey.

Fuera, la niebla se espesaba, y era difícil distinguir nada más allá de las propias pisadas. Llegó a sus oídos, río arriba, el eco triste de la sirena de un barco.

Cuando los chicos se reunieron con Trixie y Honey, ellos ya habían buscado entre los arbustos y en las cercanías de las tapias, pero no encontraron ningún indicio.

—¿Habéis inspeccionado la zona de la pradera donde suele merendar la gente? —preguntó Brian señalando hacia ella—. No hay que pasar por alto ni un rincón. Mart, Jim, ánimo.

—¿Qué tal les va a Dan y Di? —preguntó Trixie, con gran sensación de hacer el imbécil, mientras buscaba bajo una mesa de la pradera.

—¿Habéis perdido algo? —oyeron a sus espaldas—. ¿Os puedo ayudar?

Era un hombre alto de cabellos canos. Vestía un traje oscuro de buena calidad, y camisa blanca. Sus zapatos relucían como si fueran de charol.

—No pretendía asustaros —se disculpó—. Pero da la impresión de que necesitáis que os echen una mano. ¿Perdisteis una hucha? —conjeturó.

—No; estamos buscando a una persona —le explicó Honey, antes de que Trixie pudiera evitarlo. El hombre pareció sorprendido.

—Oh, perdonad, no sabía que se tratara de un juego.

—No es un juego —dijo Honey—. Un amigo nuestro hizo un truco de magia y desapareció. Nos iba a decir el secreto, pero entonces…

Calló, debido al codazo que recibió de Trixie.

—¿Desaparecido? —preguntó el hombre con interés.

—¡Qué va! —intervino Trixie—. No queremos engañarle. Acertó usted; se trata de un juego.

Ya se iba a ir el desconocido, pero se detuvo para preguntar:

—¿No sois vosotras del grupo que ha venido con Marga Trask? Me parece que sí… Soy un viejo amigo suyo. Frank me dijo que vendríais. Me llamo Morgan, Nicolás Morgan. Bueno, que os divirtáis, jovencitas. Os deseo mucha suerte y que ganéis en el juego, sea cual sea.

Cuando se alejó, Honey protestó:

—¿Por qué no dejaste que le contara lo sucedido? Habría intentado ayudarnos…

—No estoy segura… Tengo la sensación de que nos conviene más, por ahora, actuar con prudencia y discreción —se sentó en un banco de la pradera y añadió—: ¿Te has parado a pensar lo que sucedería si no aparece Frank Trask… ni su dinero?

Honey sintió un escalofrío.

—Por favor, Trix, qué ganas de pensar cosas desagradables.

Se acercaron a los riscos del acantilado, como antes de cenar, pero no vieron nada; sólo niebla y oscuridad.

—Sigo pensando que debemos bajar a echar un vistazo —dijo Trixie—. Es imposible que un barco desaparezca como por arte de magia. Además, es muy probable que exista un túnel secreto que comunique el hostal con la orilla del río.

—Pero no se ve nada, nos romperíamos la crisma —se resistió Honey.

Y, por segunda vez, Trixie reconoció que Honey tenía razón. Volvieron hacia la fonda.

—Pues a mí la idea de un túnel, o galería, o pasadizo, o lo que sea, me sigue pareciendo buena —comentó por el camino.

Al recorrer la pradera, sus pensamientos volvieron al hombre con que se habían encontrado pocos minutos antes.

—¿Sabes, Honey? Ese hombre me resultó algo misterioso. Entre otras cosas, no acierto a comprender qué hacía por aquí a estas

horas.

Honey no pudo menos que sonreír, al comprobar una vez más el temperamento inquieto y curioso de su amiga.

—Quizá, sencillamente, viene de cenar —dijo—. En serio, Trix, no busques más misterios; ya tenemos suficientes, ¿no crees?

Al cabo de un rato, hasta Trixie estaba resignada a abandonar aquella búsqueda infructuosa.

—La niebla es tan espesa que, aunque viniera alguien y me diera un puñetazo en la nariz, no estaría muy segura de tener alguna pista —se lamentó.

Honey rompió a reír.

—Eso que has dicho tiene verdadera gracia, si te imaginas la escena.

—Lo que tiene gracia —dijo Mart, surgiendo entre las sombras— es que algunos árboles de éstos tienen focos. Me di cuenta al salir y descubrí los interruptores, pero los dichosos trastos no parecen funcionar.

—¿Qué es lo que no funciona? —preguntó Brian, que se incorporó al grupo con Jim.

Mart lo repitió y después dijo:

—Pulsé el interruptor hace un momento, pero como si nada. Si se llegan a encender, habrían arrojado luz y aclarado este oscuro asunto, si sois capaces de entender mi luminoso juego de palabras.

Brian permaneció serio cuando dijo:

—Muy ingenioso, pero te lo puedes guardar para otro momento más oportuno. Jim y yo tampoco hemos encontrado nada digno de mención.

—Ojalá Di y Dan hayan tenido mejor suerte —deseó Jim.

Pero no fue así. Cuando, ya dentro, se reunieron todos, quedó claro que la búsqueda no había sido precisamente un éxito.

—Lo hemos buscado por todos lados —dijo Di, que se había puesto perdida de polvo— pero ni rastro.

—Su coche sigue en el garaje —informó Dan— y no lo ha usado recientemente, pues el capó está frío.

—A eso se le llama usar la cabeza —le felicitó Mart.

—La señorita Trask estuvo con nosotros —añadió Di—. Bajamos con ella al desván, pero no encontramos nada aparte de lámparas viejas y otros cachivaches sin interés.

—¿Adónde ha ido ella ahora? —preguntó Trixie.

—Al comedor —respondió Di, poniéndose en marcha—. Está hablando con un hombre de cabello gris, amigo de su infancia, según creo. Se llama Nicolás Morgan.

—Sí, ya lo conocemos. Estuvimos con él ahí fuera —dijo Trixie observando a Smiley Jackson, que en ese momento servía café a la pareja—. Es el señor al que debe dinero Frank Trask.

—Hablando de dinero —la interrumpió Dan—, también lo estuvimos buscando, pero nada, no apareció.

—Algunos camareros piensan que, en realidad, ese dinero nunca existió —dijo Di.

—No puede ser —dijo Trixie—. Frank Trask comentó que ya estaba en condiciones de devolver el préstamo a Morgan. Incluso llegó a decir que lo tenía todo en metálico.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Brian bruscamente.

Trixie se puso colorada. Les contó brevemente la conversación que había escuchado mientras se quedó encajonada en el pasadizo.

—Por tanto —resumió—, ese dinero sí existe. Y es una cantidad muy tentadora. La señorita Trask habló de muchos miles de dólares…

Todos los Bob-Whites quedaron impresionados.

—¿Estás segura? —preguntó Jim.

—Sí.

Sin embargo, poco tiempo después ya no estaba tan segura, ni mucho menos.

De madrugada • 11

ERAN LAS DOCE cuando decidieron irse a dormir, pues se dieron cuenta de que no podían hacer otra cosa mejor por el momento. También la señorita Trask les animó a ello.

—He hablado con Smiley, ese joven camarero, tan amable, que nos atendió en la cena —les dijo, sentándose en el sillón del despacho de su hermano—. Por extraño que parezca, es de la opinión de que Frank nos está gastando una broma. Él cree que aparecerá mañana, en el momento que menos lo esperemos.

—No tiene sentido —opinó Jim, tapándose la nariz con la mano —. ¿Por qué haría una cosa así?

—Frank dijo que nos iba a dar dos sorpresas —le recordó Marga Trask—. Una era que sabía cómo había desaparecido el pirata; la otra, tuvo que ser…

—¿Una demostración práctica? —completó Honey.

Marga suspiró.

—La verdad es que no se me ocurre otra cosa. En fin, a ver qué pasa mañana. Ahora, a dormir.

De mala gana, los Bob-Whites se dirigieron a los dormitorios.

—Tranquila —dijo Jim a Trixie, al despedirse—, seguro que todo sale bien.

Las ideas fluían por la mente de Trixie como si su cabeza fuera una lavadora. Vio a Honey, ya en pijama. Realmente, habían pasado muchas cosas desde su llegada, pocas horas antes, a la «Fonda del Pirata»: se había quedado prisionera en un pasadizo, había conocido la leyenda del galeón fantasma, lo había visto después con sus propios ojos. Por si eso fuera poco, habían apagado un incendio de lo más extraño, había recibido un aviso de que alguien observaba sus movimientos, el señor Trask se había esfumado como por arte de magia, y, además, al parecer, había desaparecido una fuerte suma de dinero…

—Trix —dijo Honey en tono de súplica, cuando terminó de limpiarse los dientes—, por favor, olvídate de todo hasta mañana. Estoy tan agotada que creo que me podría dormir de pie.

Trixie ni siquiera se había cambiado todavía.

—¿Sabes una cosa? —dijo—. Me encantaría que estuviese aquí mi padre.

—¿Qué te pasa? —se extrañó su amiga—. Que yo sepa nunca has sentido nostalgia ni necesitado protección.

Trixie negó con la cabeza sonriendo.

—No, no es eso. Es que papá es un experto en finanzas, préstamos, créditos y cosas por el estilo. Podría aclararme algunos puntos.

—Quizá yo te pueda ayudar —se oyó a Di, que asomó la cabeza por la puerta del aseo—. ¿Qué quieres saber?

Trixie reflexionó un momento. Luego dijo:

—Me preguntaba qué ocurriría si Frank Trask no pudiese devolver el préstamo mañana, según acordó.

Di se puso seria.

—Es curioso, precisamente estaba pensando en eso ahora mismo. Recuerdo que oí hablar de algo parecido a mis padres hace tiempo. No estoy segura, pero creo recordar que, si el préstamo es importante, debes demostrar que puedes devolverlo, dando algo a cambio, del mismo valor.

—¿Como qué? —se interesó Honey.

—Cualquier cosa, no sé. Lo llaman aval, fianza o algo así… Es una especie de prenda que garantiza la devolución, ¿entiendes? Si no puedes devolver el dinero, el prestamista se queda con ese algo del mismo valor que el dinero.

—¿Serviría como aval la escritura de una propiedad? —preguntó Trixie.

—Sí —contestó Di—. Seguro.

—Entonces, si Trask no puede devolver el préstamo a Morgan, éste se quedaría con la «Fonda del Pirata», ¿no?

—Creo que sí —dijo Di.

—Ahora comprendo —comentó Honey—. Lo explicaste muy bien, Di.

Ésta dio las buenas noches y volvió a su habitación.

—Bueno, esto se va aclarando —dijo Trixie.

Honey se tumbó en la cama y ahogó una risa.

—Sé de otro misterio que puedes resolver ahora mismo. ¿Cuándo te vas a acostar y vas a apagar la luz?

Pero Trixie no la escuchaba.

—Tal vez si Frank no poseía tanto dinero, necesitaba buscarlo urgentemente —dijo, mientras Honey bostezaba—. Y quizá recordó a alguien que podía prestárselo y decidió abordarlo, pensando que tardaría poco en volver.

—Se lo habría dicho a su hermana —objetó Honey con acierto —. Y además, ¿por qué no regresó?

—No se lo dijo —respondió Trixie despacio— porque quería aparentar que había triunfado, al menos por esta vez. Parece que sus anteriores proyectos, llevados a cabo en años anteriores, fracasaron, y por eso los Trask discutieron hace tiempo. Y no ha regresado porque… —se detuvo.

—Sigue —rogó Honey.

—No sé —confesó—. Cuando intento explicarlo, parece que pierde sentido. Iba a decir que quizá la persona a la que fue a pedir más dinero vive lejos, por lo que se fue en el coche de su amigo y…

—Efectivamente, Trixie. Tal como lo dices, resulta forzado. Demasiadas casualidades. Debe haber otra explicación más lógica. ¿Cuál? Ni idea. Vamos a dormir, por favor —se arrebujó bajo las mantas y cerró los ojos.

Tiempo después, Trixie, tumbada en la parte superior de la litera, seguía mirando al techo, cansada de dar vueltas, reflexionar, contar corderos, intentar no pensar en nada —ni sirenas de barcos, ni galeones fantasmas, ni piratas de siniestra catadura—; todo fue inútil. Por mucho que se esforzaba no conseguía dormirse. Estaba muy nerviosa, y le venía a la cabeza el truco de la desaparición del señor Trask.

Se incorporó en silencio, para no despertar a Honey, que dormía como un tronco. Encendió una lamparilla y cogió la novela de Lucy Radcliffe; se titulaba Misión en Munich. Empezó a leer:

CAPÍTULO PRIMERO

«Estaba en peligro. Lo supe en cuanto subí las escaleras. Debí suponerlo antes. Al fin y al cabo, acababa de hallar a mi compañero atado y amordazado, dentro del sucio armario de ropa del segundo piso. Estaba sin conocimiento y ahora la responsabilidad recaía sobre mí.

Me detuve un momento con la mano sobre la barandilla para escuchar. Algo o alguien se movía amparado en la oscuridad… Yo me veía reflejada en el espejo de la pared. Mi silueta de muchacha alta, delgada, joven, pelirroja, de ojos verdes…, el tipo de espía perfecto. Los pliegues del vestido caían dignamente hasta los pies.

—Tranquila, Lucy —me repetía—. El destino de tu país depende de tu próximo movimiento…»

Trixie suspiró satisfecha y se puso más cómoda, apoyándose en la almohada. —Allá Mart —murmuró. Siguió leyendo:

«De repente, cuando intentaba perforar la oscuridad con mi mirada, vi cómo se abría suavemente una puerta. Apareció frente a mí un hombre; llevaba una gorra y bajo el brazo portaba unos papeles; sin duda eran los planos secretos que yo buscaba desesperadamente para enviarlos a Alemania, aunque con ello me jugara la vida…»

Trixie se aclaró la garganta y volvió a sentarse, rozando el techo con su cabeza. Lucy no era la única que había visto una figura en la puerta; a ella también, aquella tarde, le había sucedido lo mismo. ¿Cómo se le había olvidado…? Fue cuando bajó con Honey, por las escaleras oscuras, como Lucy. La silueta que vio Trixie no llevaba gorra, sin embargo; se trataba de un pirata que había salido de una habitación, ni más ni menos que del despacho de Frank Trask. ¿Quién era y qué hacía allí?

Apartó las mantas y miró hacia abajo.

—¡Honey! —llamó—. ¡Levanta! Se me ha ocurrido una cosa. Supongamos que el señor Trask tenía el dinero y que lo guardaba en alguna parte del despacho… ¡Quizá se lo robaron!

Honey gruñó y abrió los ojos con dificultad, mirando inexpresiva el rostro de su amiga.

—Duérmete —dijo enfadada—. Ya hablaremos mañana.

—No, Honey, despierta. Es importante. Recuerda que por la tarde vimos a alguien salir de puntillas del despacho de Frank Trask. ¿Sabes quién era?

Honey parecía despertarse poco a poco.

—No sé, apenas se le veía.

Trixie saltó al suelo y fue en busca de su ropa.

—Si estoy en lo cierto —dijo nerviosa mientras se ponía los vaqueros y un jersey—, alguien quiere crear dificultades a los Trask. El ladrón quizás también provocó el incendio.

Honey apoyó la cabeza sobre la mano, con gesto cansado.

—Por favor, ¿qué pretendes hacer? ¿Dónde vas?

Trixie cogió la chaqueta y se la echó al hombro.

—Quizás encuentre alguna pista en el despacho. Además, si el

dinero sigue allí, tenemos que encontrarlo antes de que lo haga otra persona… Hasta luego.

—¿Por qué no esperamos a mañana?

—Oh, Honey, mañana podría ser demasiado tarde.

Honey, casi resignada a su suerte, no tardó mucho en vestirse. Todavía protestaba un poco cuando ambas muchachas bajaban, de puntillas, las escaleras.

—No sé por qué te hago caso —decía—. Si ya hemos buscado por todas partes en esa habitación hace pocas horas… Trix, vamos a dormir.

—Lucy Radcliffe no volvería a la cama —replicó ella con obstinación—. Se apartaría el cabello pelirrojo del rostro, apretaría las mandíbulas y avanzaría decidida hasta resolver el caso. ¡Honey, qué ganas me están entrando de ser una espía! Lucy lleva una vida tan emocionante…

A Honey se le escapó otro bostezo.

—Pues que lo resuelva Lucy —replicó—. Yo quiero irme a dormir, como hace la gente normal a estas horas…

Casi abajo del todo se detuvieron a escuchar. Ni un ruido, todo en calma. Los quinqués de las paredes iluminaban tenuemente el pasillo. Atravesaron el comedor. Trixie olió a pastel de fruta y bizcochos. Aquel aroma le recordó su hogar, Crabapple Farm.

—Si cierro los ojos, juraría que estoy en casa —dijo.

—Si cierro los ojos —repuso Honey— juraría que estoy en mi litera, de donde nunca debería haber salido.

Trixie sonrió comprensiva. Llegaron hasta la puerta del despacho. Cuando iban a entrar, escucharon ruidos al otro lado de la puerta. Había alguien dentro. Entonces se oyó el clic del interruptor. Las dos muchachas se acurrucaron contra la pared. Giró el picaporte sin hacer el menor ruido, y apareció una figura alta y delgada, con un pañuelo rojo sobre la cabeza, un parche en el ojo y barba de tres días. El corazón de Trixie dio un vuelco.

Era Comadreja Willis, y llevaba una caja metálica entre las manos.

Lágrimas de mujer • 12

TODO SUCEDIÓ a velocidad de vértigo. Honey se movió, traicionada por los nervios, y su mano chocó con el brazo de Comadreja, que se detuvo desconcertado. Aumentó su sorpresa al distinguir a las dos chicas. Medio segundo después, se abrió la puerta del comedor.

—Comadreja —llamó alguien con voz grave—. ¿Lo encontraste?

Era Gastón, el chef, que fue al encuentro de su compañero. No llevaba su inconfundible gorro de cocinero.

Tanta aparición repentina desquició a Comadreja, que dejó caer al suelo la caja, abrumado por este segundo susto. No pararon ahí las sorpresas. Trixie se quedó boquiabierta cuando vio rodar por el suelo una cascada de relucientes monedas doradas. Una de ellas paró a sus pies.

—¡Monedas de oro! —exclamó Honey al verlas.

—¡Antiguos doblones! —se admiró Trixie—. ¡Deben valer una fortuna!

Honey se agachó para examinarlos mejor.

—Trix, me temo que… esto no es oro —dijo, completamente desconcertada—. Estas monedas…

—Son de chocolate envuelto en papel dorado —completó Comadreja con aire fatigado.

Trixie se acordó de «Alicia en el País de las Maravillas». También a ella le ocurrían cosas absurdas, una detrás de otra.

—¿Chocolate? —balbució—. ¿Cómo que chocolate? —preguntó, incrédula.

Honey quitó el papel dorado de la «moneda», dejando la chocolatina a la vista. Comadreja parecía divertido.

—Muy bien imitado, ¿verdad?

Trixie enmudeció y ayudó a recoger las demás monedas. Comprobó que no eran de oro y sintió vergüenza de haber sido tan ingenua.

—Chocolate, y de mala calidad. Yo no lo he hecho —dijo Gastón el cocinero—. Además, ya no sirve para nada, porque alguien bastante torpe lo ha desparramado por el suelo.

Comadreja se enfadó.

—Tú, cuidado con lo que dices. Ya te avisé de que no serviría de nada. Y la culpa ha sido tuya, por aparecer de golpe y darme un susto. No es para tanto… Se ve que hoy no es mi día.

Gastón ignoró sus palabras y se dirigió a las chicas:

—Veréis, Monsieur Trask compra las monedas de chocolate para regalárselas a los hijos de los clientes. A los pequeños les gusta; es un detalle. Además, parecen sacadas de un tesoro de pirata. ¿Entendéis ahora?

Trixie iba a decir que sí, pero calló al observar el gesto de Comadreja, que la miraba muy serio.

—Seguro que pensaste que me escapaba con el dinero, ¿no? —preguntó a Trixie—. Incluso el viejo cofre da el pego. Lo usamos como caja registradora. Da ambiente…

Trixie se puso colorada. Honey la sacó de apuros.

—Oh, se equivoca usted. Nada más lejos de nuestra cabeza pensar algo así, señor Willis.

—Por supuesto —añadió Trixie. Recorrió el despacho con la mirada, para no toparse con la del camarero. Pensó que debían registrarlo a fondo cuando no hubiera moros en la costa—. No tiene importancia —siguió—. Es que no nos podíamos dormir, y se nos ocurrió salir a dar una vuelta.

—Es muy tarde para que dos chicas salgan a dar una vuelta —dijo Comadreja—; incluso para nosotros es demasiado tarde. Pero comprenderéis que, en ausencia del señor Trask, teníamos que dejar preparado todo para mañana. Hala, a dormir como angelitos, pequeñas —las animó.

—No se preocupe, no tenemos sueño —contestó Trixie tomando del brazo a Honey y encaminándose a la puerta principal—. Volveremos pronto y no iremos lejos. Perdone por el susto. Buenas noches.

Poco después, las dos muchachas se internaban en la niebla espesa y húmeda.

—Mentimos —se lamentó Honey—. Pensábamos que estaba robando… Yo, por lo menos, lo pensé.

—Yo también —confesó Trixie—. Pero no podíamos decírselo así.

Honey era un mar de dudas.

—¿Qué hacían allí? ¿Y qué hacemos nosotras aquí fuera pasando frío?

—Perdona —se disculpó Trixie—. Inventé la primera excusa que me vino a la cabeza. Además, me arrepiento de haberte despertado.

—No digas eso, hiciste bien —la animó su amiga—. No te habría perdonado que investigaras sin mí —Honey no pudo disimular un bostezo y Trixie se dio cuenta.

—Vamos a esperar un par de minutos, hasta que esa pareja se haya ido. Enseguida entramos, ¿vale?

—¿Y nos iremos a la cama? —dijo Honey, esperanzada.

Trixie dudó.

—Bueno, quizá tengamos que esperar a mañana para registrar el despacho —reconoció, muy a su pesar.

Se abrió la puerta y se asomó Gastón, que parecía interesado por las dos muchachas.

—Perdón si soy un poco pesado —dijo retorciéndose el bigote—. Pero recuerdo cuando era pequeño… cómo me gustaba meter la nariz en todo, curiosear. Me imagino que a vosotras os sucede lo mismo, ¿no? Seguro que os habéis desvelado pensando en la sorpresa. No me extraña…

—¿Qué sorpresa? —preguntó Honey.

—¡Pues cuál va a ser! La magnífica sorpresa de monsieur Trask.

—¿Se refiere usted al truco de la desaparición? —preguntó Trixie frunciendo el ceño.

—Oh, no. De eso no sé nada.

Ambas amigas intercambiaron una rápida mirada.

—No me digáis que no habéis salido para eso —dijo él.

—Me temo que no le entendemos. ¿Qué es eso?

—Oh, no disimuléis. Lo sé todo por Comadreja. Él no debió enseñaros la gran sorpresa, pero no pudo contenerse.

—¿De qué habla? Comadreja, que yo recuerde, no nos ha enseñado ninguna sorpresa —replicó Trixie hecha un lío.

—Me refiero al galeón —explicó Gastón—. Comadreja me ha dicho que os contó la leyenda y que, cuando os vio paseando cerca del acantilado, no pudo resistirlo y, desde aquí, pulsó los interruptores, ¡así! Luego se dirigió al cuadro de mandos y ¡zas!, el «Zorro del Mar» navega de nuevo.

Trixie forzó la vista intentando perforar la niebla, en dirección al

río, pero desde allí era imposible distinguir nada, ni siquiera los peñascos del acantilado.

Honey parecía tan perpleja como su amiga.

—Todavía no le comprendo, señor Gabriel —dijo—. Es verdad que vimos desaparecer el viejo galeón…

—Claro —interrumpió Gastón—. Le hemos dado una mano de pintura fosforescente negra. Algo muy sofisticado.

Trixie empezaba a aclararse.

—Ya. Recuerdo haber visto ese tipo de iluminación en un acuario —dijo a Honey.

—Por eso, de noche, al encenderse las luces, brilla misteriosamente el barco. Y al apagarse, ¡puf!, desaparece… ¿No os habló de ello monsieur Trask? —preguntó Gastón.

—Seguramente era su intención hacerlo antes de… marcharse —contestó Trixie.

—¿Así que el barco pirata es del señor Trask? —preguntó Honey.

—¡Mais oui! —dijo el francés—. Buscó durante mucho tiempo hasta dar con uno. Decidió que con él la «Fonda del Pirata» ganaría en…

—¿Ambiente? —completó Trixie.

—¡Exacto! —asintió Gastón sonriendo—. Monsieur Trask siempre encuentra lo que busca. Lo consiguió en unos estudios cinematográficos. En él, al parecer, se han rodado muchas películas. La de actores que habrán paseado por cubierta y subido a la cofa. Además, creo que no le salió muy caro —el chef gesticulaba expresivamente. Trixie parecía fascinada.

—Siga, por favor —le rogó—. ¿Qué sucedió después?

—Transportaron el barco por el curso del Hudson y, a continuación, le dieron unos toques para que su aspecto de galeón pirata fuera del todo convincente. De todas formas, el trabajo todavía no ha terminado. Falta la iluminación. Por eso, últimamente, se le veía tan excitado al jefe. Quería acabarlo a tiempo para mostrárselo a su hermana, y que ella reconociera su ingenio de una vez por todas. Tal era la gran sorpresa que había preparado.

—Comprendo —suspiró Trixie, pensativa.

—Pero ¿cómo no vimos el barco ayer cuando paseamos? —quiso

saber Honey—. Era de día… Recuerdo que miramos al río.

—Monsieur Trask también tenía eso previsto. Remolcaron el barco hasta que quedó oculto tras un promontorio. Anoche lo volvieron a remolcar hacia acá.

—Ya —dijo Honey—. Y por eso no encontré a nadie cuando fui en busca de ayuda para sacar a Trixie del hueco donde se quedó encerrada.

—Sí. A veces, no sólo a los niños, también a hombres hechos y derechos les gusta contemplar el espectáculo de un galeón pirata surcando el Hudson; incluso yo salí a verlo. ¡Fascinante! Os lo enseñaré otra vez, parece que la niebla está levantando un poco. Pero después debéis iros a la cama. Las jovencitas como vosotras necesitan dormir muchas horas, y es tardísimo.

—Quizá deberíamos despertar a los chicos. Estoy segura de que les encantaría subirse al barco —comentó Trixie.

—Imposible —respondió Gastón—. Todavía no está a punto; hay que esperar a que terminen de restaurarlo. Sólo se puede mirar.

—Qué amable —comentó Honey a Trixie mientras corrían hacia el borde del acantilado—. Ha sido muy atento con nosotras. Ojalá se le haya pasado el enfado y decida quedarse trabajando en la «Fonda del Pirata».

—Quizá Comadreja tenga razón —dijo Trixie—. Parece que se enfurece de repente, pero no le dura mucho tiempo el calentón.

—La verdad es que, ahora, está de muy buen humor.

Llegaron al lugar donde habían visto, no muchas horas antes, el galeón fantasma. La niebla era menos densa, pero por mucho que buscaron no descubrieron los focos de los que había hablado el cocinero.

—Es asombroso cómo pudo encontrarlos Mart —murmuró Trixie —. Este chico tiene unos ojos de lince. Ya veremos qué cara pone, de todos modos, cuando le digamos que lo del barco no era ninguna alucinación.

—Ya no le echará la culpa a las «Delicias de Doncella» —comentó Honey riendo entre dientes.

En ese momento se iluminó el camino del sendero. Las dos chicas miraron al río y vieron el galeón pirata envuelto en un resplandor espectral. Resaltaban sus mástiles, enormes, majestuosos, y el brillo de cubierta, rodeada de la negrura de la noche y las oscuras aguas del río. Atisbaron la bandera negra, probablemente iluminada con un foco especial.

Trixie se fijó en la figura de madera, la bella dama, presidiendo el mascarón de proa. La miró detenidamente para observar otra vez su dulce sonrisa.

Sí, seguía sonriendo, pero había algo distinto en su rostro… Trixie se quedó espantada. Vio que por sus mejillas resbalaban gruesas lágrimas.

—¡Oh, Honey! —acertó a decir—. Parece absurdo, pero ¡esa mujer está llorando!

En busca del tesoro • 13

FIEL A SU PALABRA, Gastón hizo aparecer y desaparecer el galeón hasta tres veces. Trixie se lo imaginó disfrutando con el interruptor. ¡Clic, un barco misterioso, clic, desaparece, clic, surge de pronto, clic, se esfuma por arte de magia, clic…!

Un momento antes de que el galeón se desvaneciera por última vez, Honey preguntó:

—¿Qué es eso, Trix?

Ella seguía perpleja intentando desentrañar el enigma del llanto de la dama, pero desvió la mirada adonde señalaba el dedo de Honey, cerca de la orilla. Contuvo el aliento. Allí resplandecían unas huellas, que parecían dirigirse a la fonda. Un segundo después, cuando Gastón apagó definitivamente las luces, las pisadas dejaron de verse.

—¿Qué era eso, Trix? —repitió Honey.

—Tengo una pregunta mejor —respondió ella—. ¿Quién las hizo?

Cuando llegaron a la puerta de la «Fonda del Pirata» seguían sin resolver ninguno de los dos nuevos misterios.

—Espectacular, ¿verdad? —comentó Gastón, invitándolas a entrar—. Y ahora, buenas noches, princesitas. Es de esperar que el jefe vuelva mañana y se acaben las sorpresas. Adiós.

—Es curioso —comentó Trixie viéndole alejarse—, todo el mundo está convencido de que el señor Trask regresará mañana. ¡Ojalá no se equivoquen!

Se quedaron solas. Trixie deseó que Comadreja se hubiera ido a dormir; no confiaba en él en absoluto. Tenía la impresión de que jugaba a varias bandas.

El comedor estaba solitario, oscuro y ordenado; ya habían colocado los manteles y platos para el desayuno. Curiosamente, todo parecía funcionar como si el propietario no hubiese desaparecido.

Trixie sintió algún pequeño remordimiento conforme se dirigía, otra vez, hacia el despacho del señor Trask. Gastón no había dudado de su palabra de largarse a dormir. Además, se había

portado bien enseñándoles el secreto del galeón pirata. De todas formas, aún quedaban varias preguntas sin respuesta. Y Trixie esperaba poder contestarlas, por lo menos alguna de ellas, en los siguientes minutos.

—Tenemos que registrar el despacho rápidamente, y luego irnos a la cama de una vez —dijo Honey en voz baja—. Sigo con el presentimiento de que alguien nos espía… Quizá la persona que te envió esa nota anónima.

Trixie se dio la vuelta de improviso, justo a tiempo de atisbar dos sombras que bajaban sigilosamente las escaleras. Después escuchó unas voces apagadas que le resultaron familiares.

—Seis, siete, ocho… —susurró alguien.

—¿Brian, Mart? —llamó Trixie. Las sombras se detuvieron.

—¿Eres tú, Trix? —se oyó al fin. Era Mart. Bajaron el resto de los escalones sin ningún cuidado y las chicas pudieron verlo, con sus vaqueros, camisa y chaqueta de Bob-White, lo mismo que Brian. Se reunieron los cuatro y se quedaron mirándose en silencio, embobados.

—¿Qué hacéis aquí? —dijo por fin Trixie.

—Me lo has quitado de la punta de la lengua —dijo Brian—. Os creíamos dormidas hace horas.

—Igualmente —dijo Honey—. En fin, atended: resulta que Trixie y yo no vimos visiones. El galeón fantasma existe.

Brian y Mart escucharon con interés el relato de las chicas. Cuando terminaron de hablar, Brian estaba enfadado. Comentó:

—Creí que habíamos quedado en que no saldríais a zascandilear por vuestra cuenta —las miró severamente.

—Cierto —añadió Mart—. Si bien debo reconocer que el episodio del galeón fantasma es de lo más tentador… Desde luego, si no estuviera tan ocupado en estos momentos, no dudaría en poner mis pies sobre la cubierta del mencionado buque.

—No se puede —añadió Trixie—, es peligroso y está prohibido, nos lo advirtió Gastón.

—Sois unas irresponsables —terció de nuevo Brian mirando a las dos chicas—. No hay excusas. ¿Qué queríais encontrar? ¿Otro pasadizo secreto?

Trixie se puso colorada. Cuando les dijo que creía que el dinero estaba en el despacho, ella misma se dio cuenta de lo frágil de su

teoría, basada en una sospecha y nada más.

—El dinero no está ahí —atajó Brian—. Ya lo buscó la señorita Trask, y después Dan y Di, ¿te enteras? Es más: estoy empezando a sospechar que el famoso dinero no ha existido nunca.

—Marchaos a dormir —sugirió Mart a las chicas—. Ya seguiremos discutiendo mañana…

Entonces Trixie intuyó algo.

—Un momento —dijo—. Mucho preguntarnos qué hacemos aquí… Y vosotros, ¿a qué habéis bajado?

—¡Bien dicho, Trixie! —la apoyó Honey. Observó atentamente a los hermanos Belden—. Algo se traen entre manos estos dos. Tan seguro como que me llamo Honey. ¡Vamos, desembuchad!

Tras un corto silencio, Mart se llevó de mala gana la mano al bolsillo, sacó un papel y lo desdobló.

—Estaba escondido en la ranura de un cajón de nuestro dormitorio —explicó—. Lo más probable es que lleve muchos años allí. Pues eso: lo encontramos y estábamos siguiendo las instrucciones. Nada más.

Trixie examinó el papel, viejo, amarillento, y vio los rasgos de una escritura manuscrita muy estilizada. La tinta aparecía descolorida, como si llevara mucho tiempo escrita. La muchacha leyó en voz alta, llena de curiosidad, mientras Honey observaba por encima de su hombro:

«Trece pasos escaleras abajo.
Después, atraviesa la puerta…
Pronto estarás allí, en la playa,
donde la fortuna espera
dentro de una cueva,
enterrada.
Cuidado con los guardianes fantasmas,
que vigilan con cuchillo y sable,
pistola y maza.
El corazón medroso
jamás hizo rico a nadie,
pero el oro está allí,
es para ti.
Si descubres el escondite del pirata,
es para ti
el recóndito y sublime tesoro».

—¡Un tesoro! —exclamó Honey, jubilosa, abriendo

desmesuradamente los ojos.

—¡Y lo estaban buscando sin nosotras! —rugió Trixie furiosa, atravesando a sus hermanos con la mirada.

—Pensamos que estabais dormidas —se disculpó Mart, no sin cierta indiferencia—. Además, quizá no conduzca a nada… Puede ser una broma.

—Parece auténtico —dijo Trixie, más calmada.

—Está bien, podéis venir —concedió Brian—; si os hace tanta ilusión…

—¿Despertamos a Di, Jim y Dan? —sugirió Honey.

—Estábamos preguntándonos cuándo se acordaría alguien de nosotros —se oyó al fondo. Era la voz de Jim. Segundos después, aparecieron también Dan y Di.

Ya estaban juntos los siete Bob-Whites. Se miraban burlones unos a otros en mitad del pasillo en penumbra.

—Llevamos toda la noche oyendo susurros y pasos sigilosos —dijo Dan.

—Y puertas abriéndose y cerrándose con mucho cuidado —añadió Di—. Ya estábamos hartos, así que nos levantamos a buscaros. Bueno, ¿se puede saber qué pasa?

Por segunda vez, Honey les contó el asunto del galeón pirata con pelos y señales. Después, Mart se refirió al plano que había descubierto, y se lo enseñó. Pronto cundió el nerviosismo. Todos querían comentar algo o preguntar. Al fin se impuso la voz de Jim:

—Trece pasos escaleras abajo… ¿Serán estas escaleras?

—Eso creo —respondió Brian. Los conté mecánicamente cuando subimos a las habitaciones por la tarde. Son trece escalones, ni uno más, ni uno menos.

—Y la puerta que cita —interpretó Mart— seguro que es la de la calle. ¡Adelante, compañeros! ¡Vamos bien!

Honey gimió al pensar que una vez más sus pasos la alejaban de la cama.

—¿Tú crees que encontraremos un tesoro, Trix? —preguntó mientras recorrían los jardines, para bajar a la orilla del río.

—Donde hubo piratas hubo tesoros. Y es sabido que muchos no fueron encontrados. Nadie ha descubierto, por ahora, el famoso tesoro del capitán Kidd. Quizá también el capitán Trask encontró un buen escondite…

—¿Alguien ha traído linterna? —se oyó decir a Jim, que avanzaba a ciegas entre la niebla.

Como respuesta, brilló al momento un deslumbrante haz de luz a su lado. Era la linterna de Mart.

—Por aquí —dijo, cruzando la pradera—. Despacito y buena letra.

—¿Cómo seguía la poesía del plano? —preguntó Dan, cuando todos se reunieron en torno a la luz.

Mart alumbró el papel con la linterna y leyó:

> «Pronto estarás allí, en la playa,
> donde la fortuna espera
> dentro de una cueva,
> enterrada».

—Ojalá encontremos un buen paso para bajar hasta el río sin demasiado riesgo de despeñarnos, ya que…

Mart enmudeció de repente. Frente a ellos, a lo lejos, se intuían las siluetas de dos hombres. Se fijaron más. ¡Aquellos hombres estaban enzarzados en una pelea espectacular! Cuando el grupo se acercó, Trixie fue la primera en reconocer a uno de los combatientes. De cuerpo menudo y nervioso, se le oía jadear… ¡Era el señor Appleton! Luchaba cuerpo a cuerpo contra su adversario. La pelea parecía a muerte. Se encontraban al borde del acantilado.

—¡Cuidado! —gritó Brian.

—¡Ya llegamos! —dijo Jim, en plena carrera hacia ellos.

Appleton volvió un momento su congestionado rostro como suplicando ayuda, a punto de desfallecer. Pero de pronto, inesperadamente, su enemigo perdió el equilibrio, se tambaleó y… antes de que nadie pudiese socorrerlo, cayó al vacío, como si fuera de plomo, sin exhalar un gemido.

La cueva • 14

AL PRINCIPIO no se atrevieron ni a moverse, tal fue su estupor. Luego habló Appleton con acento resignado:

—Quedaos tranquilos, no fue culpa vuestra. No debí haberlo soltado, ¡pobre Clarence! Espero que no haya quedado demasiado destrozado. Con tanta piedra… —se acercó al borde y se asomó a mirar, pero entre la niebla y la oscuridad de la noche no se veía nada.

—¿Clarence? —repitió Mart incrédulo—. ¿De modo que… que era sólo su maniquí?

—Pero si los vimos luchando —dijo Brian.

Appleton parecía confundido y desconcertado.

—Bueno, en realidad, esto… sí, Clarence y yo, a veces nos gusta… Quiero decir, estábamos dando un paseo.

—No parecía un paseo —dijo Trixie—. Más bien daba la impresión de que luchaban a vida o muerte.

Siguió un tenso silencio. Todos eran conscientes de que sólo tenían la palabra de Appleton para creer que era Clarence a quien vieron caer. Sólo su palabra.

—Será mejor que os diga la verdad —dijo Appleton suspirando. Hizo una pausa para tranquilizarse y luego prosiguió—: Soy muy aficionado a la lucha libre, y Clarence es muy útil en los entrenamientos; me ayuda a mantenerme en forma —miró nuevamente abajo—. ¿Dónde habrá caído?… Ya lo buscaré mañana por la mañana. Qué se le va a hacer. En fin, buenas noches a todos y gracias por acudir a ayudarme. Siento el susto que os habéis llevado; reconozco que la escena era muy sospechosa. Adiós.

Se despidió moviendo la mano amistosamente y se marchó hacia la fonda.

—Conque lucha libre, ¿eh? —comentó Trixie en tono irónico cuando el hombrecillo ya no podía oírla—. ¡Hasta yo tengo más músculos que él! No cabe duda de que miente.

—¿Y qué crees que estaba haciendo? —preguntó Honey.

—No empieces, Trixie —le advirtió Brian frunciendo el ceño—. Su relato es tan extravagante que muy bien podría ser cierto.

—Podemos buscar el maniquí —dijo Mart—. Si mis cálculos son correctos, y mis suposiciones verídicas, de cualquier forma nuestras intenciones se orientan hacia el descenso…

Los Bob-Whites buscaron un sitio propicio para bajar. Por fin dieron con un lugar que conservaba parte de unos antiguos escalones de madera. Aunque su aspecto no era muy de fiar, comprobaron que aguantaban su peso.

—Si llego a saber esto —comentó Trixie— a estas horas ya habría descubierto por mi cuenta el misterio del galeón fantasma.

—Pero no teníamos linterna, jamás hubiéramos hallado este paso —replicó Honey, con gran sentido común.

Trixie tuvo que admitir, además, que sin luz, aun conociendo el paso, la bajada era poco menos que imposible.

Por fin llegaron abajo. Sus ojos, gradualmente, iban acostumbrándose a la oscuridad y podían distinguir las sombras circundantes. Pequeños guijarros cubrían la orilla. A la derecha se divisaba un malecón de madera, y unos carteles que prohibían el paso. Más allá, una oscura masa flotaba sobre el agua.

—¡El galeón! —exclamó Trixie—. Voy a acercarme para verlo mejor.

La niebla levantó un poco y facilitó el deseo de la muchacha, que pudo así contemplar el navío a sus anchas, sin necesidad de luces. Era un buque magnífico. Aunque ya no resplandecía, a Trixie le pareció hermosísimo. Tras la primera impresión, buscó impaciente con la mirada el mascarón de proa para ver a la dama. Honey estaba a su lado.

—Es curioso, Trix —comentó—. Decías que la dama lloraba… Yo no veo las lágrimas por ninguna parte.

Trixie ya había comprobado que Honey estaba en lo cierto.

—Tienes razón. No entiendo cómo pude imaginarlo.

Seguía dando vueltas al tema cuando tronó la voz de Mart.

—¡Encontré el cuerpo! —dijo. A Trixie se le hizo un nudo en el

estómago, que desapareció con las siguientes palabras de su hermano—: Es Clarence, y parece gozar de buena salud.

Sonrió cuando vio aproximarse a Mart, cargando estilo bombero al muñeco sobre su hombro. Llevaba algo en la mano, además de la linterna.

—Es un brazo de Clarence —dijo Mart, moviéndolo como si fuera una honda—. Se separó del tronco. También su nariz ha quedado ligeramente deformada, y la peluca se está despegando por un lado. El resto, ha aguantado bien el impacto. ¿No es así, amigo Clarence?

—No me encuendro bien en absoludo —se oyó inesperadamente —. Me siendo mal, esdoy herido. Dambién vosodros esdaríais hechos polvo si os golpearais condra una roca, ¿verdad?

—¡Clarence! —musitó Di aproximándose a Mart y al muñeco con curiosidad. Miró de frente al maniquí—. ¿Has hablado?

—Oh, claro que no —repuso Trixie divertida—. Ha sido Mart. Vi moverse sus labios.

Mart suspiró defraudado.

—Tendré que seguir ensayando. Llevo tiempo haciendo prácticas, para el festival de fin de trimestre. Quizá llegue a ser un buen ventrílocuo. Creía que os engañaría a todos.

—Pues casi casi —reconoció Jim—. Pero Trixie…

—Lo haces muy bien —le animó Honey—. Yo no sabía qué pensar.

Se apiñaron para leer la siguiente pista de la poesía manuscrita. Ya faltaba menos para el tesoro.

—Atención —dijo Mart, colocando a Clarence en una postura más cómoda—. Dice así:

> «Cuidado con los guardianes fantasmas
> que vigilan con cuchillo y sable,
> pistola y maza».

—¿Qué es una maza? —preguntó Di.

—Pues una especie de barra metálica que termina formando una bola grande, y tiene pinchos —explicó Brian a la asustada muchacha.

> «El corazón medroso

jamás hizo rico a nadie,
pero el oro está allí,
es para ti.
Si descubres el escondite del pirata,
es para ti…»

Mart miró a los demás.

—Sólo nos falta encontrar la cueva, ¿verdad, Clarence? —dijo.

—Siempre tienes razón, Mart —respondió el muñeco con voz chillona—. De hecho, con tu insuperable inteligencia, ¿cómo vas a equivocarte?

—¡Déjate de bromas, Mart! —estalló Trixie, atemorizada—. Oh, ojalá no hubiésemos bajado. Tengo la sensación de que va a suceder algo. Estoy nerviosa.

Honey, temblando, la tomó del brazo.

—Bien dicho, Trixie, volvamos a la fonda ahora mismo.

—Yo también voy con vosotras —dijo Di—. Por qué habré preguntado por la maza… Tenía interés en ver de cerca el río, pero estoy segura de que será más bonito de día.

—No iréis a ningún sitio sin nosotros —objetó Brian—. En todo caso, quedaos aquí mientras buscamos la cueva.

—Ni hablar —se rebeló Trixie—. Preferimos ir con vosotros, ocurra lo que ocurra.

Mientras se alejaban del malecón, la niebla se espesó. Poco después se toparon con grandes rocas desperdigadas, que se extendían a lo largo de una dilatada superficie, ascendiendo por el acantilado y formando pronunciados perfiles.

—Aquí es donde encontré a Clarence —dijo Mart—. Es asombroso que no se haya hecho pedazos —dio al maniquí una palmada cariñosa—. No está mal el plástico, ¿verdad? Te ha conservado estupendamente.

Brian tomó la linterna de su hermano y alumbró a las rocas nerviosamente, cambiando una y otra vez la dirección de la luz.

—¡Tenía razón! —gritó de pronto—. Me pareció ver antes una abertura; no me equivocaba. ¡Mirad allí! ¡Es la cueva del capitán Trask!

—«El corazón medroso jamás hizo rico a nadie, hombre o mujer» —vociferó Mart—, así que ¡adelante! ¡El tesoro es nuestro!

Entraron en la cueva, que les pareció gélida y negra como la

noche. Además, olía mal, a podrido. Trixie se acordó de la galería donde quedó aprisionada; un escalofrío le recorrió el cuerpo de pies a cabeza, cuando Mart, impaciente, recuperó la linterna y avanzó rápido abriendo la marcha.

—¡Adelante, seguidme! —dijo.

Brian, Jim y Dan le siguieron sin pestañear. Di y Honey dudaron unos segundos. Por fin, avanzaron tras ellos. Trixie dudó más tiempo, asustada y extrañamente desganada. En otras aventuras era ella la primera en meterse en la boca del lobo. Al fin decidió ir con los demás.

Pisaba sobre arena blanda, no veía ni torta, ni oía nada, pues aquel túnel siniestro amortiguaba cualquier sonido. Tanteó con las manos. Sus dedos palparon algo muy desagradable al tacto, viscoso y húmedo como una medusa. ¿Sería una medusa? ¿No eran las medusas de agua salada? ¿Sería otro animal? ¿O la misma pared?… Siguió avanzando. *Esto no me gusta un pelo* —pensó, muy preocupada.

Pocos segundos después, los siete escucharon una risa contenida.

—¿Quién se ha reído? —preguntó Di, al borde de la histeria.

—Me parece que ninguno de nosotros —contestó Jim con voz firme.

Trixie alcanzó a los demás.

—Seguro que fue Mart, el aspirante a ventrílocuo —dijo con rabia.

—Te aseguro que yo no he sido —respondió su hermano muy serio—. Ni Clarence tampoco.

—Entonces, ¿quién fue? —preguntó Honey, con un hilo de voz.

En ese momento, una voz desconocida, solemne, misteriosa, se dejó oír, amplificada por la bóveda de la cueva:

—«Cuidado con los guardianes fantasmas que vigilan…»

Simultáneamente parpadeó la luz de la linterna y poco después se apagó, y los siete quedaron envueltos en tinieblas.

La isla del tesoro • 15

SI LOS BOB-WHITES hubieran sabido hacia dónde se encaminaban, habrían dado la vuelta sin dudarlo un momento. Pero no lo sabían…

Reinó, durante unos segundos, un silencio de muerte. Trixie miró hacia atrás, pero habían avanzado demasiado y no se veía la entrada de la cueva; todo era oscuridad sin contornos.

Por fin, empezaron a hablar todos a la vez.

—Eh, chicos —dijo Di, temblando—. Una broma, vale; pero os estáis pasando. No tiene gracia.

—Lo mismo digo —les reprochó Honey—. ¿Quién imita la voz del fantasma para asustarnos? ¿Eres tú, Jim?

Jim iba a señalar a Dan, pero éste, haciendo aspavientos, proclamó su inocencia.

—Quedamos, Mart, en que tú comprarías pilas de repuesto —se quejó Brian.

—Y las compré —se defendió Mart—. Pero se me han olvidado en la habitación… De todas formas, tengo una idea —alzó la voz y dijo—: Fantasma, quienquiera que seas, ¿serías tan amable de traernos las pilas?

Aguzaron los oídos para detectar el más leve sonido, pero el silencio era absoluto. En el fondo, todos se alegraron de ello.

—¿Qué hacemos? —preguntó Dan—. Aquí podemos echar raíces. Soy partidario de buscar la salida…

—¡Un momento! —interrumpió Trixie posando una mano sobre el hombro de Dan—. Algo raro sucede —dijo en voz baja.

—¡Trix! —gimió Honey, fuera de sí—. ¡Cállate! Estoy a punto de desmayarme…

Pero Trixie tenía razón. Poco a poco las tinieblas se fueron desvaneciendo. Ante el estupor de los siete amigos, primero pudieron distinguir sus figuras y, a continuación, las paredes de la gruta y los accidentes del camino. Boquiabiertos, observaban en silencio aquel prodigio.

Estaban en una oquedad relativamente amplia pero no muy alta. Las paredes eran toscas, de tonos verdosos, debido al paso del

tiempo y a la humedad. En las innumerables hendiduras de las rocas asomaba un musgo putrefacto, y hongos y extrañas plantas se arracimaban por las esquinas y demás salientes de piedra carcomida.

Trixie se estremeció y, como un acto reflejo, se frotó las manos en la pernera de su pantalón vaquero. Pensó que lo que antes había tocado fue un hongo nauseabundo, e hizo votos para que no se tratara de una especie venenosa.

El suelo era de arena, relativamente uniforme. Pero en medio del piso, sin venir a cuento, había un pedrusco enorme. Daba la impresión de que sólo la mano de un gigante podía haberlo dejado caer ahí.

Más allá, sólo la oscuridad impenetrable.

Mart acomodó a Clarence sobre el hombro y aferró el brazo desmembrado del muñeco a guisa de arma, por si fuera menester utilizarlo en defensa propia. Su aspecto resultaba cómico, pero nadie se rió; tal era su preocupación por el curso de los acontecimientos.

—Ya estoy harto —dijo—. Encontraré el tesoro, o al fantasma o lo que haya —avanzó resueltamente, pero en ese momento se oyó de nuevo la risa sofocada y a continuación el consabido verso:

—«Cuidado con los guardianes fantasmas…»

Se quedaron paralizados otra vez, como si se les hubiera helado la sangre en las venas. En esta ocasión, Trixie fue la primera en reaccionar:

—Aquí pasa algo que no acabo de entender —dijo tranquila, como pensando en voz alta.

Pero nadie la escuchó. El resto de la pandilla corrió como un solo hombre en la dirección que había tomado Mart poco antes. Casi al mismo tiempo, se oyó gritar a Mart, a lo lejos.

—¡Eh, mirad aquí!

Otra vez se hizo silencio, otra vez la oscuridad envolvió al grupo. Trixie estaba desconcertada. Pensó si habrían sido atacados por murciélagos, pero desechó la idea. *Me lo habrían advertido* —dedujo. De todas formas, era muy extraño que nadie hubiera gritado. Resolvió avanzar con cuidado para reunirse con el resto. Tanteando las paredes, paso a paso, llegó a un recodo, giró, y entonces… Entonces, se llevó la sorpresa más impresionante de su

vida.

Lo que vio superaba ampliamente cualquier cosa que hubiera imaginado. Allí estaban sus amigos mirando, mudos de asombro, dentro de una especie de gruta muy recogida cuyo interior resplandecía cálidamente, como iluminada por invisibles antorchas. Trixie se reunió con los demás y buscó el origen de aquel fulgor, pero no lo supo descubrir. Del techo colgaban afiladas estalactitas y un rumor de fondo; el inconfundible murmullo de las aguas al chocar con las rocas llegó a sus oídos.

Los siete se creyeron víctimas de un embrujo. No podían dar crédito a lo que veían sus ojos. Para colmo, en el centro de aquel recóndito y extraño paraje, había una isla, con palmeras y todo, recubierta de yerba, en contraste con el suelo arenoso que pisaban.

—¡Increíble! —exclamó Trixie—. Incluso florecen plantas tropicales alrededor de la palmera.

—¿Plantas tropicales en una cueva a orillas del Hudson? —dijo Honey abriendo desmesuradamente los ojos.

—Jamás vi nada parecido —comentó Di, perpleja.

—Pues aún hay más… ¡Mirad! —gritó Dan señalando con el dedo un punto cercano a la palmera.

En el centro de la asombrosa isla, casi oculto entre la vegetación, había un cofre de madera, carcomido y tachonado por clavos de cobre oxidados. Por su tapa medio abierta asomaba un hermoso collar de perlas.

Apoyado contra el cofre, un esqueleto, en parte cubierto por los restos de una vestimenta descompuesta que en algún tiempo perteneció a un pirata, parecía sonreír. Los huesos de una mano aún sostenían un sable; los de la otra, una pistola. De su cinturón podrido, que sujetaba malamente el andrajoso pantalón negro, colgaba un puñal. Por fin, junto a su descarnado regazo, descansaba una maza.

—¿Se-será el capi-pitán Trask? —tartamudeó Di.

Nada más pronunciar estas palabras, el esqueleto movió su siniestra dentadura y rió. Aterradas y a punto de volverse locas, Honey y Di se abrazaron, sin conseguir desviar la mirada de aquel horrible espectro. Incluso el muñeco del señor Appleton pareció estremecerse al escuchar la espantosa risa del fantasmal ser, pues Mart dio un respingo y lo soltó sin darse cuenta, cayendo al suelo

Clarence, por segunda vez en la noche.

Di y Honey jamás hubieran creído que existiera algo en el mundo capaz de asombrarlas más que aquello, pero se equivocaban.

Justo entonces, como bajo el influjo de un genio maligno, la cabeza de Clarence se separó del resto del cuerpo y rodó, atraída por un destino inexplicable, a los pies del esqueleto.

Pero no acabaron ahí las sorpresas.

Permanecieron todos rígidos y mudos como estatuas, hasta que Trixie avanzó despreocupadamente hacia él.

—Esto es un timo —les dijo.

Di aún no se había recuperado de la impresión.

—¿Cómo dices? —acertó a pronunciar—. ¿A qué te refieres?

—Me refiero —contestó Trixie inmediatamente— a esta gruta, a las voces del fantasma, al rumor del mar, ¡a todo! Es un montaje.

Recuperó la cabeza de Clarence y se dispuso a inspeccionar los alrededores.

—Sin duda me alegro —dijo Mart—; pero, de todos modos, hay que reconocer que es una idea fantástica, y el conjunto, deliciosamente misterioso.

—No sé cómo funciona el invento —comentó Brian—, pero supongo que habrá por ahí escondido un aparato electrónico mediante el cual, al entrar alguien en la cueva, se pone en marcha el mecanismo de todos los efectos especiales.

—Reflexionando un poco —dijo Trixie—, igual que alguno de vosotros, me di cuenta de que todo esto resultaba muy poco convincente, demasiado artificial. El colmo fue cuando se apagó la linterna y, a pesar de ello, poco después ya no estábamos a oscuras. Era indudable que alguien quería conducirnos aquí. Además, era todo tan fácil…, salía todo tan a pedir de boca… Empezando por el hallazgo de la cueva: casualmente, apenas tardamos en encontrar la entrada.

—Sí —admitió Honey, ya tranquila—. Probablemente las paredes tienen una capa de pintura fosforescente, y las rocas, y todo, igual que el galeón.

—O quizá haya algunas bombillas de colores, o un foco… —aventuró Dan.

En ese momento apareció Brian, que había estado explorando por su cuenta.

—No. Yo tenía razón. El mecanismo se pone en marcha mediante una serie de hilos, cables y luces. Incluso hay un magnetófono para los efectos sonoros, que funciona con un mando

a distancia. Está todo camuflado detrás de aquella roca —explicó, señalando a un lado.

Mart miró con cara de imbécil el flamante manuscrito con los versos del tesoro.

—Es muy probable que haya escondido un papel como éste en cada habitación. ¡Diablos, he picado!

—¿Sabéis a qué me recuerda todo esto? —dijo Di—. A esos Parques de Atracciones, donde hay cosas maravillosas y emocionantes como el Túnel del Amor…

—Sí, sólo que en este caso la atracción se podría llamar la Cueva del Pirata —comentó Mart.

—Hay una cosa que no acabo de entender —dijo Jim—. ¿Quién se ha tomado la molestia de inventar semejante engañabobos? ¿Y por qué?

—Oh, eso es muy sencillo. Estoy completamente segura —afirmó Trixie— de que es una ocurrencia del señor Trask, para atraer más público a su negocio. En el fondo, otro recurso efectista para dar…

—Ambiente —completó Honey sonriendo. Trixie asintió. Luego dijo:

—Y estoy con Di. Sólo falta poner una taquillera en la entrada, y un guía en el recorrido. Es una atracción…

—¿Y el tesoro? —preguntó Di, decepcionada.

—Buena pregunta —terció Mart.

Trixie tuvo un momento de indecisión y no respondió. Luego, se aproximó al cofre y lo abrió.

—Miradlo vosotros mismos —invitó, con una sonrisa burlona.

Corrieron a verlo todos, llenos de curiosidad, formando una piña alrededor del cofre.

—¡Ahí va! —exclamó Mart—. Si parecen doblones.

—¡De chocolate! —contestó Trixie imitando a Bizcochito—. Pero no es muy bueno porque no lo hice yo.

Honey soltó una carcajada y después recordó a los otros su chasco, horas antes, con las monedas de chocolate, y les contó el comentario de Gastón.

Por fin se dieron la vuelta para salir de allí, no sin antes echar un último vistazo, un poco avergonzados de haberse dejado engañar por un truco tan evidente.

—Hasta el árbol, el esqueleto y las plantas son de plástico —

refunfuñó Mart, al marcharse de allí.

—Te olvidas de los hongos y el musgo de las paredes —le recordó su hermana, ayudándole a acomodar a Clarence sobre sus hombros.

Cuando salieron al aire libre, había desaparecido la niebla casi completamente; se alegraron de ello, pues así les sería más fácil ascender por las peligrosas escaleras del acantilado.

Cuando llegaron arriba, Honey bostezó.

—Me voy derecha a la cama, y esta vez nada ni nadie, ni siquiera el verdadero fantasma del capitán Trask, va a impedírmelo.

Trixie, desaparecida la tensión del misterio ya resuelto, se sintió agotada de golpe. Realmente, no había parado desde que pisó la «Fonda del Pirata».

—Me alegro de haber recompuesto un poco a Clarence —comentó a Honey un rato después, ya en la cama—. Impresiona un poco verlo donde lo hemos dejado, apoyado en la puerta del dormitorio de Appleton, pero tiene mejor pinta que cuando lo recogimos entre las rocas.

—Qué raro que un señor tan serio como Appleton vaya por la vida acompañado de un maniquí —comentó Honey a punto de dormirse—. ¿Por qué lo hará?

Pero Trixie pensaba en otra cosa. Mirando fijamente al techo, dijo:

—Mañana, Frank Trask nos explicará cómo desapareció. Estoy muerta de curiosidad por saberlo, ¿tú no?

Pero Honey ya estaba profundamente dormida.

Cómo desapareció • 16

POR LA MAÑANA, Trixie se enteró enseguida de que el señor Trask no había aparecido.

—¿Dónde estará? —preguntó muy extrañada mientras desayunaba con los demás Bob-Whites.

Jim se iba a echar a la boca un delicioso pastel rebosante de mermelada y remojado en el café con leche, pero se detuvo un momento.

—Vete tú a saber —dijo—. Hay opiniones para todos los gustos. Comadreja cree que se ha ido a Nueva York para hacer algún pedido importante. Smiley Jackson piensa que está intentando conseguir dinero a la desesperada para devolver el préstamo…

—Tampoco ha aparecido el dinero —interrumpió Dan—. Y el plazo vence esta noche.

Trixie miró por la ventana del comedor con gesto preocupado. Lucía el sol y apenas quedaban restos de la niebla de la noche anterior. Di le ofreció tortas y melocotón en almíbar. Las tortas tenían en cada envoltorio el nombre del sabor correspondiente: nuez, frambuesa, fresa, vainilla, miel. Trixie los observó con expresión ausente; pensaba en otra cosa.

—¿Y la señorita Trask? —preguntó—. ¿Qué opina ella?

Mart retiró su plato, ya vacío, y resopló.

—Creo que ha llamado a la policía —dijo—. Está convencida de que lo de la desaparición no es un juego; y hay más…

—¿Qué más?

—Está claro, Trixie —intervino Honey—. Ella tiene sus sospechas. Date cuenta de que nadie sabe nada. Lo único seguro es que el dinero en efectivo no está, y que su hermano…

—No tenía que haber desaparecido en las circunstancias actuales —completó Brian.

—Mientras vosotras, las detectives, dormíais a pierna suelta, nosotros, pobres de nosotros, hemos madrugado y buscado el dinero a conciencia —comentó Jim, sonriendo burlón—. En vista de lo cual, dimos el siguiente paso.

—Le contamos a la señorita Trask lo de la cueva y el galeón —

continuó Dan—. La llevamos a la orilla del río para que echase un vistazo.

—¿Por qué no nos esperasteis? —se quejó Trixie, molesta.

—Oh, tranquila, no os perdisteis nada —la tranquilizó Jim—. No subimos al barco; ni siquiera paseamos por el malecón. Ya sabes que hay unos carteles prohibiendo el paso.

Trixie desvió la mirada al desagradable retrato del falso capitán Trask, y éste pareció encararse con ella.

—Odio ese cuadro —dijo nerviosa—. Me gustaría saber cómo era en verdad el viejo capitán. ¿Creéis que la señorita Trask nos enseñaría la pintura original?

Acabaron el desayuno y fueron a preguntarle. La encontraron en el despacho de su hermano. Parecía pensativa, tenía la mirada perdida en el paisaje. Los recibió amablemente, como de costumbre, pero se dieron cuenta de que estaba muy preocupada.

—¿Hay novedades? —le preguntó cariñosamente Honey, poniéndose a su lado.

La señorita Trask suspiró.

—Acabo de hablar con la policía —dijo—. Creen que no hay por qué preocuparse, de momento, pero harán algunas investigaciones de trámite. Ahora están hablando con los empleados.

—¿Podemos hacer algo por usted? —se ofreció Jim, muy atento.

Ella sonrió, mirando dulcemente aquel enjambre de rostros preocupados por ella.

—Oh, sí. Podéis ir a divertiros hasta la hora de cenar. Por cierto, ¿no sabéis que Gastón ha aceptado seguir al frente de la cocina? En fin, una preocupación menos.

—Otra cosa —dijo Trixie—. Nos gustaría ver el retrato de su antepasado. ¿Hay algún inconveniente?

—No. Sólo que no sé dónde está. Es muy extraño. Precisamente acabo de buscarlo, pero no aparece por ninguna parte.

—¡Vaya! En este lugar las cosas tienen gran facilidad para desaparecer —dijo Trixie sin pensarlo.

Salieron del despacho.

—¡Qué estupidez, decir eso! —le reprochó Mart a su hermana cuando se alejaron un poco.

—Desde luego no fue un comentario muy afortunado —confirmó Brian—. Bastante preocupación tiene la señorita Trask… Y tú

encima vas y se lo recuerdas. Podías cerrar el pico alguna vez.

Cuando discutieron el plan del día, Brian y Mart seguían algo tensos con su hermana. No le hicieron caso cuando sugirió que podían continuar buscando al señor Trask o el dinero.

—Eso ya está en manos de la policía —dijo Brian—. Los aficionados y los curiosos, en estos casos, suponen un estorbo.

Decidieron pasar la mañana en la ciudad, una pequeña villa situada sobre el «Promontorio del Pirata». Vagabundearon por la calle principal, plagada de chiringuitos y tenderetes de venta, lindantes con chalets de pequeños jardines orientados a la fachada principal.

Trixie no disfrutó de aquellas horas de ocio porque su mente no podía apartarse de la «Fonda del Pirata» y los extraños acontecimientos acaecidos el día anterior. Además, le asaltaba el presentimiento de que iba a ocurrir algo, y muy pronto.

Cuando regresaron miró detenidamente a la señorita Trask, pero no se tranquilizó. Al parecer, todo seguía igual.

—De momento, sin novedad —les dijo Marga Trask cuando los vio llegar—. La policía sigue investigando pero se inclinan a pensar que ha desaparecido como recurso publicitario, como reclamo de clientes —se mordió el labio, preocupada.

—No lo creo —repuso Trixie.

—Ni yo, pero no carece de lógica, y algún camarero es de esa opinión. Resulta innegable que últimamente Frank ha recurrido a métodos sensacionalistas para dar propaganda al negocio.

—Pondría la mano en el fuego si no ha sido Comadreja quien dijo eso a la policía —comentó Trixie, primero a Honey y más tarde, al subir las escaleras tras el almuerzo, a Di.

—Pero puede ser cierto, Trix —observó Di.

—Ojalá —deseó Trixie—. De todos modos, si conseguimos descubrir cómo desapareció el viejo pirata, probablemente nos sería más sencillo dar con el paradero de Frank Trask. Cuando esté la cosa más tranquila y hayan recogido el comedor, volveremos a explorarlo despacio.

—¡No, por favor! —se quejó Honey—. Ya no más… No bajaré.

—Yo tampoco. Y esta vez, Trixie Belden —declaró solemnemente Di—, no conseguirás hacerme cambiar de opinión.

Media hora después, las tres chicas gateaban a hurtadillas bajo

la mesa del capitán tanteando el suelo de madera, en busca de alguna abertura secreta.

De pronto oyeron una voz familiar:

—Vaya, vaya. Iba yo a decir que las grandes mentes coinciden en las cumbres aunque sigan distintos caminos, pero ahora compruebo que algunas grandes mentes no pasan de ser cabezas de chorlito…

Trixie asomó la cabeza y miró a su hermano con rabia. Aparte de Mart, también vio a Brian, Jim y Dan.

—¡Cabeza de chorlito, tú! —estalló, roja de ira—. ¿A qué habéis venido? No me lo digáis. Seguro que a lo mismo que nosotras, sólo que con un poco de retraso. No lo neguéis.

—Oh, por favor —dijo Mart tranquilamente—. No necesito molestarme en esos pequeños detalles —prosiguió con sorna—. Yo sé cómo desapareció el pirata, ¿entiendes, hermanita?

Honey se incorporó inmediatamente y lo miró con ojos desorbitados.

—¿Que lo sabes? ¿Hablas en serio?

—Qué lo va a saber —dijo Trixie con desdén—. Va de farol, como siempre. Es un fantasma.

—Bueno —quiso suavizar Di, en tono amable—. Realmente, Mart, Trixie no ha querido decir eso.

Mart se acaloró.

—Sí, sí ha querido decirlo. Y, por tanto, no os enseñaré el truco. Busca, pequeña —dijo a su hermana—. Revuelve el comedor y toda la fonda. Yo he descubierto cómo desapareció. Y tú, si tuvieras dos dedos de frente, también darías con la solución —se acomodó en una silla cercana, cruzó los brazos y guardó silencio.

—Qué pareja más insoportable —comentó Brian.

—Mart venía dispuesto a mostrarnos la solución del misterio —recriminó Dan a Trixie.

—Bah, que se la guarde para él solo —repuso ella nerviosa—. Si él lo ha descubierto, también podemos hacerlo nosotras —añadió llena de orgullo. Enseguida daremos con la trampilla secreta…

—No tienes ni idea —le dijo Mart, hablando fría y lentamente.

—O con un pasadizo que…

—No tienes ni idea —repitió él—. Eres de lo más torpe. Para tu información, Lucy Snodgrass, he recabado información y, ¿sabes de lo que me he enterado? Pues de que este local ha sufrido periódicas plagas de cierto insecto color níveo que responde al nombre de Isóptera.

Trixie se quedó mirándolo como si fuera un extraterrestre.

—¿Puedes repetir?

—Quiere decir que ha habido termitas —aclaró Brian.

—¿Y qué tienen que ver las termitas con el viejo pirata? —preguntó desconcertada.

—Seguramente Mart intenta decirnos —explicó Jim entre risas— que, por culpa de las termitas, el suelo del comedor se ha cambiado muchas veces desde que se construyó el edificio; y, probablemente, el techo también, porque tiene partes de madera. ¿Entiendes?

Trixie suspiró profundamente. Sin duda, su hermano estaba en lo cierto. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¡Si Comadreja le dijo algo parecido no hacía mucho! No había prestado atención.

—Entonces, no entiendo cómo no encontraron el dichoso pasadizo al cambiar el techo y el suelo —dijo Honey.

—No lo encontraron porque nunca existió tal pasadizo —respondió Mart, cortante—. No van por ahí los tiros, ni mucho menos.

—Entonces, ¿cómo desapareció? —preguntó Trixie, muerta de curiosidad.

Mart, recordando su promesa, no contestó.

—Es muy sencillo —oyeron a sus espaldas. Era el señor Appleton, que los miraba con simpatía—. Os estaba buscando para agradeceros el rescate de Clarence —dijo—. Se me ocurrió que, probablemente, estaríais aquí intentando resolver el enigma de la desaparición del pirata.

—¿Usted también sabe cómo lo hizo? —preguntó Trixie.

Appleton sonrió.

—Digamos que creo conocer la solución. Es difícil estar completamente seguro.

—Yo lo estoy —murmuró Mart—. Es el truco más viejo del mundo. Más sencillo que los que aparecen en los manuales de magia para principiantes. Debí darme cuenta nada más escuchar la leyenda.

—Según cuentan —tomó el hilo de nuevo Appleton—, los soldados llegaron al comedor y rodearon la mesa… Supongamos que el pirata ya sabía que iban a arrestarlo. Probablemente, tomaría sus medidas para escaparse.

—¿Qué medidas? —se interesó Dan.

—Pudo sobornar a la guardia que iba a detenerlo, a través de algún contacto, antes de que vinieran a por él. Yo, en su caso, me habría conseguido un uniforme de soldado y lo tendría a mano; o habría amañado que me lo trajera uno de los policías de la guardia. La cosa es que, al rodear la mesa la policía y quedar el pirata a cubierto de miradas indiscretas, muy bien pudo ponerse el traje de soldado.

—El capitán iba en mangas de camisa… —recordó Honey.

—¡Ya entiendo! —exclamó Trixie—. Después, no tuvo más que mezclarse entre los soldados y marcharse con ellos haciendo aspavientos, aprovechando el tumulto. Esta teoría cuadra, además, con lo que nos dijo el señor Trask: que encontró la solución del enigma al mirar su disfraz de pirata…

Siguieron hablando del tema, muy satisfechos; por fin, Appleton se marchó.

—¿Coincide con tu solución, Mart? —preguntó Di poco después.

—Sí, claro. Es la única posible.

—Lástima —se lamentó Trixie—. Yo esperaba que esto nos ayudara a descubrir cómo desapareció el señor Trask.

—No nos aclara nada —dijo Jim, mientras salían del comedor—. Pero una cosa es cierta, Trix: siendo tan inteligente Appleton, deberías haberle preguntado por el otro enigma.

—¿Qué enigma? —dijo ella, sorprendida.

—¿De qué color era el oso? —le recordó Jim, en tono de guasa.

Trixie esbozó una sonrisa para seguir la broma; ya no estaba

enfadada.

—¿Cuáles son las tres palabras más utilizadas por los imbéciles, querido Jim? —preguntó a su vez.

—No lo sé —respondió, tras pensar unos segundos.

—¡Acertaste, Jim! —se burló ella—. No, todavía no he descifrado el acertijo del oso, pero, con un poco de suerte, no tardaré en hacerlo.

Con un poco de suerte —se dijo cruzando los dedos—. *Necesitaremos toda la suerte del mundo, y no sólo para lo del oso…*

Más dificultades • 17

A MEDIDA que pasaba el tiempo, Trixie se iba poniendo más nerviosa. Evidentemente, a Marga Trask le sucedía lo mismo, aunque hacía todo lo posible por ocultarlo. Escuchó sin interrumpirles el relato de la desaparición de su antepasado, les felicitó de corazón por haber resuelto el misterio, y después les animó a darse una vuelta y les deseó que se divirtieran.

—Al fin y al cabo —razonó—, lo único que podemos hacer es esperar.

Trixie se marchó con los demás a regañadientes, a pasear por los alrededores de la fonda. No dudaba que los montes Catskill fueran una maravilla, pero en esta ocasión no despertaron en absoluto su interés.

Era casi de noche cuando los siete muchachos regresaron. Trixie fue la primera en saltar de la ranchera y entrar en la fonda, pero volvió a salir enseguida.

—Aún no se tienen noticias de Frank Trask —anunció a sus amigos, casi sin aliento—. Incluso la policía se ha dado por vencida, si bien conserva la esperanza de que vuelva esta noche, a tiempo de cambiar los titulares de la prensa de mañana, que se prometen espectaculares.

—Ya me imagino —dijo Dan—. Algo así como: LA HISTORIA SE REPITE. OTRO DESAPARECIDO EN LA MISTERIOSA «FONDA DEL PIRATA».

—Podríamos analizar las cosas desde otro punto de vista; quizá de esta manera demos con la solución —dijo Trixie, como pensando en voz alta—. Imaginaos, por un momento, que Frank Trask no quiso desaparecer…

Honey salió del vehículo y miró a su amiga con gesto de incredulidad.

—¿Quieres decir que pudo ser secuestrado?

—Sí. ¿Se te ocurre alguna explicación mejor?

—Por favor, Trixie, eso es un disparate —gritó Mart.

—No te creas —dijo Jim—. Déjale que se explique.

—Es todo tan extraño —empezó Trixie—. El señor Trask

esperaba con impaciencia este fin de semana. Invitó a venir a su hermana, felizmente… También sabemos que pidió un préstamo bastante cuantioso al señor Morgan, viejo conocido de buena posición, y que estaba a punto de devolverlo.

—Bueno, eso no es seguro —matizó Honey—. Hay gente que piensa que no tenía suficiente dinero.

—Entonces —repuso Trixie—, ¿por qué invitó a su hermana para celebrar la devolución del préstamo? Él quería convencerla de que el negocio salía adelante, de que había triunfado. Nosotros mismos hemos comprobado que es un sitio popular y con muchos clientes.

—Y además —añadió Di—, seguirá subiendo como la espuma, gracias a la cueva y al galeón. Eso traerá mucho público.

—El éxito es tan innegable, que hasta una de las grandes cadenas hoteleras quiso negociar con Frank Trask, para que le vendiera la fonda. Y a muy buen precio, por cierto —dijo Jim.

—¡Eso no lo sabía! —gritó Trixie.

—Me lo dijo Gastón.

—Acaso —intervino Brian— alguien se beneficiaría si Frank Trask se decidiese a traspasar el negocio.

—Supongamos —dijo Trixie— que esa cadena de hoteles envió a alguien aquí, y que ese alguien intentó causar problemas, para que Trask se decidiera a vender la «Fonda del Pirata».

—Esa persona muy bien pudo provocar los «accidentes» del verano pasado, y el incendio en el dormitorio, y… —dedujo Honey.

—¿Veis? —exclamó Trixie—. ¡No es una idea tan disparatada!

Dan no parecía muy convencido.

—Admitiendo que esa teoría es verosímil —dijo—, no explica la desaparición del señor Trask.

—Piensa que el espía, o como quieras llamarlo, de la cadena hotelera pudo muy bien robar el dinero. De hecho, ya lo intentó en una ocasión. Tal vez el señor Trask lo descubrió, y nos lo iba a decir, pero entonces el señor X…

—¿Quién es el señor X? —interrumpió Mart.

—Déjame acabar —pidió Trixie, impaciente—. Frank Trask estaba a punto de desenmascarar al ladrón cuando lo secuestraron.

—Cómo no —se mofó Mart—. Otra trama perfecta para Lucy Snodgrass. ¡Discrepo! El señor Trask no iba a desenmascarar a

nadie; sólo quería explicarnos cómo desapareció el pirata y luego, posiblemente, nos enseñaría la atracción del galeón fantasma… Bueno, ¿quién has decidido que sea el señor X?

—Comadreja Willis. Estoy segura. La cadena hotelera le pagó para que liara las cosas. Creo que es el momento de llamar a la policía.

—¿Y qué les vas a decir? —preguntó Mart.

—Pues todas estas sospechas —respondió Trixie.

Brian meneó la cabeza, decepcionado.

—Como teoría no está mal —dijo a su hermana—. Pero no puedes demostrar nada. No sabes si ha desaparecido el dinero, ni si un representante de la cadena hotelera intentó reventar el negocio, ni si Comadreja ha hecho algo malo.

—¿Cómo que no? —gritó ella—. ¿Qué más quieres?

—Pruebas, Trix —dijo Dan, poniéndose del bando de Brian y Mart.

Tras un corto silencio, Brian se apartó del grupo.

—Voy a lavarme para la cena —dijo—. ¿Quién se viene?

Mientras Jim aparcaba la ranchera, Mart sacó un pañuelo arrugado de su bolsillo y, muy serio, se lo ofreció a Trixie, que seguía muy pensativa.

—No llores, hermanita, toma este delicado pañuelo —dijo gravemente—. Métetelo en la boca y así, no lo dudes, omitirás muchas tonterías.

Trixie le oyó reírse mientras entraba en la fonda acompañado de los otros muchachos.

—¡Este Mart! —se enfureció ella—. ¡A veces consigue quemarme la sangre!

—¿Piensas vigilar a Comadreja? —dijo Honey, cambiando de tema.

—Por supuesto —contestó obstinada—. Me voy a convertir en su sombra.

Las tres chicas también fueron a lavarse. Cuando iban por el pasillo, vieron que alguien entreabría desde dentro la puerta del despacho del dueño de la fonda. Unas palabras captaron inmediatamente la atención de Trixie. Sonaban graves y sentenciosas, pronunciadas por un hombre:

—Créeme, Marga, haría cualquier cosa por ayudaros a Frank y a

ti. Somos amigos desde la infancia… —sonó la voz, al lado de la puerta. El hombre sujetaba el picaporte; debía estar a punto de salir.

Trixie reconoció la voz del señor Morgan, que tenía la hipoteca del edificio.

—No seas así, Marga… —siguió—. No se puede ampliar el plazo, es imposible. Además, lo fijó tu hermano, no yo. Se cumple esta tarde, a las siete —recordó—. Ése fue el acuerdo.

—Si no fuese tanto dinero —se oyó decir a Marga Trask—, yo lo habría conseguido de alguna manera —hizo una pausa, y después dijo irónicamente—: Pero eso no es tu problema, ya veo. Es el mío. Ya me doy cuenta… Y pensar que la «Fonda del Pirata» ha pertenecido a mi familia desde hace tantísimos años —se lamentó.

—Marga —dijo Morgan, saliendo—, no soy tan rico como dice la gente. Además, he perdido mucho dinero en los últimos meses, por invertirlo mal. Te aseguro que necesito ese dinero en metálico. No sé… En fin, todavía te queda una hora para moverte.

—Es muy poco tiempo —repuso ella muy seria—. Vuelve a las siete. Cuando se cumpla el plazo, te entregaré la escritura de la casa.

Morgan salió del despacho y se topó con las tres muchachas. Las miró inquisitivamente, con cara de circunstancias.

—Es penoso —murmuró para sí cuando reaccionó—. Es realmente penoso —se fue lamentando hasta que llegó a la puerta principal, y salió.

—Trix —dijo Honey, conmovida al darse cuenta de pronto de que la señorita Trask iba a perder el hogar de su niñez—. ¿No podemos hacer nada para evitarlo?

—Sí —intervino Di, muy excitada—. Se me ha ocurrido que puedo telefonear a papá…

Honey negaba con la cabeza.

—Aunque tu padre o el mío estuvieran dispuestos a prestar una suma tan elevada, la señorita Trask no lo aceptaría; su dignidad y orgullo no se lo permiten. Además, es imposible traer el dinero en tan poco tiempo: sólo falta una hora.

—Hay que seguir pensando —dijo Di—. Voy a decírselo a los chicos, por si se les ocurre algo.

Se marchó corriendo escaleras arriba.

Honey iba a comentar algo a Trixie, pero enmudeció al mirar a su amiga; el rostro de Trixie tenía una expresión extraña, ausente. Parecía aturdida, como si le hubieran dado un golpe en la cabeza.

—¿Qué te pasa? —se alarmó Honey.

—Quizá esté loca —dijo Trixie—. Tal vez me equivoque… Honey, ¡agárrate fuerte! ¡Ya sé dónde está Frank Trask!

¡Qué desastre! • 18

TRIXIE no se detuvo a dar explicaciones. Echó a correr a tal velocidad que a Honey le costó muchísimo alcanzarla. Ya lejos de la hostería, Trixie se detuvo. Brillaba la luna, plateada, entre las nubes.

Por un momento, Honey creyó que su amiga perseguía a Morgan. Enseguida, sin embargo, se dio cuenta de que su plan era otro. Trixie conectó los interruptores que había descubierto Mart, entre los árboles; después se dirigió al acantilado y se quedó mirando al río. Honey se reunió con ella y contempló el galeón fantasma. Aun sabiendo el truco, la visión le hizo estremecerse. Se mecía en el agua, espectral, como a la espera de cargar pasajeros y llevarlos al otro mundo.

De pronto, Honey frunció el ceño, sorprendida. Le parecía

increíble, pero no soñaba: la dama del mascarón de proa lloraba otra vez. Se distinguían inequívocamente sus lágrimas resbalando por las mejillas.

—Tenías razón ayer —musitó—. Pero ¿cómo es posible?

Trixie, sin dejar de mirar a la dama, respondió:

—Esas lágrimas son de pintura fosforescente. Acabo de caer en la cuenta, Honey. Por eso no pudimos verlas a la luz del día.

—Bueno, y ¿qué más? ¿Qué miras ahora?

Trixie examinaba la hierba, cerca de los escalones que bajaban hasta la orilla del río.

—Estoy buscando el rastro de unas huellas fantasmales —contestó.

—¿Cómo? —Honey estaba cada vez más perpleja.

—Me refiero a las huellas brillantes que vimos anoche.

Tienen que estar por aquí… ¡Míralas! Ya brillan menos, pero todavía pueden verse.

—¿También son de pintura fosforescente?

—Pues claro. Son de alguien que venía del barco. Honey, bajemos a investigar.

Antes de que Honey pudiera protestar, Trixie descendía por las escaleras de madera; la siguió y llegaron en un abrir y cerrar de ojos a la diminuta playa.

—Escucha —dijo Trixie—. Anoche, antes de cenar, vimos el barco, ¿no?

—Sí.

—La dama del mascarón no lloraba. Pero más tarde, después de que desapareciese el señor Trask, Gastón nos mostró el barco y la dama sí lloraba… ¿De dónde salió la pintura, las lágrimas?

—Supongo que alguno de los obreros vertió pintura…

—No había ningún obrero —replicó Trixie, avanzando con cautela hacia el malecón—. Todo esto es muy extraño, Honey. Vamos a ver qué sucede.

Llegaron a la altura del cartel que advertía: «PELIGRO. PROHIBIDO EL PASO. ZONA DE OBRAS». Honey mantenía la esperanza de que aquel aviso hiciera detenerse a su amiga, pero Trixie pasó de largo como si no existiese, absorta en el misterio y cautivada por el majestuoso aspecto del galeón.

Las corrientes de agua chocaban contra las rocas y lamían el

casco de la nave. Divisaron una escala y subieron por ella al galeón, hacia la cubierta superior. Una vez a bordo, se pararon a contemplar las obras de acondicionamiento y las reparaciones. Vieron cuadernas, latas de pintura, herramientas y planchas de madera. Por encima de sus cabezas, los mástiles se balanceaban movidos por la brisa; las velas estaban cuidadosamente recogidas, colocadas sobre los penoles.

—Impresionante —exclamó Trixie—. Es maravilloso. Casi dan ganas de ser pirata, para zarpar en un galeón como éste.

Momentáneamente, las dos muchachas olvidaron por qué habían embarcado. Recorrieron la cubierta, extasiadas, contemplando los destellos parpadeantes de la otra orilla. Tuvieron la impresión de que acababan de llegar a un país desconocido y lejano.

Perdidas en sus sueños, no sospecharon ni remotamente que alguien, vestido de pirata, contemplaba sus movimientos desde una roca cercana, a sus espaldas; tampoco le vieron subir por la escala.

Pero un ruido, apenas perceptible, hizo que Trixie volviera la cabeza. La muchacha se quedó sin aliento. Un hombre se dirigía hacia ellas, por cubierta, con gesto amenazante.

—¡Fisgonas! —bramó—. De nada os servirá haber descubierto lo de Frank Trask… Nos desharemos de vosotras también… ¡Imbéciles! ¿Quién os manda meteros en camisa de once varas?

Instintivamente, Trixie dio un empujón a Honey, alejándola del pirata, y se quedó frente a él, observándolo. Éste la miraba con los ojos llameantes. Ella pensaba en cómo se había dejado engañar durante tanto tiempo. El pirata, mordiéndose los labios con expresión salvaje y triunfante, se abalanzó sobre Trixie.

Honey seguía inmóvil, horrorizada. Sin duda, en pocos segundos su amiga moriría ahogada entre las poderosas manos de aquel hombre. Pero Trixie se agachó inesperadamente.

Los hechos se sucedían con una rapidez increíble. El pirata no pudo rectificar su posición, en pleno vuelo, y chocó contra un tablón de madera situado sobre la borda; fue un golpe tremendo. Hizo un movimiento desesperado para recuperar el equilibrio, pero no lo consiguió. Su cuerpo se deslizó por el tablón y cayó al agua. Segundos más tarde, su cabeza asomó a la superficie del Hudson y el hombre se dirigió a la orilla con poderosas brazadas.

Honey lanzó un prolongado silbido de sorpresa y alivio a la vez.

—Quién lo iba a decir —suspiró, sin apartar la mirada del pirata, que se alejaba muy rápido del barco—. Si no lo veo no lo creo. ¡El bandido era Smiley Jackson!

—Sí, nos engañó completamente. Parecía un hombre tan agradable…

—Y resultó ser un secuestrador —dijo Honey, todavía sorprendida.

—Pues sí —comentó Trixie—. Ya sabemos quién ha causado tantos problemas en la «Fonda del Pirata» en los últimos meses. Ya sabemos quién intentó robar el dinero del señor Trask. Y ya sabemos quién provocó el incendio en la habitación de Appleton.

—¿Qué querría decir cuando comentó que se había deshecho de Frank Trask? —preguntó Honey.

—Está claro: lo secuestró. Al fin, nuestras sospechas se han confirmado. Ya dije que acaso no desapareció voluntariamente. Fue secuestrado, Smiley Jackson aprovechó la confusión cuando Comadreja Willis tiró el pastel.

—Ya. Ahora recuerdo que Smiley estuvo bastante tiempo ausente del comedor esa noche… ¿Tendría algún cómplice? —preguntó Honey.

—No lo sé —confesó Trixie—. Quizá Comadreja tiró el pastel a propósito. O quizá sencillamente Smiley aprovechó la circunstancia. De cualquier modo, creo que el señor Trask está aquí, en el galeón. No se me ocurre otro sitio mejor.

Trixie se dirigió a la proa del barco; Honey la siguió con la mirada.

—¿Señor Trask? —gritó Trixie, esperanzada—. ¿Está usted aquí? ¿Me oye?

Se oyó un leve gemido.

Las dos chicas corrieron en dirección a un fardo de forma indefinida situado bajo unas lonas y otros aparejos, en la proa.

—Deberíamos haberlo descubierto hace mucho tiempo —se lamentó Trixie mientras apartaba suavemente la lona.

Allí, justo encima del mascarón, yacía un hombre desgreñado, atado y amordazado. ¡Era Frank Trask!

Mientras Trixie le desataba, Honey se fijó en una lata de pintura vertida cerca del recién liberado.

—Me las apañé para volcarla —explicó más tarde, mientras

respiraba profundamente— cuando me ataban. Tenía la esperanza de que llamara la atención de alguien.

—Y así fue —dijo Honey—. Trixie se fijó ayer; la pintura goteó por el rostro de la dama del mascarón, ¿sabe? Daba la impresión de que estaba llorando.

—Menos mal que despertó vuestra curiosidad —comentó mientras se frotaba las muñecas—. No sé quién me secuestró ni por qué, pero, evidentemente, tengo una gran deuda con vosotras. ¡Muchísimas gracias!

Trixie se puso muy colorada. Le daba vergüenza que le agradeciesen los favores, sobre todo cuando ella estaba convencida de que únicamente cumplía con su obligación.

—¿Ha dicho usted que ellos le trajeron aquí? ¿Cuántos eran? —quiso saber Honey.

—Dos. Cuando les ponga las manos encima se van a enterar —dijo lleno de furia—. ¡Se van a enterar! Se me echaron encima cuando entré en la cocina, en medio del jaleo producido por la tarta que se le cayó a Comadreja. Iba a tranquilizar a Gastón y a echar una mano en la limpieza de la moqueta, pero en ese momento alguien me tapó con un mantel la cabeza y… no me acuerdo de más; recobré el sentido aquí.

—Parece que fue un rapto improvisado —dedujo Trixie—. Si hubiese estado preparado, le habrían llevado a un sitio más seguro.

Y siguió narrando a Frank Trask todos los acontecimientos acaecidos desde su desaparición. El dueño de la «Fonda del Pirata» se quedó muy sorprendido al enterarse de que uno de los secuestradores no era otro que su camarero de confianza, Smiley Jackson.

—Y me parece que sé quién es el otro —dijo Trixie—. Ahora bien, sería definitivo que usted lo identificase.

Pero eso no era posible, pues Frank Trask, según reconoció, no había visto a nadie.

—Supongo que los secuestradores pensaban trasladarlo a otro lugar —dijo Honey sonriendo—. Pero con el jaleo que armamos la noche anterior por los alrededores del barco, no tuvieron oportunidad.

Frank Trask se iba recuperando poco a poco. Ya se sentía capaz de moverse y andar sin ayuda de nadie.

—Así que corre el rumor de que no tengo dinero para devolver el préstamo, ¿eh? —dijo divertido—. Pues menudo chasco van a llevarse… Habéis de saber, queridas muchachas, que sí lo tengo, y muy bien escondido.

Trixie le ayudó a incorporarse.

—No es por nada —dijo—, pero son cerca de las siete, y a esa hora el señor Morgan…

—¡Es cierto! —exclamó Honey al recordarlo—. Si no nos damos prisa, su hermana le entregará a Morgan la escritura del edificio, y pasará a ser el nuevo dueño de la «Fonda del Pirata»…

—¡Ni se te ocurra! ¡Aquí nadie va a entregar nada! —gritó Frank, nervioso—. ¡Rápido, chicas, vamos arriba! —y echó a correr hacia la escalera, fuera de sí.

—¡Tenga cuidado! —le recomendó Trixie.

Demasiado tarde.

Un instante después se produjo el desastre. En su alocada carrera tropezó con una caja de herramientas, dejada por descuido sobre cubierta, y cayó pesadamente antes de que Trixie y Honey pudieran dar un paso.

Quedó inmóvil.

Se descubre el pastel • 19

LAS DOS AMIGAS se abalanzaron sobre Frank Trask y comprobaron que estaba inconsciente.

—¡No! —exclamó Trixie—. ¡Ha perdido el conocimiento!

Honey se arrodilló junto al desafortunado dueño de la fonda.

—¡Oh, Trixie! —dijo llorando—. ¿Qué hacemos ahora? ¡Ya estaba todo arreglado! ¡Dentro de unos minutos los Trask van a perder sus posesiones!

—Quizás no —repuso Trixie lentamente—. Se me ha ocurrido una idea… Honey, ¿te quedarías aquí mientras voy en busca de ayuda? —preguntó emocionada.

—Claro que sí. Pero eso no servirá. Ni siquiera Brian podrá reanimar al señor Trask a tiempo, y nadie sabe dónde está el dinero. ¡Qué mala suerte!

Trixie salió disparada y muy poco después recorría el malecón. Siguió su frenética carrera y, al divisar la fonda, miró a las ventanas del segundo piso. Se detuvo y silbó la alarma de los Bob-Whites repetidas veces: Bob-White, Bob, Bob-White, Bob…

Al momento se abrió una ventana. Trixie suspiró aliviada al ver la cabeza de su hermano Mart. Cuando la cosa iba en serio, la muchacha sabía que no había nadie mejor que él, salvo Jim, en quien confiar. Tanto Trixie como la señorita Trask habían aprendido algo importante aquel fin de semana: que un hermano es algo estupendo; más de lo que uno pueda creerse, aunque a veces no lo parezca.

Casi sin respiración, resumió a Mart cuanto había ocurrido. Muy poco después, el resto de los Bob-Whites se les unieron y escucharon en silencio el plan urdido por Trixie; aún no había acabado de hablar cuando vieron acercarse por la carretera el impecable automóvil negro del señor Morgan. ¡No podían perder ni un segundo!

Brian y Dan corrieron al galeón para ayudar a Honey a trasladar al señor Trask.

Di entró en la fonda y, muy decidida, fue al teléfono para llamar a una ambulancia y a la policía. Tras ella marchaba Mart.

Jim y Trixie también entraron. Sólo quedaba una cosa por hacer. Si fracasaban, los Trask lo lamentarían durante toda su vida.

Jim parecía muy preocupado.

—¿Estás segura de que todo saldrá bien?

—Tiene que salir bien. Tiene que salir bien, Jim —repetía Trixie, como para convencerse a sí misma.

A las siete menos un minuto Nicolás Morgan entró en el comedor, miró al frente y se detuvo, muy sorprendido. La mesa del capitán pirata estaba preparada para la cena, igual que la tarde anterior. Alrededor de ella, un numeroso grupo le miraba fijamente. Allí estaba Trixie, Jim, Mart, Di, Marga Trask…, y un hombre vestido con un traje que le resultó muy familiar a Morgan.

Aunque le daba la espalda, sin duda ese hombre vestía de capitán pirata. Y, junto a él, sobre la mesa, había un montón de dinero perfectamente ordenado.

Frank Trask, después de todo, iba a cancelar su deuda.

—Entra, Nick —dijo el jefe pirata con voz grave, sin darse la vuelta—. Estamos esperándote. Lástima que tu plan fracasara. Me las arreglé para regresar a tiempo, ya ves.

Morgan se aproximó un poco.

—¿Frank? —dijo con voz incrédula—. ¡No puede ser! Creía que…

—¿Seguía secuestrado? —completó Marga fríamente—. Ibas a decir eso, ¿no, Nick?

Éste ordenó torpemente los documentos que traía.

—No sé de qué me hablas —murmuró.

—Sí que lo sabes —replicó Marga Trask sin el menor asomo de duda—. Mi hermano me lo ha contado todo. Pero Smiley Jackson tan sólo cumplía órdenes, ¿verdad? Eras tú el único interesado en que Frank perdiera su propiedad, para hacerte con ella y venderla luego a la cadena de hoteles. Te gusta el dinero, ¿eh? Pues bien, ¡tu plan fracasó!

Nicolás Morgan recorrió con la mirada uno a uno los rostros clavados en él. Todos permanecían muy serios y en silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó con disimulo—. ¡Jamás oí tantos disparates juntos! Si Frank dice que lo secuestré, os ha colocado otra de sus increíbles historias. Hasta la policía ha aceptado que fue un truco publicitario.

—Mientes, Nick —respondió el jefe pirata—. La otra noche viniste para saber si Smiley había tenido éxito en su segundo intento de robo. Y cuando entré en la cocina, aprovechaste tu última oportunidad… Me secuestraste… Me llevaste al galeón.

—¡Jamás he pisado ese galeón! —interrumpió Morgan, fuera de sí.

—Eso no es verdad —replicó Trixie al momento—. Yo vi sus zapatos, y sus huellas fosforescentes. Tenía manchadas las suelas de pintura. Y brillaron cuando Mart encendió las luces, en la pradera, anoche. El único lugar donde hay ese tipo de pintura es a bordo del galeón; el señor Trask derramó un bote, si usted recuerda.

Se hizo un silencio sepulcral. Después, Morgan dijo con

desprecio:

—Jamás podréis demostrar esto ante un tribunal. Destruiré esos zapatos y luego os demandaré por difamación. Ahora quiero mi dinero…

Se acercó a la mesa para tomarlo, pero algo le hizo detenerse, mudo de espanto. Rozó con la manga de su abrigo la cabeza del capitán pirata, y ésta cayó al suelo.

Aturdido, Morgan dio la vuelta y corrió hacia la puerta.

—¡Detenedlo, que no escape! —gritó Trixie.

Mart y Jim ya habían ido tras él, pero Mart tropezó y chocó con Comadreja Willis, que en ese momento salía de la cocina con la última y más exquisita creación del célebre Gastón; Comadreja quiso mantener el equilibrio y se agarró a Jim; cayeron los tres y el gigantesco pastel voló por los aires, para aterrizar espectacularmente… sobre la cabeza de Nicolás Morgan, varios metros más allá. Éste, cegado por la espesa pasta, persistió a tientas en su huida, con intención de alcanzar la puerta, pero se dirigió mansamente a los brazos de la policía.

Trixie se agachó y recogió del suelo el objeto que había hecho tropezar a Mart: era la cabeza del jefe pirata. La colocó de nuevo sobre sus hombros, sonriendo.

—Me alegro de que Clarence perdiera la cabeza —dijo, y rompió a reír, como todos los presentes.

—Formidable la idea de utilizar a Clarence para que confesara Nicolás Morgan —comentó admirada, horas más tarde, la señorita Trask.

Estaba nuevamente sentada a la mesa del capitán, rodeada de toda la panda, y de Marvin Appleton. Después de todo, gracias a su maniquí, consiguieron atrapar a Morgan el villano.

Ya el doctor había comunicado que Frank no tenía nada grave, aparte de un considerable chichón.

—Trixie descubrió el pastel —dijo Mart—. Por una vez, nuestra colegiala dio en el blanco.

—No tiene importancia —dijo ella poniéndose colorada—. Además, no habría servido de nada si Mart no hubiese hecho hablar a Clarence. Es un gran ventrílocuo.

—Sí tiene importancia —apuntó Di—. Si no hubieses averiguado dónde estaba escondido el dinero, a estas horas la «Fonda del

Pirata» no pertenecería a Frank Trask.

—Cierto —reconoció él—. ¿Cómo lo encontraste?

—Bueno —dijo Trixie—, pasa como en ese viejo acertijo de un gallo que pone un huevo en el canto de un tejado de dos aguas, una parte pintada de rojo y la otra de azul… ¿de qué lado cayó el huevo?

—¿Y eso qué tiene que ver con el lugar del dinero? —protestó Honey.

—Sí que tiene que ver. En ambos casos, la solución es más sencilla de lo que parece; hay que caer en la cuenta y no picar…

Interrumpió su discurso Comadreja Willis.

—Gastón te envía esta recompensa —dijo, acercándole el más impresionante pastel de frutas que jamás había visto; tenía, además, nuez, chocolate, leche, caramelo y otros suculentos ingredientes.

El aspecto de Comadreja era distinto, pero Trixie no sabía por qué. Este nuevo enigma le hizo olvidar la pregunta de Honey. Frank Trask se dio cuenta de lo que pasaba, rió y dijo:

—Como puedes ver, Comadreja se ha quitado el parche definitivamente. En realidad, tiene dos ojos, como todo el mundo. Sólo usaba el parche y se dejaba media barba para crear…

—¡Ambiente! —gritaron todos.

Trixie se avergonzó una vez más de haber sospechado de Comadreja. Se hizo el firme propósito de no juzgar a la gente por las apariencias. Luego sonrió feliz, al recordar que los hermanos Trask habían hecho las paces, después de mucho tiempo, el negocio iba viento en popa y Frank, con las ganancias, podía colaborar en el mantenimiento de su otra hermana, la inválida, que seguía en el hospital.

—La policía ya ha detenido a Smiley Jackson —anunció Marga —. Lo ha confesado todo, incluso lo del incendio. Por supuesto, no quería que ardiera toda la fonda; tan sólo pretendía que mi hermano claudicara ante tanto «accidente», y se decidiese a traspasar el negocio.

—Pero ¿cómo esperaban explicar el secuestro? —se asombró Di.

—No pensaban explicar nada. Lo negarían tozudamente, y, como no existían pruebas, los habrían declarado inocentes. Pensaban liberar a Frank poco después. Sólo buscaban la propiedad de la fonda, no hacerle daño.

Honey se volvió a Appleton y preguntó, llena de curiosidad:

—¿Para qué quiere usted a Clarence?

—Ya os dije que me es útil en mi trabajo. Soy escritor —confesó, un poco incómodo—, y él me ayuda en algunas escenas… Por ejemplo, la pasada noche, cuando nos visteis en el acantilado, era Lucy, que defendía su vida luchando contra un agente extranjero…

—¡Lucy! —se asombró Trixie—. No me diga que es usted Lucy Radcliffe.

Appleton asintió con la cabeza y a Mart le dio un ataque de risa.

—Dieciocho años y un cutis delicado —declaró entre carcajadas.

—También soy Cosmo Mc-Naught —dijo Appleton tímidamente —. Soy un experto en ciencia-ficción. No sé si habréis leído algo…

Ahora, la que se revolcaba por el suelo era Trixie, ante el estupor de Mart.

—Oh, ambos lo conocen bien —dijo Brian sonriendo—, y son grandes admiradores de usted.

Mientras se recuperaban de la sorpresa y de tanto reírse, Honey recordó un cabo suelto y decidió preguntar a Appleton:

—Encontramos un anónimo en el que se decía que Trixie estaba siendo vigilada.

Appleton sonrió.

—Sí, era mío. Me vino otra idea para el nuevo libro, justo antes del incendio y tomé nota en un papel suelto; lo perdí en el cambio de habitación. A propósito, gracias por salvar el manuscrito de la novela que estoy escribiendo. Lo guardaba en el cajón del escritorio.

Jim suspiró.

—Bueno, ya sólo falta aclarar un pequeño detalle —dijo.

—¿Cuál? —preguntó Appleton.

—Usted está en una casa —comentó Honey.

—La casa tiene ventanas en todas las fachadas —siguió Dan.

—Todas las ventanas miran al Sur —añadió Di.

—Se aproxima un cuadrúpedo Ursidae —terció Mart—. Díganos, ¿de qué color es el oso?

Trixie rió.

—¡También lo descubrí! —saltó jubilosa—. ¡Era blanco! El único lugar del mundo en que todas las fachadas dan al Sur es el Polo Norte.

—¡Claro! —exclamó Honey—. Teníamos que haberlo

descubierto antes.

—Sí —dijo Trixie, volviendo al asunto del dinero—; de la misma forma, teníamos que habernos dado cuenta de que un cuadro no desaparece así como así. Se me ocurrió que el retrato original del verdadero capitán Trask podía muy bien estar detrás del falso… Así encontré el dinero: entre ambos lienzos. ¡Después de tanto buscarlo!

—A raíz de los intentos de robo —dijo Frank Trask—, no se me ocurrió un escondite mejor. Ya os advertí que mi antepasado guardaba el tesoro familiar…

—Aún no sé de qué parte del tejado cae el huevo —dijo Jim, muy serio.

—Del rojo —apostó Mart.

—¡Del azul! —saltó Brian, por llevarle la contraria.

Trixie sonrió con gesto burlón a sus hermanos.

—A veces las cosas son más sencillas de lo que parecen —les dijo.

—Tal como se demostró en el caso del asunto de la dama del mascarón —intervino Honey.

—O en el del viejo pirata desaparecido en esta misma mesa —se oyó decir a Marga Trask mirando a Frank.

—No sé si sabéis que los gallos no ponen huevos —aclaró por fin Trixie.

El señor Appleton levantó su copa y dijo a Trixie:

—¿Sabes? Te envidio; llevas una vida tan emocionante… Una vez más, todos rompieron a reír. Trixie se ruborizó. Los Bob-Whites sabían que, gracias a la perspicaz muchacha, verdaderamente vivían emocionantes aventuras.

—De hecho —musitó Honey— ya estoy impaciente… Apenas puedo esperar al próximo misterio.

—¡Yo tampoco! —confesó Trixie, sonriendo.

KATHRYN KENNY es el seudónimo que utilizaban varios escritores de la empresa Western Publishing para escribir algunos libros de la saga Trixie Belden.

Notas

[*] N. del T.: Smile, en inglés, significa sonrisa. < <